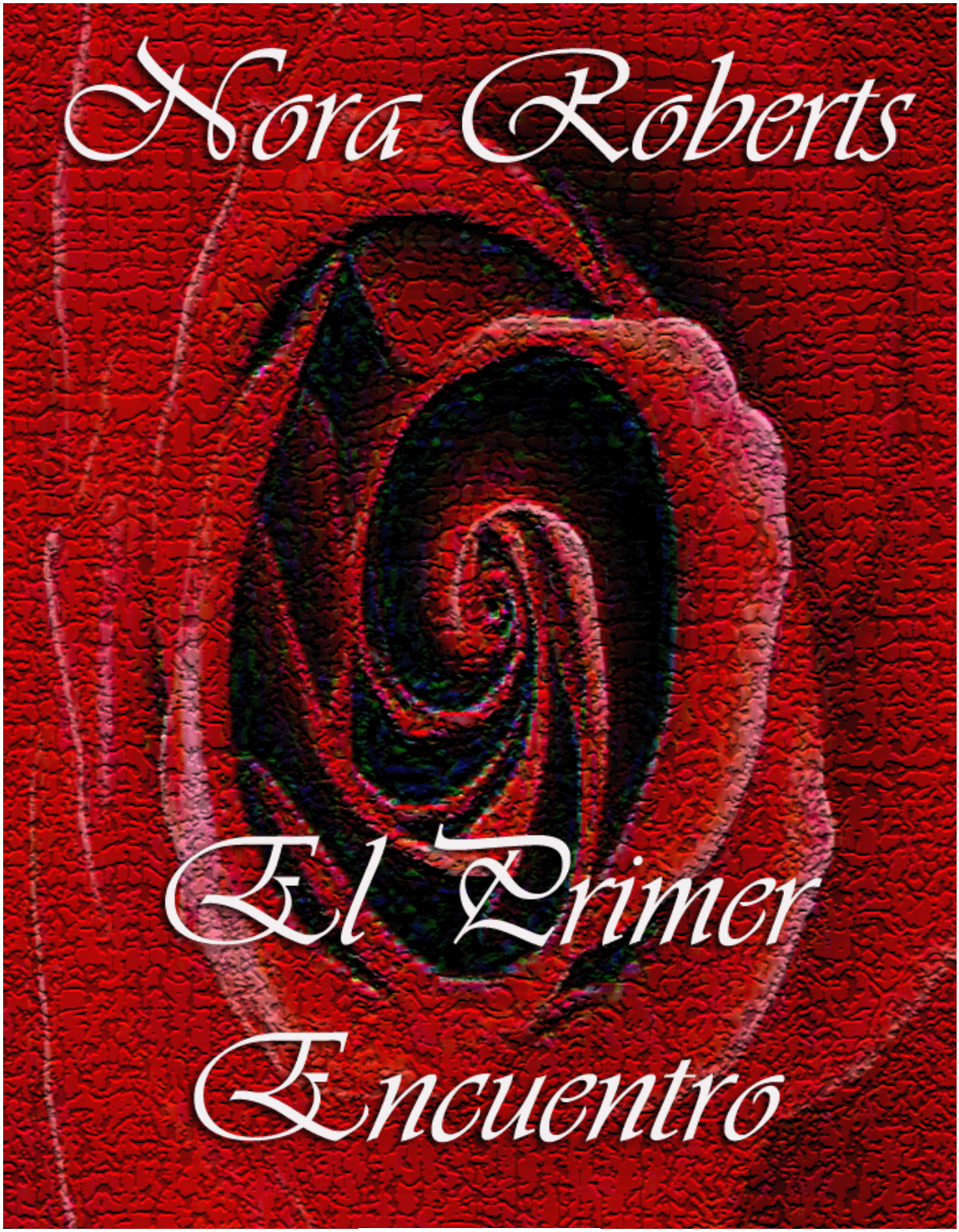
EL PRIMER ENCUENTRO
NORA ROBERTS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La voluptuosa rubia, vestida toda ella de un rosa chillón y tambaleándose sobre sus tacones de aguja, trabajaba su esquina. Exageradamente pintada, no perdía de vista a sus compañeras, aquellas borrosas sombras que salpicaban la noche. Se oían muchas risas en la calle. Después de todo, era primavera en Nueva York. Pero por debajo de aquellas risas latía una profunda corriente de aburrimiento. Porque, para aquellas damas, el trabajo era el trabajo.

Después de llevarse un nuevo chicle a la boca, la rubia se colgó una vez más su bolso de lienzo al hombro. Afortunadamente hacía calor, pensó. Habría sido un fastidio tener que pasearse medio desnuda por la calle con un tiempo horroroso...

Una negra despampanante, vestida con un traje de cuero rojo que apenas cubría sus atributos más esenciales, encendió un cigarrillo.

-Vamos, nene -le dijo a nadie en particular, con voz ronca, mientras soltaba una bocanada de humo-. ¿Quieres un poquito de diversión?

Bess no se perdía detalle de la escena. Por lo que hasta ese momento había podido ver, el trabajo de aquella clase no escaseaba. Había presenciado ya varias transacciones. Para aquellas mujeres, la palabra clave era aburrimiento. Aburrimiento sobre un fondo de desesperación.

-¿Estás hablando sola, cariño?

-Oh -Bless miró parpadeando a la deslumbrante diosa negra vestida de rojo que se le había acercado-. No me había dado cuenta.

-¿Eres nueva? -examinando a Bess, exhaló otra bocanada de humo-. ¿Quién es tu hombre?

-Yo... yo no tengo.

-¿Que no tienes? -la mujer arqueó las cejas-. Chica, no puedes trabajar sin un hombre.

-Eso es lo que estoy haciendo -dado que no fumaba, Bess hizo un globo con su chicle y lo explotó.

-Si se enteran Bobby o Big Ed, lo vas a pasar mal -se encogió de hombros. Después de todo, no era problema suyo.

-Este es un país libre, ¿no?

-Chica, aquí no hay nada libre -soltó una carcajada-. Nada en absoluto -tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

Había docenas de preguntas que Bess deseaba hacerle. Y estuvo a punto de formularlas, hasta que se recordó que tenía que ir despacio.

-Y tu hombre... ¿quién es?

-Bobby. El te aceptaría -la miró de los pies a la cabeza-. Eres algo flaca, pero servirías. Cuando haces la calle, necesitas protección -también pensó que Bobby le pasaría una pequeña comisión si le conseguía una chica nueva.

-Pues nada protegió a las dos chicas que fueron asesinadas el mes pasado.

Una extraña expresión asomó a los ojos de la mujer negra. Bess, que se tenía por una buena observadora, vio en ellos dolor, culpa y una inmensa tristeza antes de que su mirada volviera a endurecerse.

-¿Eres una poli?

Bess abrió la boca de asombro antes de echarse a reír.

-No, no soy una poli. Solo estoy intentando ganarme la vida. ¿Las conocías? Me refiero a las mujeres a las que asesinaron.

-Mira, a las de por aquí no nos gustan las preguntas -pronunció la mujer, sacudiendo la cabeza-. Y si es verdad que estás intentando ganarte la vida, veamos cómo lo haces.

Bess sintió una súbita punzada de incomodidad. Aquella mujer sospechaba de ella, así que iba a resultarle difícil quedarse en ese lugar para observar. Repasó rápidamente sus opciones. Después de todo, esa noche ella también tenía un trabajo que hacer allí.

-Claro -y echó a andar por la acera, contoneando provocativamente las caderas.

Posiblemente se le hubiera quedado seca la garganta. Y quizá el corazón le estuviera latiendo a demasiada velocidad. Pero Bess McNee se sentía muy orgullosa de su trabajo.

Distinguió a los dos hombres que se hallaban a menos de media manzana de donde estaba y se humedeció los labios con la lengua. El de la izquierda, el moreno, parecía muy prometedor...

-Mira, novato, la idea consiste en detener a uno, quizá a dos -Alex barrió la acera con la mirada: estaba llena de chorizos, toxicómanos y prostitutas-. Mi instinto me dice que esa negra alta, Rosalie, conocía a las dos víctimas.

-¿Entonces por qué no la detenemos ahora mismo y le hacemos un interrogatorio en regla? -Judd Malloy tenía ganas de acción. Su historial de detective no abarcaba más de dos días. Y estaba trabajando con Alex Stanislaski, un policía reputado por su eficacia y rapidez en el trabajo.

«Novatos», pensó Alex con una mueca de desprecio. ¿Por qué siempre tenían que asignarle un novato?

-Porque lo que queremos es que colabore. La arrestaremos, pero para hablar con ella suave y tranquilamente, antes de que aparezca Bobby en escena.

-Si mi mujer se entera de que he pasado una noche con...

-Un poli inteligente no le cuenta a su familia nada que no necesite realmente saber. Y la familia nunca necesita saber mucho -los ojos castaños de Alex tenían una mirada tranquila, fría, imperturbable-. Es la regla Stanislaski número uno.

Distinguió a la rubia, que lo estaba mirando a él, y le sostuvo la mirada. Era un rostro curioso, especial: hermoso y sexy, a pesar de las capas de maquillaje que lo cubrían. Tenía unos ojos de color verde intenso, luminoso. La cara fina, algo angulosa, y la nariz levemente respingona.

Bajó la vista hasta su boca, de labios llenos, pintada de un rojo sangre. No le gustó a Alex la intensidad de su propia reacción ante aquella mujer, así como el hecho de no saber quién era, o lo que hacía realmente. Vio que alzaba la barbilla: sí, sus altos pómulos daban una forma triangular a su rostro, como el de un felino. Su traje ajustado de color rosa chillón resaltaba cada curva y detalle de un cuerpo tan esbelto como atlético. Las mujeres de cuerpo atlético siempre habían sido su debilidad...

Pero tuvo que recordarse el tipo particular de ejercicio en el que aquella chica se habría entrenado. En todo caso, no era ella precisamente la que él estaba buscando.

«Ahora o nunca», se dijo Bess, sintiendo los ojos de aquel tipo fijos en ella.

-Hey, cariño... -aunque no había vuelto a fumar desde los quince años, tenía la voz levemente ronca-. ¿Quieres divertirte un poco? -le preguntó a Alex, rezando a todos los dioses que pudieran estar escuchándola.

-Quizá -Alex enganchó un dedo en el escote de su traje, y se sorprendió al verla vacilar-. Aunque no eres tú lo que tengo en mente, ricura.

-¿Ah, no? -Bess se preguntó qué seguiría a continuación. Mezclando la intuición con su capacidad observadora, se apoyó en él. Tuvo la inequívoca impresión de apoyarse en un cuerpo de acero: duro, imperturbable y muy frío-. ¿Y se puede saber qué es con exactitud lo que *tenías* en mente?

Pero, de pronto, por un instante, se olvidó de todo. De todo excepto de aquellos ojos oscuros que la penetraban hasta el alma. Del roce de sus nudillos en su piel, justamente arriba de sus senos. Ahora sí podía sentir el calor que emanaba de su mano, de su persona. Mientras continuaba mirándolo, su mente se vio asaltada por la imagen de ellos dos, abrazados, retozando en la cama de alguna oscura habitación... Algo que nada tenía que ver con el trabajo que se traía entre manos.

Era la primera vez que Alex había visto a una prostituta ruborizarse. Aquello lo impactó, le hizo desear disculparse por la fantasía que había asaltado su cerebro. Hasta que recordó dónde estaba y lo que había ido a hacer.

-Solo un tipo diferente de chica, nena.

Con aquellos tacones tan altos, estaban a la misma altura. Alex sintió el irreprimible deseo de arrancarle esas capas de maquillaje para ver lo que escondían.

-Yo puedo ser un tipo diferente.

-Hey, niña -Rosalie se acercó a Bess y le pasó un brazo por los hombros-. No pensarás quedarte estos dos tipos para ti sola, ¿verdad?

-Yo...

-¿Formáis un equipo? -le preguntó Alex a la recién llegada.

-Esta noche sí -Rosalie miró a su acompañante-. ¿Y vosotros?

Judd tenía problemas para encontrar la voz. Habría preferido enfrentarse solo con un tipo armado. Simplemente no podía ponerle las manos encima a esa hermosa mujer... cuando la imagen de su tierna y bondadosa esposa relumbraba como un letrero de neón dentro de su cabeza.

-Seguro -suspiró profundamente, intentando imitar la confianza que parecía demostrar su compañero.

Rosalie echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada antes de apoyarse en Judd, cariñosa. El joven retrocedió instintivamente, ruborizado.

-Me da la impresión de que eres nuevo en este negocio, cariño. ¿Por qué no te relajas y dejas que Rosalie te enseñe cómo funciona esto?

Como su acompañante parecía haber desarrollado una faringitis fulminante, fue Alex quien tomó la iniciativa.

-¿Cuánto?

-Bueno... -Rosalie no se molestó en mirar a Bess, que se había quedado mortalmente pálida-. Esta noche hay tarifa especial. Los dos por cien. La primera hora -se inclinó hacia Judd y le murmuró algo al oído que lo dejó conmocionado-. Después de eso -añadió-, ya lo iremos negociando.

-Yo no... -empezó a decir Bess, pero se interrumpió al sentir los dedos de Rosalie clavándose como garfios en su hombro desnudo.

-Muy bien -pronunció Alex, y sacó su placa de policía-. Chicas, estáis arrestadas.

Bess se sintió inmensamente aliviada. Tanto que mientras Rosalie expresaba su opinión con un simple taco, ella se esforzó por no soltar una carcajada de felicidad.

«Maravilloso», pensó Bess mientras entraba en la comisaría. Había sido detenida por prostitución, y las cosas no podían marchar mejor. Miró a su alrededor, sonriendo. Ya había estado antes en una comisaría, por supuesto; como ella misma solía decir, se tomaba siempre su trabajo con mucha seriedad. Pero era la primera vez que visitaba una comisaría de los barrios bajos.

Era sucia y sombría, deprimente, musitó mientras tomaba nota mental de todo. Estaban sucios los suelos, las paredes, las ventanas. Todo parecía estar revestido de una pintoresca capa de porquería. Y olía igual de mal. Aspiró profundamente para no olvidar aquel fuerte olor a sudor humano, café amargo y fuerte desinfectante. Era, además, muy ruidosa. Podía oír continuamente teléfonos sonando, maldiciones pronunciadas en voz alta, el tecleo de los ordenadores... «Oh, Dios», exclamó para sí. No podía dar crédito a su buena suerte...

-Te recuerdo que no eres ninguna turista, cariño -le recordó de pronto Alex.

-Perdón.

Mirándola fijamente, lo que Alex no podía creer era la entusiasta alegría que veía brillar en sus ojos. Le indicó que tomara asiento. Había dejado al novato a cargo de Rosalie. Una vez que

el chico le tomara los datos, se encargaría él mismo de ella. Y se serviría tanto de la persuasión como de la amenaza para sonsacarle algo acerca de sus dos compañeras asesinadas.

-De acuerdo -se sentó ante su viejo escritorio, colmado de papeles-. Ya conoces el trámite.

Bess se había quedado distraída mirando a un joven de unos veinte años que acababa de entrar, con la chaqueta rota y la cara llena de moratones.

-¿Perdón?

Alex suspiró mientras introducía una hoja en su vieja máquina de escribir.

-¿Nombre?

-Oh, me llamo Bess -respondió con tanta naturalidad como desenfado. Alex maldijo entre dientes.

-¿Bess qué?

-McNee. ¿Y tú?

-Fecha de nacimiento.

-¿Por qué?

-¿Por qué *qué?* -la fulminó con la mirada.

-¿Por qué quieres saberlo? La paciencia nunca había sido el punto fuerte de Alex. Señalando la hoja, respondió:

-Porque tengo que rellenar este espacio en blanco.

-De acuerdo. Tengo veintiocho años. Soy Géminis. Nací el primero de junio.

Alex hizo un cálculo mental y rellenó el año de nacimiento.

-Residencia.

Una curiosidad natural la hizo hurgar entre los papeles y las carpetas de su escritorio, hasta que él le dio un manotazo.

-Estás terriblemente tenso -le reprochó Bess-. ¿Es porque trabajas en operaciones secretas?

Alex maldijo en silencio aquella sonrisa suya. Era sexy, sensual, nada estúpida. Eso, y aquellos agudos e inteligentes ojos verdes, habrían engañado a cualquiera. Pero parecía una prostituta, y olía como tal. Así que, por lo tanto...

-Escucha, muñeca, la cosa funciona así: yo hago las preguntas y tú respondes.

-Un tipo duro, cínico, habituado a trabajar en los bajos fondos...

-¿Perdón? -Alex arqueó una ceja.

-Oh, solo es un rápido test de personalidad. Tú quieres saber dónde vivo, ¿no? -y le espetó una dirección que lo dejó asombrado.

-Seamos serios.

-Muy bien -haciendo gala de la mejor de las disposiciones, Bess entrelazó las manos y las apoyó en el borde de la mesa.

-Dirección-repitió.

-Acabo de dártela.

-Conozco las casas de esa zona. Quizás seas buena en tu oficio -pensativo, contempló sus atributos una vez más-. Quizá mejor de lo que pareces. Pero trabajando las calles no se gana tanto como para pagar ese tipo de renta.

Bess se sintió, lógicamente, insultada. Y lo peor era que había dedicado cerca de una hora a maquillarse.

-Esa es mi dirección, polizonte -pronunció, irritada, antes de vaciar su enorme bolso sobre el escritorio.

Bajo la mirada fascinada de Alex, se puso a rebuscar en aquella montaña de cosas. Había suficientes cosméticos para abastecer una tienda entera. Y no eran de los baratos. Seis barras

de labios, dos discos compactos, maquillajes de todas las clases. Un arcoiris de lápices de ojos. Mezclados con todo ello había dos juegos de llaves, decenas de recibos de tarjetas de crédito, gomas de borrar, clips, doce bolígrafos, dos libros de notas, una agenda de piel, una micrograbadora... y una pistola. Alex la sacó de entre el montón y la examinó atentamente. Una pistola de agua.

-Ten cuidado con eso -le advirtió Bess en el preciso momento en que encontró su voluminosa cartera-. Está llena de amoníaco.

-¿Amoníaco?

-Solía llevar gas, pero el amoníaco también funciona. Toma -satisfecha, extendió un brazo y le puso la cartera abierta debajo de la nariz.

Era la misma que aparecía en la foto, aunque en la imagen llevaba el pelo corto, de color rojo en vez de rubio. Pero aquella nariz, aquella barbilla, y aquellos ojos... Contempló con atención su permiso de conducir. La dirección coincidía con la que le había dicho.

-¿Tienes coche?

-No. ¿Por qué? -preguntó mientras volvía a guardar sus cosas en el bolso.

-Las mujeres de tu posición no suelen tenerlo.

-Tengo permiso de conducir, sí. Pero no todo el mundo que tiene el permiso tiene por fuerza que poseer un coche, ¿no te parece?

-Quítate la peluca -le ordenó Alex, colocando la cartera fuera de su alcance.

-¿Qué?

Alex se inclinó sobre el escritorio y se la quitó él mismo. Bess lo miró con el ceño fruncido, mientras se llevaba una mano al cabello corto y rizado, de color cobrizo.

-Quiero que me la devuelvas. Es prestada.

-Descuida -la lanzó sobre la mesa antes de recostarse en su sillón. Si aquella dama era una prostituta, él era Clark Kent-. ¿Quién diablos eres tú?

Bess sabía que había llegado la hora de aclarar las cosas. Pero había algo en aquel hombre que la incitaba a esperar y tensar la cuerda. A provocarlo.

-Solo soy una mujer que intenta ganarse la vida -estaba segura de que eso mismo habría dicho Jade en su lugar. Y dado que Jade era una creación suya, estaba decidida a representar a la perfección su papel.

Alex abrió la cartera y contó los billetes que llevaba: más o menos el equivalente a su sueldo quincenal.

-¿Estás facultado para hacer eso? -le preguntó, más curiosa que disgustada-. ¿Para registrar mis propiedades personales?

-Cariño, ahora mismo *tú* eres mi propiedad personal -vio que llevaba varías fotografías en la cartera. Fotos de gente. En algunas aparecía ella, y en otras no. Y la dama pertenecía al menos a una docena de asociaciones, incluidos Greenpeace, la Federación Mundial de la Vida Salvaje, Amnistía Internacional y el sindicato de escritores. Nada más ver esa última credencial pasó a examinar su micrograbadora. Estaba funcionando-. Aja. Ya lo tengo, Bess.

«Muy sagaz»; ese pensamiento asaltó por un instante el cerebro de Bess mientras le preguntaba, sonriendo:

-¿Qué es lo que tienes?

-¿Qué estabas haciendo por ahí en compañía de Rosalie y de las otras chicas?

-Trabajando -pensó que, cuando la miraba entrecerrando de aquella manera los ojos, estaba absolutamente irresistible. Duro, un poquito malvado. Fabuloso-. De verdad -insistió, inclinándose hacia él-. Mira, todo esto tiene que ver con Jade, y con su problema de doble personalidad. Por el día Jade es una respetable abogada, muy eficaz, pero por la noche se dedica a trabajar en la calle de prostituta. Sigue afectada por lo que le pasó con Brock, y está empezando a recuperar recuerdos de la infancia. Se encuentra inmersa en un proceso de autodestrucción.

-¿Quién diablos es Jade? -inquirió Alex, sombrío.

-Jade Sullivan Carstairs. ¿Es que tú no ves la tele?

-No.

-Pues no sabes lo que te pierdes. Creo que te encantarían los personajes de Jade, Storm y Brock. Storm es un poli, y resulta que se ha enamorado de Jade. Los problemas emocionales de Jade, y los que Brock tiene con ella, complicaron las cosas. Y luego hubo un aborto, y el secuestro. Naturalmente, Storm también tiene sus propios problemas.

-Naturalmente. ¿Y tú qué pintas en todo esto? -le preguntó.

-Oh, perdón. Me había olvidado. Yo escribo para el culebrón *Secretos pecados.*

-¿Eres guionista de culebrones?

-Sí. Y me gusta experimentar en carne propia las situaciones que hago atravesar a mis personajes. Y dado que Jade es una creación mía, yo...

-¿Es que estás loca? -le espetó Alex, inclinándose hacia ella-. ¿Tienes alguna maldita idea de lo que estás haciendo?

Bess parpadeó con expresión inocente a la vez que divertida.

-Una investigación, ¿no? Alex maldijo de nuevo.

-Oye, ¿hasta dónde pensabas continuar... con tu investigación?

-¿Hasta...? Oh -un brillo de alegría apareció en sus ojos-. Bueno, no hasta *ese* punto...

-¿Qué diablos habrías hecho si yo no hubiera sido un poli?

-Ya se me habría ocurrido algo -continuó sonriendo. Pensó que aquel hombre tenía un rostro fascinante: tez dorada, ojos oscuros, rasgos finos... Y aquella boca tan delicada y suave, a pesar de su tendencia a fruncir el ceño-. Mi trabajo consiste en eso: en que se me ocurran cosas. Y cuando te vi, pensé que parecías un tipo de confianza. Vamos, qué no me parecías el tipo de hombre que pudiera estar interesado en... -intentó encontrar una manera delicada de decirlo- ... en ofrecer dinero a cambio de placer.

Alex estaba tan furioso que de buena gana le hubiera dado unos azotes. La idea de administrar unos buenos azotes en aquel trasero tan pequeño y tan sexy le resultó terriblemente atractiva.

-¿Y si te hubieras equivocado en tu suposición?

-No me equivoqué -replicó-. Al principio me preocupé un poco, pero luego se solucionó todo. Y mejor de lo que había esperado.

-Dos prostitutas fueron asesinadas -pronunció Alex entre dientes-. Que trabajaban precisamente en esa zona.

-Lo sé -se apresuró a decir, como si eso lo explicara todo-. Esa era una de las razones por las que fui allí. ¿Sabes? Pienso hacer que Jade...

-Estoy hablando de ti -la interrumpió, brusco-. De usted. De una escritora de pacotilla y cabeza de chorlito que cree que puede pasearse por ahí con un traje ajustado y una tonelada de maquillaje en la cara, y luego regresar a su casa bonita para quitárselo.

-¿Pacotilla? -de todo lo que le había dicho, eso era lo único que la había ofendido-. Oye, polizo...

-Oye tú. Mantente alejada de mi territorio, y quítate esa ropa. Haz tu investigación en casa, con libros.

-Puedo ir a donde quiera -Bess alzó la barbilla con gesto desafiante-. Y ponerme lo que quiera.

-¿Eso crees? -Alex se dijo que existía una forma de enseñarle una lección. Una forma muy adecuada-. Bien -se levantó y la agarró del brazo-. Vamos.

-¿A dónde?

-A la celda, cariño. Estás arrestada, ¿recuerdas?

-Pero si acabo de explicarte...

-Cada día, antes de desayunar, oigo historias mejores que esa.

-No, no vas a encerrarme en una celda... -Bess estaba segura de ello. Absolutamente segura.

Hasta el instante en que se encontró con unos barrotes delante de la cara.

Bess tardó por lo menos diez minutos en recuperarse de su estupor. Cuando lo hizo, pensó que el giro que habían experimentado los acontecimientos no era tan malo. Podía estar furiosa con el policía, desde luego, pero también podía valorar y aprovechar la oportunidad única que le había dado. Se hallaba encerrada en una celda, con otras mujeres. Se encontraba en un ambiente desconocido, y podía incluso realizar alguna entrevista...

Cuando una de sus compañeras la informó de que tenía derecho a hacer una llamada, lo pidió. Complacida con los progresos que estaba haciendo, se sentó en su duro catre para charlar con ellas.

No habían transcurrido ni treinta minutos cuando alzó la mirada y vio a su amiga y coguionista Lori Bañes, al lado de un policía de uniforme.

-Bess, tienes un aspecto tan natural ahí dentro...

Con una sonrisa, Bess se levantó mientras el agente abría la puerta de la celda.

-Ha sido una gran experiencia.

-¡Hey! -la llamó una de sus compañeras de encierro-. Recuerda lo que te dije: Vicki es una bruja, y Jeffrey debería darle la patada. Amelia es la mujer adecuada para él.

-Veré lo que puedo hacer -le hizo un guiño-. Adiós, chicas.

Lori no se consideraba una mujer mojigata, ni una estirada. Así se lo dijo a Bess mientras avanzaban por los corredores, subían las escaleras y salían al vestíbulo.

-Pero... -añadió, frotándose los ojos-... detesto que me despierten a las dos de la madrugada para venir a sacarte de un calabozo.

-Lo siento, pero ha sido estupendo. Espera a que te lo cuente.

-¿Sabes lo que pareces, querida? Bess apenas la escuchaba. Se fijó en que la silla del escritorio de Alex estaba vacía.

-No sabía que tantas chicas prostitutas seguían nuestra serie. La mayor parte trabajan por la noche, y... Oh, discúlpame... -sin detenerse, se dirigió al policía que tenía más cerca-. Por favor, ¿el agente que usa ese escritorio?

-¿Stanislaski? -inquirió el hombre después de morder su sandwich.

-Hey, vaya bocado... ¿Está todavía por aquí?

-Está en interrogatorios.

-Oh. Gracias.

-Vamos, Bess, tenemos que recoger tus cosas.

Bess había tenido que firmar para recuperar su bolso con su contenido, todavía con un ojo a la busca de Alex.

-Stanislaski -repitió para sí misma-. Ese apellido parece polaco, ¿no te parece?

-¿Cómo diablos voy a saberlo yo? -agotada su paciencia, Lori la empujó hacia la puerta-. Esto está lleno de delincuentes.

-Lo sé. Es fabuloso -con una carcajada, le pasó un brazo por la cintura-. Tengo ideas por lo menos para los próximos tres años. Si hacemos que detengan a Elana por el asesinato de Reed...

-No sabía que Reed iba a morir asesinado. Una vez fuera, Bess buscó en vano un taxi. No pasaba ninguno.

-Lori, ambas sabemos que Jim no va a firmar otro contrato. Quiere apuntar más alto. Eliminar a ese personaje es la manera perfecta de reforzar el peso de Elana en el guión.

-Tal vez.

-El mes pasado, *Nuestras vidas, nuestros amores* subió dos puntos en los índices de audiencia.

Lori respondió con un gruñido. Evidentemente, aquel dato no le gustaba nada.

-El caso es que la doctora Amanda Jamison va a tener gemelos.

-¿Gemelos? -Lori cerró los ojos. La actriz televisiva Ariel Kirkwood, que representaba el papel de la sufridora psiquiatra Jamison en el culebrón rival, era una de las estrellas más populares del momento-. Tenían que ser gemelos, maldita sea -musitó-. De acuerdo, Reed muere.

Bess se permitió una pequeña sonrisa triunfante, antes de echar a andar.

-Mira, mientras estaba allí, me imaginé a la elegante y sofisticada doctora Elana Warfield Stafford Carstairs en la cárcel. Fabuloso, Lori. Sería fabuloso. Ojalá hubieras visto al poli.

Habían, caminado hasta la esquina y seguía sin aparecer ningún taxi.

-¿Qué poli?

-El que me detuvo. Era increíblemente sexy. A esas alturas, Lori solo tenía energías para suspirar.

-Lo que faltaba. Que te detuviera un policía sexy...

-Hey, de verdad. Moreno, con unos ojos tan negros y una boca tan sensual... Tenía un cuerpo muy bonito, también. Como el de un boxeador.

-No empieces, Bess.

-No estoy empezando. Puedo encontrar atractivo a un hombre sin por ello enamorarme de él.

-¿Desde cuándo?

-Desde la última vez. Escarmenté, ¿recuerdas? -vio que se acercaba un taxi-. Ese Stanislaski solo me interesa por razones estrictamente profesionales.

-Ya -pronunció Lori, resignada, mientras subía al taxi.

-Te lo juro -alzó la mano derecha para subrayar aquel juramento-. Queremos meternos en la cabeza de Storm, bucear en su ambiente y todo eso. Por eso quiero conocer el cerebro de ese poli -dio al taxista su dirección y la de Lori-. Después de que Jade resulte atacada por el maníaco de Millbrook, Storm no será ya capaz de disimular lo que siente por ella. Su personalidad tendrá que ir saliendo a la luz. Si hacemos que Elana sea detenida por el asesinato de Reed, eso podrá complicar la vida de Storm... ya sabes, la lealtad personal enfrentada a su ética profesional. Y una vez que se enfrente con Brock...

-Hey -después de detenerse frente a un semáforo en rojo, el taxista se volvió hacia ellas-, ¿están hablando por casualidad de *Secretos pecados**

-Sí -respondió Bess, radiante-. ¿La sigue usted?

-Mi esposa me la graba todos los días. Pero no las reconozco de la serie...

-Oh, es que no actuamos en ella. Somos las guionistas.

-¡Vaya! -satisfecho, pisó el acelerador cuando el semáforo cambió a verde-. Permítanme entonces decirles lo que pienso acerca de esa Vicki...

Después de escucharlo con atención, Bess se puso a debatir con él. Lori, por su parte, cerró los ojos e intentó dormir.

-Mi esposa se ha vuelto chiflada -comentó Judd Malloy mientras Alex, al volante, sorteaba el denso tráfico del centro de la ciudad-. Es una gran admiradora de ese culebrón, ¿sabes? Lo graba cada día mientras está en la escuela.

-Maravilloso -Alex había estado haciendo todo lo posible para olvidarse de su encuentro con la reina de los culebrones, pero su compañero no le estaba ayudando demasiado.

-Holly piensa que lo de conocerla debió de ser como encontrarse con una estrella de cine.

-No se encuentra uno a muchas estrellas trabajando en la calle.

-Vamos, Alex. Sabes perfectamente que ella no era una prostituta. Tú mismo lo dijiste, porque de otra manera no habrías retirado la acusación.

-Menuda estúpida -pronunció Alex, entre dientes-. Llevando una maldita pistola de agua en el bolso... Supongo que se figuraba que si un tipo se ponía pesado con ella, siempre podría dispararle entre los ojos...

Judd quiso hablarle de los efectos de un chorro de amoníaco en los ojos, pero dudaba que su compañero quisiera escucharlo.

-Bueno, Holly se quedó impresionada, y le sacamos bastante información a la tal Rosalie, así que no perdimos el tiempo...

-Malloy, será mejor que vayas acostumbrándote a perder el tiempo. Es la regla Stanislaski número cuatro -Alex descubrió el edificio que había estado buscando y aparcó en doble fila. Ya había salido del coche antes de que Judd colocara el letrero *Policía de Nueva Tork* en el parabrisas-. Y ahora mismo estamos casi seguros de estarlo perdiendo aquí, con este tal Domingo...

-Pero Rosalie nos dijo...

-Rosalie nos dijo lo que queríamos oír -lo cortó Alex. Su mirada de policía avezado ya estaba estudiando la casa, las ventanas, las salidas de incendios, el tejado-. Quizá nos puso sobre la buena pista, o quizá no. Ya lo veremos.

El edificio se encontraba en buen estado, sin cristales rotos, ni pintadas, ni restos de basura. Alex lo catalogó como de clase media-baja. Familias estables, de clase trabajadora pero con posibles. Abrió la pesada puerta del portal y leyó los nombres de los buzones.

-J. Domingo. Número 212 -leyó. Llamó al portero automático del 110, y esperó unos segundos. Luego hizo lo mismo con el del 305. Alguien le abrió, sin preguntar quién era. La gente es muy descuidada -fue su único comentario.

Podía percibir el nerviosismo de Judd mientras

subían las escaleras. Después de ordenarle con un gesto que se colocara a un lado de la puerta, llamó a la 212. Tuvo que llamar por segunda vez antes de escuchar una maldición, a modo de respuesta. Cuando la puerta se abrió con un crujido, Alex se adelantó para que no pudieran cerrarla de nuevo.

-¿Qué tal te van las cosas, Jesús?

-¿Qué diablos quieres?

Encajaba con la descripción que les había dado Rosalie. Con su bigote a lo Clark Gable y su incisivo de oro.

-Hablar, Jesús. Solo quiero tener una pequeña conversación contigo.

-Yo no hablo con nadie a estas horas. Cuando intentó cerrar la puerta, Alex solo tuvo que apoyarse en ella para impedírselo.

-Hey, ¿no querrás ser grosero con nosotros, verdad? ¿Por qué no nos dejas entrar?

Maldiciendo en español, Jesús Domingo abrió un poco más la puerta.

-¿Tenéis una orden judicial?

-Puedo conseguirte una, si quieres tener una conversación más larga. Pero en comisaría. ¿Qué me dices?

-Yo no he hecho nada -se echó a un lado para dejarlos pasar. Era de pequeña estatura, fibroso. Solo llevaba unos pantalones cortos.

-Nadie ha dicho que lo hicieras. ¿No es verdad, Malloy?

-Desde luego -respondió Judd, entrando detrás de Alex.

El edificio podía ser de clase media-baja, pero el apartamento dé Domingo era muy lujoso. Lo cual no dejaba de resultar sorprendente.

-Bonito lugar -comentó Alex-. Veo que estiras mucho tu subsidio de desempleo.

-Disparad ya -los instó Domingo, encendiendo un cigarrillo.

-Háblanos de Angie Horowitz. Domingo exhaló una bocanada de humo mientras se rascaba el vello del pecho.

-Nunca he oído hablar de ella.

-Qué curioso. Una de tus... habituales nos ha dicho lo contrario.

-Pues os lo ha dicho mal.

-Quizá no hayas reconocido el nombre -Alex se sacó un sobre del bolsillo interior de la cazadora-. ¿Por qué no le echas un vistazo a esta foto? -le entregó la fotografía, tomada por la policía en el lugar del crimen, y vio que se quedaba pálido como la cera-. ¿Te resulta familiar?

-Dios... -le temblaron los dedos mientras se llevaba el cigarrillo a los labios.

-¿Algún problema? -Alex también miró la foto: no había quedado gran cosa reconocible para la cámara-. Oh, vaya, discúlpanos, Jesús. Malloy, ¿no te había dicho que no era esta foto?

Judd se encogió de hombros, indiferente. Estaba pensando en lo aliviado que se sentía de no tener que volver a mirar aquella imagen.

-Supongo que se me traspapeló.

-Ya -mientras hablaba, Alex sostuvo la foto de manera que Domingo pudiera seguir viéndola-. A la pobre Angie la hicieron picadillo. El forense dice que el tipo le hizo al menos cuarenta agujeros. La mayoría son visibles. El pobre Malloy, mi compañero, le echó un solo vistazo y devolvió el desayuno. Ya le había dicho yo que no comiera esos grasientos donuts a primera hora de la mañana, pero él... -se sonrió al ver que Domingo se apresuraba a hacer una visita al cuarto de baño.

-Eso ha sido un golpe bajo, Stanislaski -le recriminó Judd, aprovechando que el otro no podía oírlo.

-Ya lo sé.

-Y no es verdad que devolviera el desayuno.

-Pero te entraron ganas -replicó Alex, y se acercó a la puerta cerrada del cuarto de baño-. Hey, Jesús, ¿te encuentras bien? Te pido disculpas -introdujo la foto en el sobre y se la devolvió a su compañero-. Te conseguiré un poco de hielo. Te vendrá bien.

La respuesta fue un gruñido que Alex interpretó como un gesto de asentimiento. Fue a la cocina y abrió la nevera. Los dos kilos de droga estaban justo donde les había dicho Rosalie que podrían encontrarlos. Sacó uno justo en el instante en que Domingo salía del baño.

-Sin una orden, no tenéis derecho a hacer eso.

-Solo estaba buscando el hielo -Alex se volvió hacia él con la cocaína congelada en las manos-. Vaya, pero esto no es hielo. ¿A ti qué te parece que es, Malloy?

Apoyándose en la jamba de la puerta, Judd bloqueó disimuladamente la única vía de escape.

-Ese tipo de hielo no lo tengo en mi casa.

-Malditos... -se limpió la boca con el dorso de la mano-. Habéis violado mis derechos civiles. Estaré fuera antes de que podáis pestañear.

-Puede ser -Alex se guardó las pruebas del delito-. Malloy, ¿-por qué no le lees a nuestro amigo sus derechos mientras se viste? Ah, Jesús, te aconsejo que te compres un elixir bucal. Para el aliento.

-Stanislaski -el sargento de recepción llamó a Alex cuando regresaba de encerrar a Domingo en una celda-. Tienes compañía.

Alex miró hacia su escritorio y vio a un grupo de compañeros arremolinados en torno a alguien que parecía estar sentado en una esquina del mismo. El estruendo de sus carcajadas se

elevaba por encima de la algarabía habitual del ambiente. La curiosidad lo impulsó a acercarse antes de ver las piernas. Unas piernas que reconoció. Estaban cruzadas, con los muslos cubiertos casi pudorosamente por una falda color amarillo canario.

También reconoció el resto, aunque en esa ocasión aquel cuerpo esbelto y atlético lucía un suéter multicolor y una blusa a juego con la falda. Llevaba unos bonitos pendientes de oro, que se agitaban cuando reía. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que la vio; estaba incluso más sexy, según se vio obligado a admitir. Con los labios sin pintar, las pecas expuestas sin el maquillaje y aquellos enormes ojos verdes sutilmente sombreados. Iba artificiosamente despeinada, y su pelo tenía un precioso tono rojizo que le recordó de inmediato la escultura de madera de cerezo que su hermano le había esculpido.

-Así que le dije al alcalde que intentaríamos arreglarlo, y le pedimos que apareciera en un programa nuestro con un *carneo* -se interrumpió al ver a Alex. Avanzaba hacia ella frunciendo el ceño, los pulgares enganchados en los bolsillos de la cazadora-. Detective Stanislaski.

-McNee -inclinó la cabeza, y barrió luego con la mirada a sus compañeros-. Si el jefe saliera ahora mismo y os encontrara aquí, tendría que decirle que como no teníais suficiente trabajo, os habéis ofrecido a descargarme del mío. Muy amables.

-Solo estábamos entreteniendo a tu visita, Stanislaski -se disculpó uno de ellos mientras se dispersaban, reacios.

-¿Qué puedo hacer por ti? -se dirigió a Bess.

-Bueno, yo...

-Estás sentada sobre un homicidio.

-Oh -se bajó del escritorio. Sin los zapatos de tacón, era una media cabeza más baja que él-. Perdón. Había venido a darte las gracias por haberme sacado del apuro.

-Para eso me pagan. Para sacar a la gente de apuros -había supuesto que estaría rabiosa por que la hubiera metido en una celda, pero no. Estaba sonriente, tan amable como una maestra infantil. Aunque él, de niño, nunca había tenido una maestra así. Ni que oliera como ella.

-En cualquier caso, te estoy muy agradecida. Mi productora es muy tolerante, pero si las cosas se hubieran complicado, se habría disgustado mucho.

-¿Disgustado? -repitió Alex. Se quitó la cazadora y la dejó sobre la silla-. Se habría disgustado al enterarse de que una de sus guionistas se estaba trabajando la esquina de la Undécima Avenida con la calle veintitrés, claro.

-Investigando. Estaba investigando -lo corrigió Bess, sin ofenderse-. A Darla, mi productora... suelo darle sustos como ese. Una vez se llevó uno enorme¸cuando me .presenté en el trabajo con un ladrón especializado en escalar edificios.

-¿Con un...? -se interrumpió, sentándose en la esquina del escritorio que ella había dejado libre-. No creo que quieras contarme eso.

-Bueno, la verdad es que era un antiguo ladrón. Un tipo fascinante. Le pedí que me enseñara cómo podía entrar en mi apartamento -frunció el ceño, recordando-. Supongo que estaba un poquito fuera de forma. Sonó la alarma. En fin, eso ya es agua pasada. ¿Tienes algún nombre de pila o tengo que seguir llamándote oficial?

-Me llamo Alex -respondió, suspirando.

-Alex. Qué nombre tan bonito -deslizó un dedo por la correa de la sobaquera en la que portaba la pistola. No pretendía ser provocativa; simplemente quería tocarla. Una vez que llegaran a conocerse mejor, le pediría permiso para ponérsela-. Bueno, Alex... me estaba preguntando si me dejarías que te utilizara.

Llevaba más de cinco años trabajando de policía, y nunca en todo ese tiempo se había sentido tan sorprendido. Tardó unos tres segundos en cerrar la boca que había abierto de puro asombro.

-¿Perdón?

-Es que eres tan perfecto... -se acercó. Realmente quería ver de cerca su arma... sin que se le notara.

Alex pensó que olía a sol y a sexo. Una combinación que podía aniquilar a cualquier hombre.

-¿Que soy perfecto?

-Absolutamente -lo miró fijamente a los ojos y sonrió. Lo estaba estudiando abiertamente, de la forma en que una mujer habría examinado un vestido expuesto en un escaparate-. Eres exactamente lo que estaba buscando.

Tenía los ojos de un color verde purísimo, sin rastro de gris o de azul, ni vetas doradas. Y un pequeño hoyuelo cerca de la boca. Solo uno.

-¿Y qué era lo que estabas buscando?

-Sé que estás muy ocupado, pero intentaría no quitarte mucho tiempo. Una hora de cuando en cuando.

-¿Una hora? Escucha, te agradezco...

-No estás casado, ¿verdad?

-¿Casado? No, pero...

-Eso simplifica las cosas. Se me ocurrió anoche, cuando iba a meterme en la cama.

«Dios», exclamó para sí Alex. Conocía bien a las mujeres. Con el tiempo había aprendido a tratarlas, a apreciarlas, a saber cuándo debía esquivarlas y cuándo podía relajarse y disfrutar con ellas. Pero con aquella en particular no sabía qué hacer.

-¿Pesa? -inquirió Bess, señalando su sobaquera.

-Se acostumbra uno.

-Perfecto -esbozó otra cálida sonrisa que le evocó nuevamente la luz del sol-. Me gustaría compensarte por tu tiempo, y por tu experiencia...

-¿Que tú...? -Alex no sabía si sentirse insultado o avergonzado.

-Piensa en ello -se apresuró a decirle Bess-. Sé que es mucho pedir, pero tengo ese problema con Matthew.

-¿Matthew? ¿Quién diablos es Matthew?

-Bueno, nosotras lo llamamos Storm. Teniente Storm Warfield, del departamento de policía de Millbrook.

-¿Millbrook? -se frotó las sienes, confundido.

-La ficticia ciudad de Millbrook, el escenario de la serie *Secretos pecados.* Se supone que está localizada en algún lugar del medio Oeste. Storm es un poli. En lo personal, su vida es un desastre, pero está intensamente concentrado en su trabajo. En el nuevo argumento en el que estoy trabajando, quiero concentrarme en lo que significa el trabajo de un policía, en su rutina, en sus frustraciones...

-Espera -nunca había sido mentalmente lento, pero con aquella mujer necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba escuchando-. ¿Quieres que te ayude con el argumento de un culebrón?

-Exacto. Si pudieras explicarme simplemente la manera que tienes de pensar, de resolver un caso, de trabajar en el sistema y en la periferia del sistema... Ya sabes, los policías de la tele tienen una forma de trabajar en la práctica que difiere bastante de la teoría.

Alex maldijo entre dientes mientras se pasaba una mano por la cara. Y maldijo de nuevo al darse cuenta de que le estaban sudando las palmas de las manos.

-Eres un verdadero caso, McNee.

-No tienes por qué tomar una decisión ahora. Doy una fiesta esta noche, en mi casa -mientras hablaba, sacó un bloc de notas de su enorme bolso-. A partir de las ocho, puedes llegar a la hora que quieras. Tu compañero también está invitado. Parece un tipo muy dulce.

-Es adorable.

-Sí -arrancó la nota y se la entregó-. De verdad que me gustaría que me hicieras una visita.

-¿Por qué? -Alex aceptó la nota, sin molestarse en recordarle que ya conocía su dirección.

-¿Por qué no?

Antes de que pudiera elaborar mentalmente una lista de motivos, lo llamó alguien.

-¡Alexi!

«Alexi», se repitió Bess, encantada con aquel nombre tan sonoro, tan exótico. Tan sexy. Estaba segura de que le sentaba mejor que el más común de «Alex».

Observó a la mujer que se acercaba a ellos. No era de las que hubiera pasado desapercibida en medio de una multitud. Tenía un aspecto impresionante, emanaba seguridad por todos sus poros. Estaba embarazada, y de bastantes meses. Alex se apartó del escritorio, suspirando.

-Rachel.

-No te robaré más que un momento, detective -clavó en él sus ojos castaños-. Solo el suficiente para recordarte el significado de los derechos civiles.

-¿Tu hermana? -adivinó Bess, mirando a uno y a otra, fascinada.

-¿Cómo lo has sabido? -le preguntó Alex, frunciendo el ceño.

-Soy buena fisonomista. La misma forma de la Cara, la misma boca... Tenéis que ser hermanos, o al menos primos hermanos.

-Pues has acertado -admitió Rachel. Aunque le habría gustado saber qué estaba haciendo Alex con aquella hermosa pelirroja, estaba decidida a anteponer sus deberes como abogada de oficio- Jesús Domingo, Alexi. Detención y registro ilegal.

-Tonterías -cruzándose de brazos, se apoyó en el escritorio. -¿Tenías orden de registro?

-No la necesité. Él mismo nos invitó a entrar.

-Ya, y también os invitó a rebuscar entre sus pertenencias, supongo.

-No precisamente -sonrió Alex, mientras Bess no perdía detalle de la conversación-. A Jesús le entraron náuseas. Yo me ofrecí a darle un poco de agua fría, o de hielo, y él no puso ninguna objeción, al abrir la nevera, allí estaban los dos kilos de coca. Todo eso figurará en mi informe.

-Es un argumento muy flojo, Alexi. No ganarás el juicio.

-Puede que sí, puede que no. Habla con el fiscal del distrito.

-Tenía intención de hacerlo -Rachel se cambió el maletín de mano y empezó a frotarse el vientre con movimientos circulares para tranquilizar al bebé,que parecía estar haciendo ejercicios aeróbicos en su interior.

-Siéntate.

-No quiero sentarme.

-El bebé sí -le sacó una silla y la obligó suavemente a tomar asiento -. ¿Cuándo te lo quitarás de encima?

Se sentía mucho mejor sentada. Indescriptiblemente mejor. Pero no estaba dispuesta a admitirlo.

-Hasta dentro de un par de meses, nada. Así que todavía me queda tiempo. Estábamos hablando de...

-Rach -Alex le acarició una mejilla, con exquisita delicadeza. Un juramento en voz alta no la habría detenido, pero aquel pequeño gesto sí-. No hagas que tenga que preocuparme por ti.

-Estoy perfectamente.

-No deberías estar aquí.

-Voy a tener un bebé: eso no es contagioso. Y ahora, pasemos a lo de Domingo.

Alex le explicó sucintamente lo que pensaba que se podía hacer con Domingo.

-Habla con el fiscal del distrito -le repitió-. Pero sentada.

-A mí me parece que es una mujer muy fuerte. Y que no necesita estar sentada todo el rato -intervino Bess. Dos pares de ojos se volvieron hacia ella: uno con expresión pensativa, el otro con expresión furiosa.

-Gracias. Los hombres de mi vida me miman demasiado -le explicó Rachel-. Son dulces, pero cansan.

-Muldoon debería cuidar de ti -insistió Alex.

-No necesito que Zack cuide de mí. El caso es que, entre Nick y él, apenas me dejan lavarme tranquilamente los dientes -le tendió la mano a Bess-. Dado que mi hermano es lo suficientemente grosero como para no presentarnos, lo haré yo. Rachel Muldoon.

-Bess MacNee. ¿Eres abogada?

-Sí. Trabajo como abogada de oficio del Estado.

-¿De verdad? -el cerebro de Bess empezó a funcionar a toda velocidad-. ¿Qué tal sería si...? Pero Alex la interrumpió, alzando una mano.

-No la escuches. Te lavará el cerebro cuando menos te lo esperes. Mira, McNee... -se volvió hacia Bess, decidido a no dejarse seducir por su sonrisa-... estoy bastante ocupado.

-Claro. Lo siento -reacia, se echó el bolso al hombro-. Ya hablaremos. Encantada de haberte conocido, Rachel.

-Lo mismo digo -tanto Rachel como su hermano la vieron alejarse-. Oye, has estado especialmente grosero.

-Es la única manera de tratar con ella. Créeme.

-Mmm.. parece una mujer interesante. ¿Cómo la conociste?

-No hagas preguntas -se recostó en su sillón, molesto por el aroma a sol y a sexo que todavía impregnaba el aire.

-Todavía no puedo creerlo -comentó Holly, la esposa de Judd, con entusiasta expresión-. Cuando les cuente a mis compañeros de la sala de profesores dónde he pasado la tarde...

-Tranquila, cariño -Judd se ajustó la corbata que ella había insistido en que llevara-. Solo es una fiesta.

-¿Solo una fiesta? -mientras subían en el ascensor, se atusó el peinado-. No sé vosotros dos, pero yo no suelo alternar con famosos todos los días.

Alex, por su parte, permanecía callado. No sabía qué diablos estaba haciendo allí. Su primer error había sido mencionarle lo de la invitación de McNee a Judd. Por muy indiferente que hubiera fingido mostrarse su compañero, no había podido disimular su júbilo cuando llamó a su mujer. Y Alex no había tenido más remedio que dejarse arrastrar por su entusiasmo.

Pero no se quedaría: eso era seguro. Entraría, tomaría quizá una cerveza y se largaría. Antes muerto que malgastar una de sus escasas tardes libres charlando con los protagonistas del mundo del culebrón.

-¡Oh, Dios! -fue lo único que logró articular Holly cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Las paredes de aquel amplio vestíbulo estaban decoradas con un gigantesco mural, representando la ciudad: Times Square, el Centro Rockefeller, Harlem, La Pequeña Italia, Broadway... La gente parecía circular por aquella habitación como si lo hiciera por las calles: apresuradamente. Como si la mujer que vivía allí no quisiera perder ni un minuto de su tiempo dejando de hacer algo. A través de la puerta abierta que comunicaba con el resto del apartamento, llegaba hasta ellos el ruido de la música y las conversaciones, junto con el aroma

a comida caliente y el olor a velas perfumadas. -¡Oh, Dios! -repitió Holly, entrando y tirando de su marido.

Detrás de ellos, Alex barrió la sala con la mirada. Inmensa como era, estaba llena hasta rebosar de gente. Vistiendo trajes formales o vestidos de noche, de todas las telas y colores, todo el mundo se arremolinaba en torno a una especie de enorme sofá redondo. Algunos se habían sentado en los escalones de una escalera circular que conducía a otro piso, con una terraza abierta, donde todavía se apelotonaban más invitados.

Enormes ventanales dejaban entrar las luces de la ciudad. Más invitados se encontraban sentados sobre cojines colocados en los alféizares, sosteniendo sus platos y vasos sobre las rodillas. Las paredes, de color marfil, estaban cubiertas de pinturas: arte abstracto, expresionismo, surrealismo... Suficientes colores como para que a Alex le doliera la cabeza. Aun así, en medio de la multitud y de un estallido de luz y color, la vio. Bailando sensualmente con un tipo de aspecto distinguido, vestido con un elegante traje gris.

Alex no pudo menos que preguntarse, irritado, si poseería algún vestido que pudiera esconder esas maravillosas piernas que tenía. Aquel en concreto, de color rojo púrpura, no. Tampoco escondía gran cosa del resto de su cuerpo, a juzgar por la forma en que dejaba su espalda al desnudo, hasta la cintura. Lucía unos preciosos pendientes de piedras preciosas de variados colores, que casi rozaban sus exquisitos hombros. Además, iba descalza. Estaba, pensó Alex con un nudo en el estómago, terrible y escandalosamente seductora.

-Oh, Dios mío, allí está Jade. Oh, y Storm, y Vicki. ¡Y también el doctor Carstairs! -Holly clavó los dedos en el brazo de su marido-. Y esa es Amelia.

-¿Qué Amelia?

-La de *Secretos pecados,* bobo. Todo el reparto está aquí.

-Y hay más -recordando sus buenos modales, Judd se contuvo de señalar con un dedo para hacerlo discretamente con la cabeza-. Por ahí anda el doctor Lawrence D. Strater bailando con nuestra anfitriona. Sí, el Strater de Industrias Strater, el multimillonario. El alcalde está en esa esquina, hablando con Hannah Loy, la vieja dama de Broadway -se estaba entusiasmando cada vez más-. Dios mío, en esta habitación hay estrellas suficientes para iluminar toda Nueva York.

Pero Alex no parecía haberlo notado. Y, lo que era aún peor: no le importaba un bledo. Su atención estaba concentrada en Bess. Había dejado de bailar, y se había acercado a su acompañante para susurrarle al oído algo que la hizo reír... antes de besarla. Un sonoro beso en los labios.

Ella también lo besó, apoyando levemente las manos en su cintura, para luego volverse y descubrir a los recién llegados. Los saludó con la mano, pidió disculpas a su pareja y se dirigió hacia ellos abriéndose paso entre la multitud.

-Bienvenidos -saludó a Alex y a Judd besándolos en las mejillas, antes de tomarle las dos manos a Holly, sonriente-. Me alegro de conocerte. -Mi esposa, Holly. Bess McNee.

-Gracias por habernos invitado —pronunció Holly, ruborizada.

-Ha sido un placer -Bess le apretó las manos, en un reconfortante gesto. Permitidme que os ofrezca algo de beber y de comer.

Les señaló una larga mesa, situada contra una pared. En lugar de la rídicula comida de pacotilla o los platos irreconocibles que Alex se había espetado, se encontró ante grandes bandejas de espagueti, montañas de pan de ajo y demás manjares italianos.

-Es la noche italiana -explicó Bess, tomando un plato y llenándolo hasta arriba-. Hay un montón de vino y cerveza, además de todo tipo de bebidas -le ofreció el plato a Holly y empezó a servir otro-**.** Los postres están al otro lado. Son increíbles -mientras le entregaba el plato a Judd, descubrió un brillo de emoción en los ojos de su esposa-. ¿Te gustaría conocer a algunos de los miembros del reparto?

-Oh, yo... -al diablo con la contención, se dijo Holly-. Me encantaría.

-Muy bien. Disculpadnos. Sírvete tú mismo, Alexi.

-Esto es estupendo -comentó Judd, con la boca llena de espagueti.

-Sí, estupendo -repuso Alex. Decidido a sacar el máximo provecho, se sirvió un plato.

No se quedaría. Pero la comida era algo fuera de serie. En cualquier caso, no tendría que hacer otra cosa más que comer. No le pasaría nada por codearse con aquellos famosos mientras se atiborraba de comida. Y, ciertamente, supondría un cambio positivo en su rutina diaria de ver nada más que miseria y cosas desagradables. Después de regar los espagueti con una buena copa de vino tinto, se instaló en el alfeizar de uno de los ventanales, desde donde podía contemplar tranquilamente el espectáculo.

Bess se sentó poco después a su lado, chocando su copa contra la suya.

-Has elegido el mejor asiento de la casa.

-Y qué casa.

-Sí, me gusta. Te enseñaré el resto después, si quieres -probó un pastelillo de su plato-. Está muy rico.

-Sí. Tienes algo... aquí -antes de que su buen sentido se impusiera, le quitó una mancha de nata del labio. Mientras la observaba, se lamió la yema del pulgar. Y paladeó su sabor-. No está mal.

Por un instante, Bess se preguntó si no se le habrían cruzado los circuitos nerviosos del cerebro. Ciertamente, en algún lugar se había producido un cortocircuito. En un gesto reflejo, se lamió la comisura del labio, allí donde había estado la mancha de nata. Y también paladeó su sabor.

-La mujer de tu compañero... Holly -siempre le había resultado fácil charlar, mantener conversaciones intrascendentes. ¿Por qué le resultaba tan difícil hacerlo ahora?

-¿Qué pasa con ella?

-¿Con quién? Ah, sí. Holly. Es muy agradable. No consigo imaginarme cómo será dar clases a niños de primaria.

-Estoy seguro de que se lo preguntarás.

-Ya lo he hecho -ya más tranquila, le sonrió.

Algo en aquel tono levemente sarcástico suyo la impulsaba a relajarse y disfrutar-. Vamos, Alexi. Puede que tengamos profesiones muy diferentes, pero los dos necesitamos tener una cierta cantidad de curiosidad por la naturaleza humana. ¿Acaso no estás ahora mismo sentado aquí, preguntándote quién es toda esta gente y qué está haciendo en mi fiesta?

-Más bien me estaba preguntando qué estoy haciendo yo en tu fiesta -agitó su copa de vino antes de tomar un sorbo. Mientras bebía, no dejó de mirarla a los ojos. Pensativo.

A Bess le gustaba eso. Le gustaba mucho la manera que tenía de quedarse sentado tan quieto, emanando energía por todos sus poros, mientras la observaba. Mientras esperaba. Bess estaba dispuesta a admitir que uno de sus mayores defectos consistía en su incapacidad de esperar.

-Eres muy curioso, entonces.

-Algo.

Al cruzar las piernas, la falda de su vestido se deslizó varios centímetros hacia arriba.

-Yo estaría encantada de satisfacer tu curiosidad, a cambio de tu ayuda. ¿Ves ese tipo de allí, ese bombón con la rubia colgada de su bíceps?

-Sí. Yo no lo calificaría de «bombón».

-Es que tú no eres una mujer. Ese es mi detective, Storm Warfield, la oveja negra del escandalosamente millonario clan de los Warfield, el inestable hermano de la sufridora Elana Warfield Stafford Carstairs. Acaba de escapar de una destructiva aventura con la malvada Vicki, que es esa misma rubia que lleva pegada encima. El caso es que ahora Storm está enamorado de la etérea y melodramática Jade, que está, por supuesto, desgarrada entre sus

sentimientos por él y su equívoca lealtad hacia el mezquino y manipulador Brock Carstairs, hermanastro del fiel marido de Elana, el doctor Maxwell Carstairs. Max estuvo casado con la hermana de Jade, Fíame, arrepentida de sus antiguas conspiraciones, que falleció durante un terremoto que asoló el Perú poco después del nacimiento de su hijo... que quizá sea o no sea hijo de su marido. Naturalmente, su cuerpo nunca pudo ser recuperado.

-O he bebido demasiado vino, o me estás mareando tú con estas historias.

Sonriendo, Bess le dio una cariñosa palmadita en el muslo que le disparó la presión sanguínea.

-Realmente no es tan complicado, una vez que conoces a los actores. A ti te quiero para Storm. Alex se volvió para mirar al actor.

-No creo que sea mi tipo.

-Lo que quiero es tu experiencia personal, detective. Necesito una especie de asesor técnico informal. Mi productora estaría encantada de compensarte todo el tiempo empleado... sobre todo teniendo en cuenta que llevamos nueve meses manteniéndonos en el número uno del índice de audiencia -de repente la llamó alguien, e hizo un rápido saludo con la mano-. Parece que esto está empezando a descargarse de gente. Escucha, ¿puedes esperarme mientras cumplo con mis deberes de anfitriona?

Y se marchó antes de que él pudiera responder algo. Segundos después, Alex hizo a un lado los restos de su postre y se levantó. Si iba a tener que quedarse en la fiesta, mejor sería que disfrutara un poco.

Mientras se dedicaba a atender a sus invitados, Bess no le quitaba el ojo de encima. Advirtió que estaba más relajado, dispuesto a divertirse. No le sorprendía que supiera flirtear bien, ni que varias mujeres de la sala demostraran interés por él. Ni siquiera Lori parecía escapar a su encanto.

-Así que ese es el que te detuvo, ¿no? -le preguntó Lori, llevándose una aceituna en la boca.

-¿A ti qué te parece?

-Que sí. Que está riquísimo. Bess se echó a reír.

-Supongo que te referirás al hombre, y no a la calidad del bufet.

-No lo dudes. Y lo mejor de todo es que no es un actor.

-¿Todavía dolida? -murmuró Bess.

Lori se encogió de hombros, pero desvió la mirada hacia Steven Marshall, el actor que interpretaba el papel de Brock Carstairs.

-Intento no pensar en él. Ninguna mujer mínimamente inteligente se pasaría la vida compitiendo con el ego de un actor por conseguir un poco de su atención. O de su tiempo.

-La inteligencia no tiene nada que ver con eso.

Lori sufría, más de lo que estaba dispuesta a admitir, al ver las molestias que parecía tomarse Steven por ignorarla.

-Ha hablado la reina de las relaciones estropeadas.

-Yo no las estropeo. Las disfruto.

-No tengo más remedio que recordarte que dos antiguos prometidos tuyos se encuentran en esta sala.

-Es una fiesta muy grande. Además, yo nunca estuve comprometida con Lawrence.

-Te regaló un anillo con un diamante del tamaño de una montaña.

-Solamente como una muestra de su aprecio -replicó alegremente Bess-. Yo nunca acepté casarme con él. Y en cuanto a Charlie... -saludó de lejos a Charles Stutman, un famoso dramaturgo-... solo estuvimos comprometidos durante unos meses. Ambos convinimos en que Gabrielle era perfecta para él, y nos separamos como buenos amigos.

-Hasta que te conocí, nunca antes había visto a una mujer hacer de dama de honor en la boda de su antiguo novio... -admitió Lori-. No sé cómo lo haces. No te angustias con los hombres, y ellos nunca te echan la culpa cuando los dejas...

-Porque termino con ellos sin perder las amistades -Bess sonrió. Y, por un fugaz instante, una expresión de nostalgia se dibujó en aquella sonrisa.

-¿Vas a hacerte amiga de ese poli?

Una vez más Bess se sorprendió a sí misma buscando a Alex con la mirada, entre los invitados. Y lo encontró bailando lento, y muy arrimado, con una morena espectacular.

-Me serviría de ayuda que se interesara por mí. Creo que me va a costar bastante.

-Jamás te he visto fracasar. Tengo que irme. Te veré el lunes.

-De acuerdo -Bess fue lo suficientemente astuta como para mirar a Steven mientras se marchaba Lori. Y lo suficientemente perspicaz como para interpretar bien la expresión de dolor que vio en sus ojos, mientras la seguía con la mirada hasta el ascensor.

Pensó, suspirando, que la gente era demasiado dura consigo misma. El amor, estaba segura de ello, era un proceso doloroso y complicando...siempre y cuando se deseara que lo fuera. Y ella lo sabía bien, reflexionó mientras tomaba otro sorbo de vino. Durante años había transitado por el camino del amor sin experimentar dolor alguno.

Al apartar su copa a un lado, sorprendió a Alex mirándola. Un rápido y sorprendente temblor asaltó su corazón. Pero desapareció tan pronto como alguien la sacó a bailar.

-¿Sueles organizar con mucha frecuencia este tipo de *cosas?* -le preguntó Alex a Bess cuando aceptó su oferta de tomar una última taza de *cappuccino* en su ahora vacío y horriblemente desordenado apartamento.

Oh, solo cuando estoy de humor para ello -el desastre posterior a la fiesta no le importaba. Más pronto o más tarde, lo arreglaría todo con la ayuda del equipo de limpieza que había contratado. Además, le gustaba aquello: el desorden, los restos de comida, el vino derramado, los diferentes aromas que aún persistían... Era como la fehaciente prueba de que tanto ella como muchos otros se habían divertido.

-¿Quieres unos espaguetis fríos?

-No.

-Yo sí –se acercó al bufet-. Antes no tuve oportunidad de comer mucho... solo lo que pude robarles a los platos de los demás -volvió para sentarse en el gran sofá redondo-. Dime, ¿qué te parece Bonnie?

-¿Quién?

-Bonnie. La morena con la que estuviste bailando. La misma que te metió una tarjeta con su número de teléfono en el bolsillo.

Recordando, Alex se tocó el bolsillo de la cazadora.

-Ah, sí Bonnie. Es muy bonita.

-Mmmm... Sí que lo es -Bess siguió comiendo más pasta y apoyó los pies sobre una mesita baja-. Por cierto, gracias por haberte quedado.

-Dispongo de tiempo para ello.

-De todas formas, te lo agradezco. ¿Sabes? -entró directamente en materia-. Jade tiene una personalidad dividida por culpa de un trauma de infancia, del que no voy a decirte nada.

-Menos mal.

-No seas sarcástico: millones de telespectadores pagarían por enterarse de eso. Bueno, el caso es que el *alter ego* de Jade, Josie, es la prostituta de la historia. O más bien lo será, una vez que empecemos a rodar esta nueva fase del guión. Storm está loco por Jade. Esto es difícil para él, ya que tiene un carácter muy apasionado, y ella se encuentra en un momento muy difícil, muy debilitada...

-Por culpa de Brock.

-Exacto. Storm está locamente enamorado y se siente terriblemente frustrado, y para colmo tiene un caso complicado que resolver. El Maníaco de Millbrook.

-El... -Alex cerró los ojos-. Oh, Dios.

-Hey, la prensa le pone ese tipo de etiquetas a los psicóticos todos los días. El Maníaco va por ahí estrangulando a mujeres con un pañuelo de seda rosa. Eso es muy simbólico, pero tampoco voy a explicarte eso ahora...

-No puedes imaginarte lo agradecido que te estoy.

Bess le ofreció un poco de pasta. Alex aceptó y siguió escuchándola.

-Verás. En este momento la prensa empieza a acosar a Storm. Y los mandamases de la policía también se han metido en el caso. Su vida emocional es un puro desastre. ¿Cómo podrá dejarla de lado? ¿Y cómo hará para establecer una conexión entre las tres víctimas, todas ellas tan diferentes? Y cuando tome conciencia de que Jade puede encontrarse en peligro, ¿cómo podrá impedir que sus sentimientos personales enturbien su buen juicio profesional?

-¿Eso es lo que quieres saber?

-Para empezar, sí.

-De acuerdo -Alex apoyó los pies en la mesa, al lado de los de Bess-. En primer lugar: desde el momento en que tienes que pensar como un poli, eso es lo que eres y es así como piensas. Y no vuelves a tener vida personal hasta que, otra vez, dejas de pensar como un poli.

-Espera -dejando su plato de espagueti en el regazo de Alex, buscó en un cajón hasta que encontró un bloc de notas. Luego volvió a sentarse en el sofá, encogiendo las piernas, con una rodilla en contacto con su muslo-. De acuerdo -dijo, garabateando unas notas-. Me estabas diciendo que cuando empiezas un caso, todo lo demás se esfuma.

-Es mejor qué se esfume.

-¿Cómo?

-No hay un cómo. Es así y ya está. Mira, el trabajo de un poli es, generalmente, monótono. Es rutina, pero del tipo de rutina en la que tienes que concentrarte.

-¿Y patrullar por las calles?

-Eso también es rutina, y es mejor que tengas la cabeza puesta en ella, si quieres regresar a casa entero. No puedes ponerte a pensar en la discusión que has tenido con tu mujer, o en las facturas que tienes que pagar, o en la enfermedad de tu madre. Tienes que pensar en el ahora, en el ahora mismo; de lo contrario, no serás capaz de resolver todas esas cosas más tarde. Porque estarás muerto.

Bess lo miró con los ojos brillantes: había hecho aquella afirmación con tanta sencillez, con tanta rotundidad...

-¿Y el miedo?

-Generalmente solo dispones de diez segundos para tener miedo. Así que los aprovechas.

-¿Pero y si ese miedo es por otra persona? ¿Por alguien a quien amas?

-Entonces lo mejor es que lo hagas a un lado y te dediques a hacer aquello para lo que has sido entrenado. Si no lo haces, no le harás ningún bien ni a ti mismo ni a tu amiga, y tienes una responsabilidad.

-¿Así de sencillo?

-No es nada sencillo, excepto en la televisión. Me estás preguntando por algo tan intangible, McNee, como los sentimientos.

-Los sentimientos de un poli. Vaya, yo habría pensado que serían muy tangibles. Quizá a un policía no se le permita expresar sus sentimientos en el trabajo. Un estallido ocasional, quizá, pero supongo que luego tendrás que volver a zambullirte en la rutina. Y, por muy bueno que seas, una detención siempre es algo complicado e imprevisible. El delincuente a veces se sale con la suya, y eso tiene que causar una inmensa frustración. Y reprimir esa frustración... -

reflexionando, se puso a tamborilear con el lápiz en el bloc-. Mira, yo creo que las personas son como ollas a presión.

-No me extraña.

-No, de verdad -sonrió, y por un instante apareció aquel hoyuelo que tenía en una mejilla-. Lo que llevamos dentro, sea bueno o malo, tiene que tener algún medio de escape, o la tapa revienta.

Se removió en su asiento, moviendo expresivamente las manos. Casi le rozó el cuello. Alex advirtió que hablaba con ellas. Con las manos, con los ojos, con todo su cuerpo. Aquella mujer sencillamente no sabía quedarse quieta.

-¿Qué usas tú para que no se te reviente la tapa de la olla, Alexi?

-Me aseguro de patear un par de perrillos, de esos falderos, todas las mañanas. Bess sonrió, perspicaz.

-Es una pregunta demasiado personal, ¿verdad? De acuerdo, ya volveremos sobre eso después.

-No es demasiado personal -Alex maldijo para sus adentros. Bess le hacía sentirse incómodo. Como si tuviera un picor en algún lugar de la espalda que no se pudiera rascar-. Utilizo el gimnasio. Le pego al saco de arena varios días por semana. Levanto pesas. Sudo.

-Estupendo. Perfecto -sonriente, le palpó el bíceps del brazo derecho-. No está mal. Supongo que eso funciona. Mira -flexionó el brazo, invitándolo a tocar el músculo-. Yo también hago ejercicio. Soy adicta.

Alex la miró a los ojos mientras palpaba su duro y pequeño bíceps.

-Estás muy bien.

-Gracias -sorprendida del nudo de emoción que había experimentado ante aquel leve contacto, se dispuso a apartar el brazo. Pero él se lo retuvo. La sonrisa le tembló en los labios-. ¿Qué pasa? ¿Quieres desafiarme a un pulso, detective?

Su piel era suave y fragante como los pétalos de una rosa. En un impulso, deslizó la mano todo a lo largo de su brazo hasta llegar al codo. Bess seguía sonriendo, advirtió, incluso con un brillo de humor en los ojos, pero el pulso se le había acelerado.

-Hace unos años le eché un pulso a mi hermano por su mujer. Perdí.

La idea le resultó a Bess lo suficientemente absurda como para excitar su imaginación.

-¿De veras? ¿Es así como los Stanislaski se ganan a sus mujeres?

-Hacemos lo que podemos -como se sentía tentado a seguir explorando aquella tersa y deliciosa piel, se levantó. Tuvo que recordarse que la nada complicada Bonnie era más de su estilo que la inquisitiva y enigmática Bess McNee-. Tengo que irme.

La chispa que hacía unos segundos había surgido entre ellos estaba desapareciendo. Mientras lo acompañaba hasta la puerta, Bess se preguntó si debía dejar que aquel eco se desvaneciera... o más bien aumentarle el volumen hasta que pudiera reconocer su tono.

-Stanislaski... ¿de dónde es ese apellido? ¿Polaco, ruso?

-Ucraniano.

-¿Ucraniano? -lo miró intrigada, mientras se ponía la cazadora-. Ucrania, del sudoeste de la antigua Unión Soviética. Limitada al oeste por los montes Cárpatos.

-Exacto -por aquellas montañas había escapado su familia cuando él todavía era un bebé. Sintió como una especie de tirón interior, muy pequeño, como siempre que pensaba en su país natal-. ¿Has estado allí?

-Solo con el pensamiento -sonriendo, le alisó una arruga imaginaria de la cazadora-. Cuando era estudiante, me gustaba mucho la geografía. Me encantaba leer sobre lugares exóticos.

No retiró las manos, disfrutando de la sensación y del olor del cuero de la cazadora... y de él. Sus cuerpos estaban muy cerca. Era un contacto más casual que íntimo, pero estaban muy

cerca. Mirándolo a los ojos, aquellos ojos oscuros de expresión concentrada e intensa, estaba descubriendo que quería escuchar aquel tono, después de todo...

-¿Querrás seguir hablando conmigo? -le preguntó.

A Alex le quemaban las yemas de los dedos del impulso de acariciar aquella maravillosa espalda desnuda. Por motivos que él mismo desconocía, mantuvo las manos pegadas a los costados.

-Ya sabes dónde encontrarme. Si dispongo de tiempo y de respuestas a tus preguntas, hablaremos.

-Gracias -sonrió mientras se ponía de puntillas para que sus ojos y sus bocas quedaran al mismo nivel. Luego se acercó lentamente hacia él, dos, cuatro centímetros, hasta que le acarició los labios con los suyos.

Fue un beso leve, apenas la caricia de una pluma. Alex pensó que cualquiera de sus hermanas habría podido darle un beso de despedida de aquella misma forma. Y, sin embargo, aquel no tenía nada de fraternal.

Bess podía escuchar el zumbido que reverberaba en su cerebro. Un cálido y agradable zumbido de placer. Alex le había sabido a vino y especias, y sus firmes labios parecían haber aceptado el gesto con todo su significado... como un gesto de cariño y a la vez de curiosidad. Seguía sonriendo cuando se apartó.

-Buenas noches, Alexi.

Alex asintió con la cabeza. Estaba completamente seguro de que aún podía hablar, pero no quería arriesgarse. Dando media vuelta, se dirigió al vestíbulo y pulsó el botón del ascensor. Cuando volvió la mirada, ella todavía seguía en el umbral. Sonriendo, le dijo adiós con la mano y se dispuso a cerrar la puerta.

Ambos se sorprendieron cuando Alex, como un rayo, giró sobre sus talones y extendió una mano para impedir que la cerrara. Ella misma se sorprendió de la rapidez con que retrocedió un paso, asustada. Pero fue la expresión que vio en sus ojos, reflexionó, lo que la hizo sentirse como un pobre conejo a punto de ser cazado.

-¿Te has olvidado algo?

-Sí -muy lentamente, de manera deliberada, deslizó los brazos por su cintura y le acarició la espalda; Bess lo miraba con los ojos muy abiertos, estremecida-. Me había olvidado de lo mucho que me gusta llevar la iniciativa.

Bess se preparó para el tipo de salvaje y apasionado asalto que veía dibujarse en sus ojos, y se llevó una nueva sorpresa. Alex no la forzó, ni la estrechó contra su pecho, sino que la fue acercando hacia sí con exquisita lentitud. Mientras tanto, con una mano seguía acariciándole sensualmente la espalda hasta llegar a la nuca, donde se detuvo.

-Ponte de puntillas -murmuró.

-Ponte de puntillas -en esa ocasión, fue él quien sonrió.

Obedeció, y se quedó sin aliento cuando Alex incrementó la presión de su otra mano en la espalda, acercándola todavía más hacia sí. Sin cerrar los ojos empezó a acariciarle los labios con los suyos, rozándolos apenas, tentándolos, mordisqueándolos, y por último apoderándose de ellos con un ansia de posesión que la dejó aturdida y mareada de placer.

El zumbido que antes había oído Bess en su cerebro se incrementó hasta convertirse en un sonido estridente, irreconocible. Se había quedado sorda a todo lo demás, incluso a sus propios gemidos. Podía sentir las llamaradas de deseo que poco a poco iban incendiando su cuerpo ante aquel contacto tan íntimo. En ningún momento Alex la apresuraba o presionaba; simplemente la saboreaba como alguien que, tras haberse quedado satisfecho con una buena comida, se regodeara con un sabroso postre. Y Bess, pese a saber que estaba siendo probada, saboreada, sensualmente consumida, no podía protestar. Por primera vez en su vida, estaba comprendiendo lo que significaba ser víctima y cómplice inevitable de una seducción.

Alex no había tenido intención de hacer eso, aunque había estado pensando en ello durante horas. Por mucho placer que le proporcionara sentir cómo se derretía su cuerpo contra el suyo, o escuchar aquellos débiles y excitantes gemidos de deseo, o saborear aquella vertiginosa pasión en sus labios, sabía que había cometido un error. Ella no era su tipo. Y él querría más. Mucho más.

El instinto y la experiencia lo ayudaron a refrenar y contener aquella parte de sí mismo que, si la dejaba suelta, podía acabar convirtiendo aquello en un desastre para ambos. Aun así se demoró un instante más, al borde del abismo. Cuando todo su cuerpo parecía reclamarla con una sola voz, y su mente estaba obnubilada por imágenes de Bess desnuda, se retiró. Tuvo que sostenerla por los codos hasta que volvió a abrir los ojos.

Unos ojos enormes, de mirada aturdida. Alex apretó los dientes para dominar el impulso de atraerla nuevamente hacia sí y terminar lo que había empezado. Pero, por muy afectada y frágil que pareciera en aquel instante, sabía que era una mujer peligrosa.

-Tú, ah... -por un instante, Bess llegó a pensar que se había olvidado de hablar-. Bien...

-Bien -Alex la soltó, sonriendo, antes de volver al vestíbulo. Aunque parecía perfectamente relajado, rezó para que el ascensor no tardara en llegar... antes, por lo menos, de que perdiera el control y corriera a reunirse con ella.

Bess seguía allí cuando se abrieron las puertas del ascensor. Alex soltó un discreto suspiro de alivio mientras entraba y se apoyaba en la pared del fondo.

-Ya nos veremos, McNee -le dijo en el momento en que se cerraron las puertas.

-Holly no hace otra cosa más que hablar de esa fiesta -le comentaba Judd a Alex mientras atravesaban Broadway en coche-. Eso la ha convertido en la reina de los profesores de su colegio.

-No me extraña -Alex no quería volver a pensar en la fiesta de Bess. Sobre todo no quería pensar en lo que había pasado después de la fiesta. Ahora necesitaba concentrarse en el trabajo, y el trabajo significaba seguir las pocas pistas que les había proporcionado Domingo.

-Si Domingo no miente, Angie Horowitz estaba muy entusiasmada con un nuevo cliente -pronunció Alex, tamborileando con los dedos en el volante-. Ese tipo la veía los miércoles, pagaba bien, la vestía bien...

-Mañana es miércoles -dijo Judd, deprimido por la perspectiva.

-Ya lo sé, maldita sea -vio que seguía comiendo los pastelillos de arándano a los que era tan aficionado-. *¡Es* que no puedes dejar de comer?

-Tengo falta de azúcar en la sangre. Y si vamos a tener que volver otra vez al escenario del crimen, necesitaré energía.

-Lo que tú necesitas es... -Alex se interrumpió al reconocer a alguien detrás del perfil de Judd, iluminado por las luces de una cafetería. Sí, solo conocía a una persona con un cabello como aquel, con ese particular tono cobrizo. Empezó a jurar lentamente, entre dientes, mientras buscaba un lugar donde aparcar.

-¿De verdad que escribes para la tele? -inquirió Rosalie.

-Pues sí -respondió Bess mientras se echaba azúcar en el café.

Tan interesada por la propia Bess como por los cincuenta dólares-que acababa de recibir de ella, Rosalie se puso a hacer anillos de humo.

-Y quieres saber algunos trucos del oficio.

-Quiero saber todo aquello que tú quieras contarme -Bess apartó su café, que no había tocado, y se inclinó hacia delante-. No pretendo juzgar a nadie ni pedirte que me hagas confidencias, Rosalie. Me gustaría conocer tu historia, si tú quieres contármela.

-¿Crees que puedes aprender lo que es la vida en las calles paseándote con esa peluca y ese traje rojo, como hiciste la otra noche?

-Pues aprendí muchas cosas -repuso Bess con una sonrisa-. Aprendí que es muy duro andar con esos tacones tan altos durante horas. Que una mujer tiene que olvidarse de sí misma para hacer su trabajo. Que no miráis las caras de la gente. Las caras no importan... lo que importa es el dinero. Y que lo que haces no es un problema de intimidad, ni siquiera de sexo, al menos para ti... sino un problema de control -tomó un sorbo de café-. ¿Ando muy descaminada?

Por un instante, Rosalie no dijo nada.

-¿Sabes que no eres tan tonta como pareces?

-Gracias. Siempre sorprendo así a la gente. Sobre todo a los hombres.

-Ya -por vez primera, Rosalie sonrió. Por debajo de aquel maquillaje barato y de las huellas que la vida había dejado en su rostro, se ocultaba una mujer impresionantemente bella, que ni siquiera llegaba a la treintena-. Te diré una cosa, niña: los hombres con los que me voy ven solo un cuerpo. No ven a una persona. Pero yo soy una persona, y tengo mis proyectos. Llevo cinco años en las calles. Y no quiero pasar aquí otros cinco más.

-¿Qué vas a hacer? ¿Qué es lo que quieres hacer?

-Cuando haya ahorrado lo suficiente me iré al sur. A conseguirme un trabajo decente en Florida. Quizá me dedique a vender ropa -apagó un cigarrillo y encendió otro-. La mayoría de nosotras tienen planes, pero no los hacen realidad. Yo sí. Un año más, y ya no estaré aquí. Incluso antes, si logro enganchar a algún cliente con dinero. Angie lo hizo.

-¿Angie? -Bess repasó rápidamente su archivo mental-. ¿Angie Horowitz? ¿No es esa la mujer a la que asesinaron?

-Sí -Rosalie se humedeció los labios antes de dar una chupada a su cigarrillo-. Ella no tuvo cuidado. Yo siempre lo tengo.

-¿Cómo se puede tener cuidado?

-Estando siempre preparada -le explicó Rosalie-. A Angie le gustaba beber. Convenció a un cliente de que le comprara una botella. Eso es no tener cuidado. Y ese tipo, ese que estaba forrado, él...

-¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Tanto Rosalie como Bess alzaron la mirada. Frente a ellas había aparecido un hombre alto, de hombros estrechos, con un puro entre los dientes y un grueso diamante brillando en un dedo. Estaba muy pálido, y sus ojos azules brillaban de furia. Tenía el pelo casi blanco, peinado hacia atrás y recogido en una pequeña coleta.

-Tomándome un café y echándome un cigarrillo, Bobby -respondió Rosalie.

Pero, por debajo de aquel tono desafiante, Bess reconoció un fondo de miedo.

-Vuelve a la calle ahora mismo.

-Discúlpeme, pero... -se dispuso a intervenir Bess.

-¿Estás buscando trabajo, corazón? -Bobby clavó sus glaciales ojos azules en ella-. Te lo diré desde el principio: no soporto a las holgazanas.

-Gracias, pero no, no estoy buscando trabajo. Rosalie solo me estaba ayudando con un pequeño problema.

-Ella no tiene que resolver más problemas que los míos -señaló la calle con un movimiento de cabeza-. Fuera.

Bess se bajó de la banqueta, pero no se movió de la barra.

-Este es un lugar público, y estamos hablando.

-No hables con nadie con quien yo no te diga que lo hagas, ¿entendido? -Bobby le dio a Rosalie un violento empujón, en dirección a la puerta.

Bess no se lo pensó; simplemente reaccionó. Un matón como aquel era lo que más detestaba en el mundo.

-Hey, espera un maldito momento...

Lo agarró de una manga. Bobby se volvió, furioso, y los demás clientes del bar se hicieron los desentendidos cuando la empujó contra una mesa. Bess se incorporó, con los puños cerrados, en el preciso instante en que Alex entró en el local.

-Un solo movimiento, Bobby -pronunció, tenso-. Haz un solo movimiento y verás.

Bobby fingió sacudirse el polvo de la manga, y se encogió de hombros.

-Yo solo quería una taza de café, ¿verdad, Rosalie?

-Sí -Rosalie cerró discretamente la mano sobre la tarjeta de crédito que Bess le había dado-. Solo estábamos tomando un café.

Pero Alex no miraba más que a Bess. No se había puesto pálida, ni se había asustado. Más bien echaba chispas por los ojos, roja de furia.

-¿Quieres presentar una denuncia?

-No. Lo siento -con un esfuerzo, Bess relajó las manos-. Estábamos hablando. Me alegro de haber charlado contigo, Rosalie.

-Yo también -y se marchó contoneándose, echándole el humo en la cara a Alex.

-Desaparece -le ordenó Alex a Bobby.

-Iba a hacerlo. Hay demasiada gente en este local -el matón desvió la mirada hacia Bess-. Hasta la próxima, encanto.

Alex esperó todavía unos diez segundos después de que se hubieran marchado. Luego, sin pronunciar una palabra, agarró del brazo a Bess y se dirigió con ella hacia la puerta.

-Oye, si esto es una rutina de caballero andante al rescate de damiselas en apuros, te lo agradezco, pero yo no necesito que me rescate nadie.

-Lo que necesitas es una camisa de fuerza -la sacó a la calle y abrió la puerta trasera del coche patrulla-. Sube.

-Prefiero un taxi...

Maldiciendo entre dientes, le puso una mano en la cabeza y la metió en el vehículo. Resignada, Bess se instaló cómodamente en el asiento.

-Hola, Judd. ¿Qué tal está Holly?

-Estupenda, gracias -miró de reojo a su compañero-. Se lo pasó maravillosamente bien en tu fiesta.

-Me alegro. Tendremos que repetirla alguna vez.

Alex, aceleró con. tanta brusquedad, que Bess se vio impulsada violentamente hacia atrás. Sin perder la calma, cruzó las piernas.

-¿Me está permitido preguntar a dónde vamos, o se trata de una nueva detención?

-Debería llevarte al manicomio de Bellevue -respondió Alex-. Pero te llevo a casa.

-Vaya, gracias por el viaje.

La miró furioso por el espejo retrovisor. Seguía ruborizada, pero parecía más incomodada que enfadada. «Incomodada», se repitió, irritado. Qué palabra tan estúpida. Le sentaba perfectamente.

-Eres una idiota, McNee. Y, como la mayoría de los idiotas, eres peligrosa.

-¿Ah, sí? -se incorporó, sacando la cabeza entre él y Judd-. ¿Se puede saber por qué?

-No solo vuelves a una zona que no conoces ni controlas en absoluto...

-Hey, espera un momento...

-... Sino que te sientas a tomar café con una prostituta y te buscas una pelea con su chulo. La clase de canalla que le pone un ojo morado a una mujer después de darle los buenos días.

Bess le clavó un dedo en el hombro.

-Yo no me busco peleas con nadie. Y si lo hiciera, sería asunto mío.

-Por eso eres una idiota.

-Hey, Alex, déjalo ya... -intervino Judd.

-Tú no te metas en esto -le ordenaron Alex y Bess al unísono.

-Bueno, bueno. Yo, como si no estuviera aquí -se encogió en su asiento.

-Resulta que estaba manteniendo una entrevista

-Bess cruzó los brazos y los apoyó sobre el respaldo del asiento de Alex, conteniéndose para no darle un buen tirón de orejas-. En un lugar público -añadió-. Y tú no tenías derecho alguno a irrumpir allí y estropearlo todo.

-Si no hubiera irrumpido, como tú dices, cariño, ahora mismo tendrías la nariz rota.

-Puedo defenderme perfectamente. Y conservar intacta mi nariz.

-Ya, claro. ¡Ay! -le dio una manotazo cuando Bess cedió finalmente a sus impulsos y le retorció la oreja-. Tan pronto como salga de este coche, te voy a...

-Oye, Alex -inquirió Judd.

-Te dije que no te metieras en esto.

-Y no me estoy metiendo -le aseguró su compañero-. Pero puede que quieras echar un vistazo a lo que está pasando en esa tienda de licores.

Todavía hirviendo de ira, Alex lo hizo, y soltó un profundo suspiro.

-Estupendo. Lo que faltaba. Da el aviso.

Bess observó, con los ojos muy abiertos, cómo Judd transmitía por radio la localización del robo que se estaba produciendo en aquellos momentos, y pedía refuerzos. Y antes de que pudiera cerrar la boca que había abierto de asombro, Alex frenó bruscamente.

-Tú -le dijo, agitando un dedo delante de su rostro-, quédate en el coche, o te juro que no respondo de mí.

-No pensaba irme a ninguna parte -le aseguró Bess una vez que consiguió tragarse el nudo de miedo que tenía en la garganta. Pero casi antes de que llegara a pronunciar las palabras, Judd y él ya habían salido del coche con la pistola en la mano.

Contemplando el perfil de Alex mientras cruzaba la calle, Bess se dio cuenta de que ya se había olvidado de ella. Ya se había puesto el cerebro de policía y la cara de policía. Había visto a cientos de actores imitar aquella expresión tan particular, pero esa que estaba viendo en aquellos instantes era de verdad. No era una expresión sombría, ni fiera, sino plana, casi indiferente.

A excepción de los ojos, pensó estremecida. Solo había distinguido un brillo en sus ojos, como un fogonazo, pero había sido suficiente. La vida y la muerte habían batallado por un momento en ellos, y una carga potencial de violencia que jamás habría imaginado en Alex. En el coche, a oscuras, retorciéndose las manos, rezó.

Alex no se había olvidado de ella. Le disgustaba terriblemente que tuviera que esforzarse tanto por desterrarla a algún oscuro rincón de su cerebro. Había gente inocente en aquella tienda. Un hombre y una mujer. Pero rompió su capacidad de concentración el tiempo suficiente como para volver la mirada y asegurarse de que estaba a salvo dentro del coche.

Le indicó a Judd que se colocara a un lado de la puerta mientras él se apostaba en el otro. No tenía tiempo para preocuparse por el estado de nervios del novato. Ahora mismo solo eran dos policías, y por fuerza tenía que confiar en que Judd le seguiría cuando entrara por aquella puerta.

Sentía el calor de la nueve milímetros en la mano. Ya había identificado las armas que portaban los dos asaltantes. Uno llevaba una escopeta recortada, el otro un cuarenta y cinco. Podía oír el llanto de la mujer, suplicando que no le hicieran daño. Se movió solamente unos centímetros, apenas lo suficiente para echar un rápido vistazo dentro.

Detrás del mostrador, una mujer de unos sesenta años estaba sollozando, mientras un hombre de la misma edad vaciaba la caja registradora tan rápidamente como se lo permitían sus temblorosas manos. Uno de los asaltantes agarró una botella del estantería, la rompió y

amenazó al viejo con el cuello roto. Alex ya había visto aquello, y sabía que no se conformarían con llevarse el dinero.

-Vamos a entrar -le susurró a Judd-. Encárgate tú del de la derecha. Pálido, Judd asintió.

-Cuando quieras.

-No dispares a no ser que te veas obligado a hacerlo -Alex contuvo el aliento e irrumpió en la tienda-. ¡Policía!

En un rincón de su cerebro escuchó las sirenas de los coches de refuerzo mientras el primer asaltante le apuntaba con su arma.

-¡Tírala! -le ordenó, sabiendo que era inútil. La mujer ya estaba chillando antes de que se oyeran los primeros tiros.

El tipo disparó la escopeta en el mismo instante en que caía hacia atrás, alcanzado por Alex. Y justo cuando Alex se volvía hacia el otro, una bala de calibre cuarenta y cinco hizo añicos una botella a escasos centímetros por arriba de su cabeza. Judd hizo fuego entonces. Y dejó de ser un novato.

Lentamente, con la misma fría y plana expresión de antes, Alex se incorporó y miró a su compañero. Judd ya no estaba pálido.

- ¿Estás bien?

-Sí -Judd sentía un nudo en el estómago que amenazaba con subirle a la garganta-. Este ha sido el primero.

-Lo sé. Vamos fuera.

-Estoy bien.

Alex le dio una cariñosa palmada en el hombro.

Y dejó allí la mano por unos segundos, con un gesto sorprendentemente tierno.

-De todas formas tenemos que salir. Dile al refuerzo que llamen a una ambulancia.

Bess estaba esperando al lado del coche cuando Alex salió de la tienda, veinte minutos después. Pensó que parecía el mismo de antes. Tenía la misma expresión que cuando entró. Hasta que levantó la cabeza y la miró. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba equivocada.

Aquel cansancio, aquel terrible cansancio no lo había visto antes en sus ojos.

-Te dije que te quedaras en el coche.

-Lo hice.

-Entonces vuelve a subir. Bess le puso cariñosamente una mano en el brazo.

-Alexi, no te preocupes. Tomaré un taxi. Tú tienes cosas que hacer.

-Ya las he hecho -rodeó el coche y le abrió la puerta-. Sube al maldito coche, Bess -le ordenó con tono firme, duro.

No tenía corazón para discutir, así que obedeció.

-¿Y Judd?

-Tiene que ir a comisaría a hacer el informe.

-Oh.

Durante varios minutos, Alex condujo en silencio. No era su primera víctima, pero lo que no le había dicho a Judd era que la náusea que él también estaba sintiendo en aquellos momentos nunca desaparecía. Siempre volvía. Con el tiempo se convertía en furia, en disgusto, en frustración. Y nunca dejaba uno de preguntarse por qué.

-¿No vas a preguntarme cómo me siento? ¿Lo que se me pasó por la cabeza? ¿Lo que sucede después?

-No -respondió con tono suave-. No tengo que preguntar por lo que puedo ver. Y puedo adivinar muy bien lo que sucederá después.

No era eso lo que Alex quería. No quería que ella se mostrara tan comprensiva, o tan discretamente asertiva, o que lo mirara con aquellos ojos...

-¿Cómo puedes desperdiciar semejante oportunidad? McNee, me sorprendes. ¿Qué pasa con tu policía de la tele?

Bess sabía que estaba intentando herirla. Lo entendía. Cuando se sufría, a menudo servía de alivio infligir dolor a otros.

-Dudo que pueda meter esto en alguna de nuestras líneas arguméntales, pero... ¿quién sabe?

-McNee, no quiero que vuelvas a aparecer por allí, ¿entendido? -cerró con fuerza los dedos sobre el volante-. Si lo haces, te juro que encontraré una manera de tenerte encerrada por una temporada.

-No me amenaces, detective. Has tenido una dura noche, y yo estoy dispuesta a hacer concesiones, pero no me amenaces -recostándose en el asiento, cerró los ojos-. De hecho, haznos un favor a los dos y no vuelvas a hablarme.

No lo hizo, pero cuando aparcó frente al edificio donde vivía Bess, su furia todavía podía respirarse en el aire. En silencio, muy digna, salió del coche. No había dado dos pasos hacia la puerta cuando él la alcanzó.

-Ven aquí -le pidió, y la atrajo hacia sí. Volvió a saborear sus labios, como ya lo había hecho antes, pero con toda la furia, la violencia y el dolor de lo que había sucedido aquella noche. De lo que había tenido que hacer. No había forma de que ella lo consolara; tampoco se habría atrevido a intentarlo. Ni de que protestara; no habría podido hacerlo. En lugar de ello, dejó que la barriera la abrumadora pasión de aquel beso.

Con la misma brusquedad, la soltó. Si hubiera esperado un poco más, habría acabado temblando, o llorando. Dios, necesitaba... algo de ella. Lo necesitaba, pero no lo quería.

-Mantente fuera de mi territorio, McNee -giró sobre sus talones y se marchó.

-Cuando se trata de asesinar a alguien -reflexionó Bess en voz alta- yo prefiero un veneno de efecto rápido. Algo exótico, quizá.

Lori frunció los labios.

-Si vamos a hacerlo de verdad, yo creo que debería morir de un tiro. En el corazón.

Sentada ante la mesa cubierta de papeles, Bess tomó un puñado de almendras.

-Demasiado convencional. Reed es una canalla sofisticado, elegante -masticó durante unos segundos, pensativa-. Insisto en lo del veneno, pero aplicado en dosis pequeñas. Prolongando la agonía durante varias semanas.

-Sí, con dolores de cabeza, mareos, pérdida de apetito... -señaló Lori.

-Y escalofríos. Tiene que tener escalofríos -Bess dio una palmada de alegría, imaginándoselo todo perfectamente-. Organiza una gran fiesta en su casa. Ya sabes lo mucho que le gusta hacer ostentación del mucho poder y dinero que ha acumulado durante todos estos años... Lori suspiró.

-Por eso lo quiero tanto...

-Y por eso a millones de telespectadores les encantaría asesinarlo. Si vamos a sacarlo de escena, hagámoslo a lo grande. Están todos allí, en la mansión de Reed... Jade, que nunca lo ha perdonado por haber manipulado a su hermana para sus malvados fines. Elana, que teme que Reed pueda sacar a la luz su carpeta secreta, utilizando su información para desacreditar a Max.

-Mmmm -inspirada, Lori levantó su vaso de agua hacia ella-. Brock, furioso porque con una sola llamada telefónica Reed ha podido estropear el jugoso contrato de Tryson, que le ha costado a él mismo una fortuna. Y Miriam, por supuesto.

-Por supuesto. Últimamente no nos habíamos ocupado mucho de ella. La autodestructiva ex esposa de Reed, que lo culpa de todos sus problemas.

-Justificadamente -apuntó Lori.

-Y luego está Vicki, la eterna desdeñada. Y Jeffry, el marido cornudo -sonrió Bess-. Y el resto de sospechosos habituales.

-De acuerdo. ¿Qué tipo de veneno?

-Algo raro, especial -pronunció Bess, abstraída-. Quizá de origen oriental. Trabajaré sobre ello -garabateó una nota en su bloc-. De manera que todos tendrán sus razones para matarlo. Incluso el ama de llaves, porque Reed sedujo a su ingenua e inocente hija para abandonarla después. En algún momento, durante la fiesta, aparece una copa de champán. La habitación está sumida en la penumbra. Una mano surge de la oscuridad para verter unas gotas en la copa...

-Sabremos si es una mano de hombre o de mujer.

-La mano está enguantada -decidió Bess, pero de inmediato se dio cuenta de lo ridículo que era presentarse en una fiesta con guantes-. De acuerdo, de acuerdo. No veremos esa mano en la fiesta. Antes de eso. Está esa caja, ¿recuerdas? Esa caja de madera tallada...

-Y la mano enguantada la abre. La luz de la vela arranca reflejos al frasco de cristal que se oculta en su interior mientras la mano lo saca de su lecho de terciopelo...

-Ahí está. Sacaremos ese corte tres o cuatro veces durante la semana de la fiesta. Dejaremos que la audiencia sepa que alguien lo va a pasar muy mal...

-Mientras tanto, Reed manipulará a todo el mundo como si fueran muñecos. Sacando a todos de quicio hasta que estén a punto de explotar la noche de la fiesta.

-Será estupendo -le aseguró Bess-. A lo largo de la velada, Reed disfrutará reavivando viejos fuegos, hurgando en llagas antiguas. Miriam ha bebido demasiado y se pone sensiblera y gritona. Proporciona así la perfecta distracción para que nuestro asesino vierta una vez más su veneno en la copa de Reed. Como es un veneno lento, los síntomas no se manifiestan de inmediato. Fatiga, mareos, algún dolor pequeño. Quizá un sarpullido en la piel.

-Sí, un buen sarpullido -asintió Lori..

-Para cuando muera, les resultará difícil a los polis identificar el momento y el lugar en que empezó a ser administrado. Podemos hallarnos ante el crimen perfecto.

-No existe el crimen perfecto.

Bess y Lori se volvieron para mirar al recién llegado. Allí estaba Alex, con las manos en los bolsillos. Esbozaba una media sonrisa, indicio de que las había estado escuchando mientras planeaban aquel asesinato.

-Además, si vuestro poli de la tele no lo descubre, decepcionaréis a los telespectadores.

-Lo descubrirá -Bess tomó otra almendra mientras lo observaba, con los pies descalzos y apoyados en otra silla-. Por cierto, ¿alguien ha llamado a la policía? -le preguntó a Lori.

-Yo no -bien consciente de que tres eran una multitud, Lori se levantó-. Bueno, tengo que hacer una llamada, y después había quedado en pasarme un momento por el estudio. Me alegro de haberte visto, detective.

-Lo mismo digo -se apartó lo suficiente como para dejarla pasar, pero no entró. En lugar de ello, miró a su alrededor, algo disgustado consigo mismo por sentirse tan incómodo-. Una oficina muy original -comentó al fin.

Bess sonrió. La habitación apenas era más grande que un armario, y carecía de ventanas. La mesa en la que Lori y Bess trabajaban estaba llena de libros, carpetas y papeles, y dominada por un ordenador todavía encendido. Al lado de la mesa había una silla también llena de cosas, un sofá pequeño y dos televisores.

-Este es nuestro hogar -dijo Bess-. Y bien... ¿cómo es que has bajado a nuestras mazmorras, Alexi?

La descripción no podía ser más acertada. Se encontraban en el sótano del edificio que albergaba los estudios y oficinas de la productora de *Secretos pecados.* A su pregunta, Alex contestó con otra:

-¿Cuánto tiempo lleváis trabajando aquí?

-Después de ganar el último Emmy, nos ofrecieron una oficina en un piso alto, con vistas, pero Lori y yo somos animales de costumbres. Además, ¿quién bajaría aquí a curiosear lo que ella y yo escribimos? -se interrumpió por un instante-. ¿Hoy no trabajas?

-Me he conseguido un par de horas libres.

-Oh -exclamó encantada de verlo así, levemente turbado. Su atractivo parecía incrementarse-. ¿Entonces debería considerar esta visita como personal?

-Sí -entró, y de inmediato se arrepintió de ello. No había suficiente espacio para moverse-. Escucha, solo quería disculparme.

-¿En general o en concreto por algo? -Bess estaba disfrutando verdaderamente con la situación.

-En concreto por algo -sacudió la cabeza mientras tomaba un puñado de almendras-. Después del intento de robo en la tienda, cuando te llevé a casa... te dije un montón de inconveniencias.

-Entiendo -sonrió Bess-. Estamos hablando de tu comportamiento solo durante la última media hora de aquella tarde...

-No me arrepiento de lo que te dije antes de eso -se apresuró a aclarar Alex-. No tenía sentido hacer lo que estabas haciendo. Y sobre todo dónde lo estabas haciendo.

-¿Por qué no retomas el tono de disculpa de antes? Me gustaba más.

-Creo que me desahogué contigo, y lo siento -se sentó en una esquina de la mesa-. Tú no reaccionaste como había esperado.

-¿Y cómo habías esperado que reaccionara?

-Suponía que te sentirías asustada, disgustada, furiosa -se encogió de hombros-. No suelo llevarme a mujeres a ver intentos de robo a mano armada.

Bess se dijo que las cosas se estaban poniendo todavía más interesantes.

-¿A dónde sueles llevártelas?

Alex la miró a los ojos. Sabía que se estaba burlando de él, pero sin ninguna mala intención. Al contrario.

-A cenar, al cine, a bailar. A la cama.

-Bueno, un robo a mano armada probablemente sea más excitante. Al menos más que las dos primeras opciones -se levantó, le puso las manos en los hombros y lo besó ligeramente en los labios-. Nada de sentimientos fuertes -cuando la tomó de las caderas, acercándola hacia sí, Bess arqueó una ceja-. ¿Había algo más?

-He estado pensando en ti.

-Eso podría estar bien.

-Todavía no lo he decidido -repuso Alex-. Quizá podríamos empezar con una cena.

-¿Empezar qué?

-Lo de llevarte a la cama. Allí es donde quiero que estés.

-Oh -exclamó, casi sin aliento. Se sentía algo nerviosa. No la ayudaba la tranquila, divertida y confiada expresión de sus ojos. Se preguntó cómo era posible que los papeles se hubieran invertido tan de repente-. Parece que esto se está convirtiendo en una cacería...

-Tú misma dijiste una vez que la gente de nuestras profesiones es observadora. Lo que he observado en ti, McNee, es que probablemente no te dejarías engañar por frases románticas.

Lentamente, Bess se humedeció los labios con la punta de la lengua.

-Eso depende de quién las pronunciara. La idea no deja de tener su atractivo, Alexi, pero prefiero tomarme ciertos aspectos de la vida... el sexo entre ellos... de la manera más cauta y gradual posible.

-Eso podría estar bien -le sonrió.

Sin poder contenerse, Bess se echó a reír.

-Mientras tanto...

Pero Alex no la dejó terminar:

-Mientras tanto -repitió-. Cena conmigo. Solo cenar.

¿No se había prometido a sí misma que no volvería a enredarse con nadie, ni a enamorarse?, se preguntó Bess. Oh, vaya...

-De acuerdo.

-Mañana. Esta noche tengo que trabajar.

-Mañana estará bien.

La acercó un poco más hacia sí.

-Te estoy poniendo nerviosa.

-No -mintió Bess.

-Estás inquieta -sonrió de nuevo, sorprendido de la satisfacción que le producía verla tan afectada... por él.

-Tengo trabajo, eso es todo.

-Yo también. ¿Te parece bien que pase a buscarte a eso de las siete y media? Mi cuñado tiene un restaurante. Creo que te encantará.

-¿Vestida, de gala o de normal?

-¿Qué llevas ahora?

Bess se miró el suéter y los pantalones que llevaba.

-De normal.

-Pues de normal -se incorporó, y le alzó la barbilla con un dedo-. Tienes una cara extraña -reflexionó en voz alta-. No deberías ser hermosa. Y sin embargo lo eres. Y mucho.

Bess se echó a reír, nada ofendida.

-Lo era. He quemado todas mis fotos de cuando tenía menos de dieciocho años -sonrió-. Imagino que tú siempre has sido igual de guapo.

Alex esbozó una mueca, aunque sabía que aquella frase respondía a la verdad.

-Mis hermanas sí que lo eran. Lo son. El atractivo de mi hermano y el mío reside en nuestras facciones duras.

-Aja, hombres viriles.

-Eso es.

-Y crecisteis rodeados de adoradoras mujeres.

-Empezamos con rebaños y acabamos con hordas.

Un brillo de curiosidad y diversión asomó a los ojos de Bess.

-Eso ha sonado a...

Alex la interrumpió de la manera más razonable. Le gustó sentir aquel fugaz temblor de su cuerpo antes de abrazarla. Y la manera en que su boca se suavizó, aceptándolo. Ya no había fingimientos, pensó mientras se sumergía en aquel beso. Era algo sencillo y fácil, tan básico como respirar.

Si su sistema nervioso amenazaba con sobrecargarse de tensión, Alex sabía cómo dominarse. Quizá prolongó el beso más de lo que había deseado, o lo profundizó con respecto a sus planes originarios. Quizá, solo por un instante, llegó a imaginarse lo que habría sido cerrar la puerta con llave, barrer todos aquellos papeles de la mesa y hacerle el amor allí mismo, ardiente y apasionadamente...

Pero Alex no era ningún maníaco. Tuvo que recordarse eso cuando la sangre le empezó a arder en las venas.

-Peligrosa -murmuró en ucraniano mientras se apartaba-. Una mujer muy peligrosa.

-¿Qué? -lo miró parpadeando, entre excitada y aturdida-. ¿Qué quiere decir eso?

Alex tuvo que hacer un esfuerzo consciente por mantener discretamente las manos sobre sus hombros.

-Que debo irme. Y mantente alejada de esas calles, McNee.

Cuando ya se dirigía hacia la puerta, Bess lo llamó.

-Detective -el corazón le latía acelerado y la cabeza le daba vueltas, pero detestaba no decir la última palabra. A falta de algo mejor, recurrió a una famosa frase de la serie *Hill Street Blues-.* Tengamos cuidado a partir de ahora.

Una vez sola, se dejó caer en su sillón, agotada. Cinco minutos después Lori la encontró en aquella misma postura, todavía mirando al vacío.

-Oh-oh -exclamó, sentándose a su lado y ofreciéndole un refresco-. Lo sabía. Sabía que esto iba a suceder desde el momento en que vi a ese tipo en la fiesta.

-Todavía no ha sucedido -Bess bebió un buen trago. Resultaba curioso que hasta ese instante no se hubiera dado cuenta de lo seca que tenía la garganta-. Temo que vaya a suceder, pero aún no ha sucedido.

-Tenías esa misma expresión cuando te enamoraste de Charlie. Y de Sean. Y de Miguel. Para no hablar de...

-No sigas -frunciendo el ceño, se volvió hacia ella-. ¿Miguel? ¿Estás segura? Pensaba que tenía mejor gusto.

-Sí, Miguel -pronunció Lori, implacable-. Claro que recuperaste el buen sentido al cabo de cuarenta y ocho horas, pero al día siguiente de que te llevara a la ópera tenías la misma expresión que ahora.

-Vimos *Carmen* -señaló Bess-. No creo que esa expresión tuviera tanto que ver con él como con la ópera. Además, yo no estoy enamorada de Alexi. Solo voy a cenar con él mañana.

-Eso es lo que dices siempre. Como con George. De repente Bess se irguió, cuadrando los hombros.

-George es el hombre más bueno y dulce que he conocido nunca. Comprometiéndome con él aprendí a conocer y a comprender a la gente.

-Lo sé. Y fuiste lo suficientemente comprensiva como para hacer de madrina de su primogénito.

-Bueno, después de todo, fui yo la que se lo presentó a Nancy.

-Y George se apresuró a dejarte para irse con ella.

-No me dejó. Me gustaría que no tuvieras ese recuerdo tan malo de él, Lori. Lo de romper nuestro compromiso fue una decisión conjunta.

-Y lo mejor que pudo sucederte. George era un pelele. Un auténtico pelele.

Como aquello era rigurosamente cierto, Bess suspiró.

-Necesitaba mucho apoyo emocional.

-Al menos no te acostaste con él.

-Se reservaba para sí mismo...

Se miraron la una a la otra y estallaron en carcajadas. Una vez que recuperó el aliento, Bess sacudió la cabeza.

-No debí haberte contado eso. Ha sido una indiscreción.

-Una observación, más bien -repuso Lori-. Pero eso no va a pasar con el poli.

-Lo sé -Bess volvió a sentir un nudo de advertencia en el estómago-. Ya cruzaré ese puente cuando me tope con él.

-Bess, tú no cruzas los puentes; los quemas -Lori le apretó cariñosamente un hombro-. No sufras.

-¿Es que alguna vez lo hago? -inquirió Bess, sonriendo tristemente.

Decididamente, a Alex le gustaba el aspecto de Bess. Se requería mucho garbo y mucha gracia para poder lucir una blusa azul jade con unos pantalones de color azul brillante, sobre todo si a eso se añadía unos zapatos rosa chillón. Pero a Bess esa ropa le sentaba perfectamente. Todo en ella era vivido, intenso, colorido. Suponía que era por eso por lo que había ido a su oficina a presentarle disculpas y había terminado pidiéndole que salieran juntos.

Y probablemente también era por eso por lo que no había podido sacársela de la cabeza desde que la conoció. Ni quitarse la idea de acostarse con ella.

Desde el momento en que entró en el bar-restaurante de Zachafy Muldoon, Bess comprendió que iban a disfrutar de una tarde tranquila y relajada, deliciosamente agradable. Había música de rocola, rumor de voces, una mezcla de diversos y sabrosos aromas....

-Me gusta -se dirigió a Alex-. ¿La comida sabe tan bien como huele?

-Mejor -respondió mientras localizaban una mesa libre.

Como era habitual, el bar estaba lleno de gente. Desde que su hermana se casó con Zack, Alex había adquirido la costumbre de pasarse por allí una vez por semana, y ya conocía a la mayor parte de los clientes fijos.

-¿Qué tal va todo, Lola? -le preguntó, sonriente, a la camarera.

-Va, que es lo importante, bombón -con la bandeja apoyada en una cadera, Lola barrió a Bess con la mirada. Aunque solo le llevaba unos diez años a Alex, se había tomado una especie de interés maternal por él. No con mucha frecuencia solía presentarse con compañía femenina en el local, pero Lola siempre sometía a la dama de turno a un riguroso escrutinio-. ¿Qué os apetece beber?

-Tequila -respondió Bess, dejando caer su pesado bolso sobre la silla vacía-. Solo.

Ante aquella elección, Alex se limitó a arquear una ceja.

-Para mí una cerveza, Lola. ¿Está Rachel por aquí?

-Sí, arriba. Y será mejor que se quede allí, con los pies en alto -frunció el ceño-. Aunque probablemente se escapará muy pronto. No puedo mantenerla alejada mucho tiempo del jefe.

-¿Cuál es el plato especial de Río para esta noche?

-Paella -le brillaron los ojos, satisfecha. Resultaba evidente que ya la había probado-. Río ha estado a punto de volver medio loco a Nick, de tantas gambas como le ha hecho pelar.

-¿Te apetece la paella? -le preguntó Alex a Bess.

-No lo dudes -una vez que Lola se hubo marchado, apoyó la barbilla en las manos y lo miró fijamente-. Veamos. ¿Se puede saber quién es *el jefe,* quién es Río y quién es Nick?

-El jefe es Zack -señaló al hombre alto, de hombros anchos, que estaba trabajando en la barra-. Río es el cocinero, un gigante jamaicano que te preparará un manjar digno de dioses. Y Nick es el hermano de Zack.

Bess asintió. Le gustaba conocer a los actores de aquel escenario.

-Y Rachel está casada con Zack -después de mirar con atención al hombre de la barra, sonrió-. Un tipo impresionante. ¿Cómo lo conoció?

-Rachel defendió a su hermano Nick en el juicio después de que yo lo arrestara por intento de robo, con allanamiento de morada incluido.

Bess no parpadeó ni se mostró sorprendida; simplemente se acercó un poco más a él.

-¿Qué estaba robando?

Alex se sintió vagamente decepcionado por su tranquila reacción.

-Aparatos electrónicos. Y lo hizo muy mal. En aquel tiempo estaba enredado con una banda de delincuentes. De eso hace cerca de un año y medio -con gesto ausente se puso a jugar con el anillo de aguamarina de Bess, contemplando los reflejos que le arrancaba la luz-. Nick tenía algunos problemas. En realidad, Zack es su hermanastro. Nick apenas era un niño cuando Zack se marchó de casa para ingresar en la marina, a la muerte de su madre. Y cuando

Zack volvió hace unos años, se encontró a su padre agonizando y al chico metido en esa clase de problemas.

En aquel instante Lola les sirvió las bebidas.

-Gracias -sonrió Bess.

Y se la ganó con aquella sonrisa. Alex estaba seguro de ello a juzgar por la mirada de aprobación que le lanzó antes de retirarse. Para informar a Zack, por supuesto.

Alex levantó su jarra de cerveza, viendo cómo Lola transmitía a su cuñado sus impresiones sobre su nueva acompañante.

-¿Quieres escuchar la historia completa?

-Por supuesto que sí -Bess se echó un poquito de sal en la muñeca, la lamió y se bebió después de un trago la copa de tequila, al estilo mexicano-. Me encanta este rito.

-¿Cuántas veces eres capaz de hacer eso y seguir viva?

-No las he contado. Un día me tomé diez copas seguidas, pero eso fue cuando era joven y estúpida. Sigue contándome -se inclinó de nuevo hacia él-. Zack regresó después de haber estado navegando por los siete mares y se encontró a su hermano metido en problemas.

-Nick estaba enredado con los Cobras... -empezó a relatarle Alex. Para cuando les sirvieron la paella, estaba disfrutando a lo grande. Le encantaba cautivar de aquella forma la atención de Bess-. Y así es como voy a terminar teniendo una sobrina o un sobrino de origen ucraniano-irlandés.

-Fantástico. Tienes talento para contar historias, Alexi. Debe de ser la sangre gitana que corre por tus venas.

-Naturalmente.

Bess le sonrió. Pensó que lo único que le faltaba era un pendiente en una oreja y un violín... pero estaba segura de que él no querría escuchar aquella ocurrencia.

-¿Sabes? Me encantan las historias con finales felices. Son mi debilidad. Y sin embargo, en nuestros guiones, siempre que una historia termina bien, tenemos que complicarla para reanudarla otra vez, so pena de perder audiencia.

-¿Por qué? Yo pensaba que a la mayoría de la gente le gustaban los finales felices.

-Y así es. Pero en los culebrones, un personaje pierde interés si no se enfrenta con algún tipo de crisis o de tragedia -probó la paella y suspiró satisfecha-. Por eso Elana estuvo casada dos veces, padeció amnesia, sufrió un asalto sexual, tuvo dos abortos y una crisis nerviosa, se quedó temporalmente ciega, disparó contra un antiguo amante en legítima defensa y se hizo adicta al juego -siguió comiendo la paella-. No necesariamente por ese orden.

Antes de que Alex pudiera preguntarle quién era Elana, Lola ya les estaba sirviendo más bebidas.

-¿Tú ves *Secretos pecados?* -le preguntó a Bess, ya que había escuchado su respuesta a la pregunta de Alex.

-Religiosamente. ¿Y tú?

-Desde luego. Me enganché cuando estaba en el hospital, para el parto de mi hijo pequeño. Y ahora tiene diez años. Por aquel entonces Elana trabajaba en el hospital de Millbrook y estaba enamorada de Jack Banner. Jack era un personaje muy apreciado.

-Uno de los mejores -convino Bess-. Inquietante y autodestructivo.

-Lamenté de verdad que muriera en aquel incendio. No creo que Elana llegara a superarlo.

-Es una mujer muy dura -comentó Bess.

-Por fuerza tiene que serlo -cuando alguien la llamó, Lola le indicó que esperara-. De no haber sido por ella, Storm nunca se habría recuperado y llegado a ser el hombre que es ahora.

-¿Te gusta Storm?

-Oh, por favor, ¿a quién no? -riendo, Lola alzó los ojos al techo-. Ese tipo es el sueño de cualquier mujer. Jade y él se merecen un poco de felicidad, después de todo lo que han pasado. Tranquilo, Harry, ya voy para allá. Que disfrutéis de la cena -les dijo, y se retiró apresurada.

Bess se volvió hacia Alex con una sonrisa.

-Pareces algo confundido.

-Habéis hablado de esos dos personajes como si fueran gente de verdad -respondió, maravillado.

-Es que lo son -repuso Bess, y mordió una gamba-. Aunque solo una hora al día, cinco días por semana. ¿Tú nunca has creído en Batman, en Scarlett O'Hará, en Indiana Jones?

-Son ficciones.

-La buena ficción genera su propia realidad. Vamos, Alexi, incluso un poli necesita fantasear de vez en cuando.

Alex la miró con la intensidad suficiente para acelerarle el corazón.

-Hago lo que puedo.

Bess se bebió otra copita de tequila, pero el efecto fue menor que el de la tranquila confesión que él acababa de hacerle.

-Tendrás que hablarme de ello en alguna ocasión...

Se sorprendió al oír una música de piano. En el otro extremo del bar vio a un hombre rubio, delgado, tocando una melodía de *blues.*

-Ese es Nick -le dijo Alex.

-¿De verdad? -Bess se colocó la silla para contemplarlo mejor-. Toca muy bien.

-Sí -hace un año convenció a Zack de que instalara un piano en el bar. Rachel y Muldoon querían que volviera al conservatorio, que siguiera estudiando, pero él no quiere.

-Ya poco le queda por aprender -murmuró Bess.

-Eso parece. En cualquier caso, sigue ayudando a Río en la cocina, y toca el piano cuando le apetece.

-Y tiene embobadas a todas las chicas del local.

-Es solo un chico -repuso Alex con un apresuramiento que suscitó las sospechas de Bess.

-Para las mujeres experimentadas, los hombres muy jóvenes poseen un atractivo especial. De hecho, ahora mismo Jessica está viviendo una apasionada aventura con Tod... que es diez años menor que ella. Y la audiencia se declara a favor en una proporción de cinco a uno.

-Estábamos hablando de ti.

-¿Ah, sí? -sonrió Bess.

En ese momento Zack se acercó para saludar a Alex, dándole una cariñosa palmada en la espalda.

-¿Qué tal la comida?

-Maravillosa -Bess le tendió la mano-. ¿Tú eres Zack? Yo me llamo Bess.

-Encantado de conocerte. Tú debes de ser la misma Bess con la que se encontró Rachel en la comisaría.

-En efecto. Tienes un bar estupendo. Ahora que lo he descubierto, no te quepa la menor duda de que volveré.

-Me encanta oír eso -un brillo de curiosidad asomó a sus ojos azules-. Alex no suele traer a sus amigas aquí. Le gusta que juguemos a las adivinanzas con él.

-¿Es eso cierto? -le preguntó Bess a Alex, riendo.

-Cállate, Muldoon -murmuró.

-Todavía sigue resentido conmigo porque le quité a su hermana pequeña.

-Oh, qué va -Alex aqueó las cejas-. Solo esperaba que tuviera un mejor gusto -levantó su cerveza-. Por cierto, hablando del rey de Roma... -señaló con su jarra a Rachel, que se dirigía hacia la mesa.

Bess vio que la expresión de Zack cambiaba de pronto y, al reconocer el amor en aquella mirada, suspiró.

-¿Qué es esto? -preguntó Rachel-. ¿Una fiesta a la que no me han invitado?

-Siéntate -le pidieron Zack y Alex al unísono.

-Estoy cansada de estar siempre sentada -ignorándolos a ambos, se volvió hacia Bess-. Me alegro de volver a verte. Hey, la paella de Río. Está riquísima, ¿verdad?

-Desde luego. ¿Sabes? Hace unos minutos, Alex precisamente me estaba contando cómo os conocisteis.

-¿Ah, sí? -Rachel arqueó una ceja.

-¿Por qué no te sientas con nosotros y me das tu versión del suceso?

Veinte minutos después, Alex se vio obligado a admitir que la natural simpatía de Bess había logrado que Rachel se sentara y se relajara: algo que ni Zack ni él habían conseguido con su exigente preocupación. Advirtió, además, que para ser una mujer tan dinámica y llena de energía, tenía un don para hacer que la gente se sintiera tranquila y relajada con ella.

Y otro don para saber escuchar y hacer siempre la pregunta adecuada en cada momento. Y para entretener a la gente sin, en apariencia, hacer ningún esfuerzo. Por eso mismo no le sorprendió que fuera capaz de hablar de música con Nick cuando se reunió con ellos, o de comida con Río cuando fueron a la cocina para felicitarlo por su comida. Ni que quedara a comer con Rachel para la semana siguiente.

-Me gusta tu familia -le comentó Bess cuando subían a un taxi.

-Pues solo conoces una fracción de la misma.

-Bueno, pues entonces me gusta la fracción de familia que conozco. ¿Quiénes más quedan?

-Mis padres. Otra hermana, su marido y sus tres hijos. Un hermano, su esposa y su hijo. ¿Y tú?

-¿Mmmm?

-Te preguntaba por tu familia.

-Oh. Yo fui hija única. ¿Y todos viven en Nueva York?

-Sí, excepto Natasha -respondió mientras jugaba con los rizos de su pelo-. Todavía no me has hablado de ti. Haces preguntas. Hablas de la gente, de los personajes de tus guiones... pero nunca hablas de Bess McNee.

Bess se dijo que debería haber supuesto que un policía como Alex vería cosas que a la mayoría de la gente le pasaban desapercibidas.

-No hemos hablado tanto como para que haya surgido ese tema -señaló. Cuando volvió la cabeza, su boca estaba muy cerca de la suya. Pensó que deseaba, que ansiaba besarlo. Y no meramente para distraerlo. Después de todo, nada tenía que esconder. Pero no habló, sino que se limitó a acariciarle los labios con los suyos.

La mano con la que le estaba acariciando la nuca se tensó mientras cambiaba el ángulo de su beso y aumentaba su intensidad. Si antes había sido ligero y cariñoso, ahora se había profundizado, prolongado, inflamado. Mezclado con el sabor de su boca, con su textura, había matices que anunciaban lo que estaba a punto de suceder. «Se está preparando una tormenta», pensó Bess, aturdida. Y ella nunca había sido capaz de resistirse a una tormenta.

Cuando Alex retiró los labios de su boca y pasó a acariciarle una sien, el corazón de Bess latía a toda velocidad.

-Sabes cómo cambiar de tema, McNee.

-¿Qué tema?

Alex deslizó un dedo hasta la base de cuello, donde latía su rápido pulso.

-Tú. Y lo que has conseguido es aumentar mi curiosidad.

-No hay mucho que contar -incomodada y confundida por aquella sensación, se apartó en el preciso instante en que se detenía el taxi-. Mira, ya hemos llegado -salió mientras Alex pagaba al taxista. Se dio cuenta de que se le habían debilitado las rodillas-. No tienes por qué acompañarme -le dijo, sorprendida al ver que salía también del vehículo.

-Lo que significa que no vas a invitarme a subir.

-No -sonrió levemente, acariciando nerviosa la correa de su bolso. Pero quería hacerlo. Lo anhelaba-. Creo que eso sería lo más inteligente.

Alex lo aceptó, porque la elección tenía que ser suya. Y la perspectiva de intentar hacerla cambiar de idea le resultaba terriblemente seductora.

-Ya volveremos a cenar juntos.

-Sí.

Alex le tomó una mano y se la llevó a los labios.

-Pronto.

Bess sintió algo extraño, como un dolor vago y difuso en lo más profundo de su corazón. Confundida, retiró la mano.

-Muy bien. Pronto. Buenas noches.

-Espera -antes de que pudiera volverse, Alex le acunó el rostro entre las manos y la besó.

Fue un beso ligero, pero al mismo tiempo persuasivo, insistente. Un beso que logró incrementar el dolor que antes había sentido. Indefensa, le sujetó las muñecas, apoyándose de paso en él. Aunque el contacto de sus labios era insoportablemente tierno, el pulso que sentía latir bajo sus dedos eran tan acelerado y violento como el suyo.

Cuando la soltó, Bess dio un paso atrás.

-Buenas noches -le dijo Alex, mirándola fijamente.

Solo pudo asentir con la cabeza antes de entrar apresurada en el portal.

Segundos después, mientras esperaba pacientemente a que se encendiera la luz de su apartamento. Alex se dijo que había algo extraño en Bess. Algo muy extraño. Tendría que averiguar lo que era.

La última persona a la que Bess esperaba ver cuando salió de su oficina pocos días después fue a Rosalie. Allí estaba, en medio de la multitud. Después de un instante de sorpresa, sonrió y cruzó la calle para saludarla. .

-Hola. ¿Me estabas esperando?

-Sí.

-Debiste haber entrado -le dijo Bess, sosteniendo con una mano el maletín y con la otra el bolso.

-Pensé que sería mejor para ti que te esperara aquí fuera.

-No seas tonta... -se interrumpió cuando intentó distinguir los ojos de Rosalie a través de sus enormes gafas oscuras. Aquellos colores que asomaban no eran producto de ningún cosmético-. ¿Qué te ha pasado?

-Bobby -se encogió de hombros-. Estaba un poco molesto por lo de la otra noche.

-Esa es una actitud despreciable.

-Las he pasado peores.

-Maldito... -pronunció entre dientes, pero por encima de su furia se imponía una terrible sensación de culpabilidad-. Lo siento. Fue culpa mía.

-No fue culpa de nadie, chica. Así son las cosas.

-Pero eso no debió haber sucedido. Y si yo no... -se interrumpió, sabiendo que ya no podía cambiar las cosas-. ¿Quieres ir a la policía? Te acompañare. Podríamos...

-Diablos, no -Rosalie soltó una amarga carcajada-. Me pasaría algo peor que lo que me ha pasado si hiciera eso. Y si crees que existe un policía vivo en el mundo que se preocupe porque a una prostituta le han hinchado un ojo, entonces es que eres tan ingenua como pareces.

A Alex sí le habría importado, pensó Bess. Se negaba a creer lo contrario.

-Haremos lo que quieras.

Rosalie sacó un cigarrillo y lo encendió.

-Escucha, dijiste que me pagarías por hablar, ¿no? No me vendrá mal algún dinero extra. Y dispongo de tiempo libre.

-De acuerdo -las ideas empezaban a acumularse en su cerebro-. ¿Cuánto sacas por noche?

Rosalie se dispuso a inflar automáticamente la cifra, pero se corrigió a tiempo.

-Una vez que Bobby cobra su parte, unos setenta y cinco. Quizá cien. Ahora el negocio no se da tan bien como antes.

-Hablaremos -distraída, Bess quiso buscar un taxi-. Vaya, a esta hora será difícil que encontremos un taxi libre -murmuró-. Vivo más a menos cerca de aquí. ¿Te importaría que fueramos andando?

- Chica, lo de caminar por las calles es algo natural en mí -en esa ocasión Rosalie sí que se rio con ganas.

Una vez que llegaron al apartamento, Rosalie se quitó las gafas oscuras y silbó admirada. Incapaz de resistirse, se acercó a uno de los grandes ventanales. Podía divisar un brazo del East River entre los edificios. El sonido del tráfico llegaba tan apagado que casi parecía música.

-Vives a todo tren, ¿eh?

-¿Te apetece cenar? -le preguntó Bess mientras se quitaba los zapatos-. Llamaré para que nos traigan la cena. Siéntate, voy a buscar un vino.

«Vino», pensó Rosalie al tiempo que se dejaba caer en el cómodo sofá. No estaba acostumbrada a aquellas delicadezas.

-¿Lo de escribir te da para pagar esto?

-En gran parte, sí -en un impulso, sacó una de las mejores botellas de su surtido-. No eres vegetariana, ¿verdad?

-¿Estás de broma? -hizo una mueca.

-Bien. Entonces pediremos carne -después de entregarle a Rosalie su copa, encargó la cena por teléfono.

-Yo no puedo pagar eso.

-Invito yo -le aseguró Bess, y se arrellanó en el sofá con las piernas encogidas-. Necesito una asesora, Rosalie -sabía que representaba un riesgo, pero tomó la decisión-. Te daré quinientos por semana.

Rosalie se atragantó con el vino.

-¿Quinientos solo por contarte unos cuantos trucos?

-No, Quiero más. Quiero saber por qué. Quiero que hables de las otras mujeres. Lo que las arrastró a esa vida. Lo que temes, lo que no temes. Cuando te haga una pregunta, quiero que me respondas -su voz había adoptado ya un tono enérgico, profesional-. Y me daré cuenta si me mientes.

-¿Necesitas saber todo eso para un programa de la tele?

-Sí -respondió, aunque no era del todo cierto. Aquello iba más allá de la serie. Ella había sido culpable del moratón que estaba viendo en el ojo de Rosalie-. Voy a comprarte gran parte de tu tiempo por una tarifa de quinientos dólares por semana, Rosalie. Puede que quieras tomarte unas vacaciones de Bobby...

-Lo que haga después de hablar contigo es cosa mía.

-Desde luego. Pero si decidieras tomarte un descanso de las calles, y si necesitaras un lugar donde quedarte mientras tanto, yo podría ayudarte.

-¿Por qué?

-¿Y por qué no? -sonrió Bess-. A mí no me costaría casi nada. Intrigada, Rosalie reflexionó.

-Estupendo. Podemos empezar ahora mismo -se levantó para tomar el bloc de notas, bolígrafos y la grabadora-. Recuerda que trabajo para una serie matutina, así que tendré que filtrar buena parte de lo que me digas. ¿Te parece bien que te ponga al tanto del argumento?

-Como quieras -se encogió de hombros.

Bess ya estaba inmersa en la descripción del complejo mundo de las relaciones sociales de Míllbroke, para asombro y fascinación de Rosalie, cuando sonó el portero automático del ascensor privado. Sin dejar de hablar, se levantó para pulsar el botón de apertura.

-Así que, en resumidas cuentas, la personalidad de Josie es completamente opuesta a la de Jade. Cuanta más fuerza cobra Josie, más confundida y asustada se vuelve Jade. Cuando Josie sale, no recuerda dónde ha estado. Y las lagunas de memoria son más grandes cada vez.

-Me parece a mí que esa chica necesita un psiquiatra.

-Sí. De hecho, terminará visitando a Elana, que es psiquiatra, pero todavía falta bastante para que eso ocurra. Incluso se someterá a un tratamiento de hipnosis... Ah, aquí está la cena -cuando sonó el timbre del ascensor, Bess abrió la puerta. Pero la sonrisa se le congeló en la cara.

-Alexi.

-¿No te molestas en preguntar quién es antes de abrir la puerta? -sacudió la cabeza antes de alzarle la barbilla con un dedo y besarla en los labios.

-Sí... bueno, no cuando estoy esperando a alguien. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Besarte -respondió, extrañado por su reacción. Fue entonces cuando recordó que le había dicho que estaba esperando a alguien. ¿Un hombre? ¿Algún amante?-. Supongo que debí haber llamado primero.

-No. Quiero decir, sí. ¿Es que... tienes la noche libre?

-No. Tengo que volver dentro de un par de horas.

-Oh. Bueno -el portero automático del ascensor sonó de nuevo.

-Todavía estás a tiempo de decirle que soy el fontanero.

Desconcertada, pulsó el botón de apertura.

-¿A quién?

-Al tipo que está subiendo ahora mismo.

-¿Por qué habría de decirle al mozo del restaurante que tú eres fontanero?

-¿El mozo del restaurante? -se tensó al oír un sonido procedente del interior del apartamento. Maldijo en silencio. Se dijo que no estaba celoso, sino que solamente sentía curiosidad-. Supongo entonces que ya tienes compañía -empezó a decir, abriendo un poco más la puerta.

-Pues sí -cediendo, Bess se apartó a un lado-. Nos disponíamos a cenar.

Alex se asomó en el preciso instante en que Rosalie se levantaba del sofá. Bess se sintió cazada entre dos fuegos, como si ambos tuvieran algo que reprocharle.

-¿Qué está haciendo ella aquí?

-Has llamado a la policía -la acusó Rosalie, antes de que pudiera decir algo-. Has llamado a los malditos polis.

-No. No es verdad.

Rosalie ya estaba atravesando el salón. Bess sabía que si no la detenía en aquel momento, la perdería para siempre.

-Rosalie -la agarró de un brazo-. Yo no lo llamé.

-¿Y por qué diablos no lo hiciste? -le echó en cara Alex.

-Porque esto no es asunto tuyo -sin soltar a Rosalie, Bess se volvió hacia él, furiosa-. Esta es mi casa, y ella es mi invitada.

-Y tú eres más tonta de lo que había pensado. Rosalie en seguida se hizo cargo de la situación, y pudo relajarse un tanto.

-¿Es que los dos estáis liados?

-Sí -respondió Alex.

-No -contestó Bess, y suspiró-. Bueno, un poco sí -murmuró. Sacó su cartera del bolso al oír el timbre del ascensor-. Disculpadme. Esta vez sí que ha llegado la cena.

Mientras Bess se disponía a pagar al mozo del restaurante, Alex y Rosalie se midieron mutuamente con una mirada cargada de tanto disgusto como sospecha.

-¿A qué estás jugando, Rosalie?

-Aquí no hay ningún juego -esbozó una sonrisa tan simpática como la de un tiburón-. Me pagan mis servicios como asesora. Tu chica me ha contratado.

-Al diablo -se interrumpió por un instante, observando su ojo hinchado-. Bobby te hizo eso?

-Me golpeé contra una puerta.

-Ya.

Le importaba. Incluso Bess se habría sorprendido de lo mucho que le importaba. Y ciertamente Rosalie se habría sentido impresionada.

-Supongo que tendrás que llevar cuidado.

-No pienso cometer el mismo error dos veces. Alex se volvió hacia Bess, hundidos los puños en los bolsillos.

-McNee, quiero hablar contigo.

-Oh, cállate -no se molestó en alzar la mirada mientras contaba los billetes-. Toma. Aquí tienes -le entregó una propina al chico.

-Gracias, señora. Que disfruten de la cena -y se marchó.

-Hay suficiente para tres -pronunció Bess, dirigiéndose a Alex-. Pero no te quedarás si sigues siendo tan grosero como hasta ahora.

-¿Grosero? -en dos zancadas, se plantó ante ella- . ¿Consideras una grosería que te pregunte si has perdido el juicio cuando entro y me encuentro con que has invitado a una prostituta a cenar?

-Fuera -le ordenó, entrecerrando los ojos.

-Maldita sea, Bess...

-He dicho que fuera -lo empujó hacia la puerta-. Solamente hemos salido juntos una vez. Una. Quizá llegué a acariciar la idea de salir contigo algunas veces más, pero eso no te da derecho a presentarte en mi casa y decirme lo que tengo que hacer y con quién tengo que hablar.

Alex la agarró de la mano antes de que ella pudiera evitarlo.

-Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

-Tienes razón. Tienes toda la razón. Lo que debí haberte dejado claro desde el principio es que mi vida es mía, detective -se liberó bruscamente y le clavó el dedo índice en el pecho-. Solo mía. ¿Te enteras?

-Ya. Me entero -de repente la atrajo hacia sí y la besó. No fue un beso tierno, ni suave, sino violento y ardiente. Solo duró unos segundos, pero consiguió dejarla sin habla-. Las cosas cambian, McNee -la miró, furioso-. Vete acostumbrándote a ello.

Y dicho eso, salió dando un portazo.

-Bueno -Bess aspiró profundamente un par de veces-. Qué desfachatez. ¿Quién se ha creído que es? -con las manos en las caderas, se volvió para mirar a Rosalie-. ¿Tú has visto eso?

-Habría sido difícil perdérmelo -sonriendo, Rosalie picó una patata frita de un plato.

-Si cree que puede seguir manteniendo conmigo esa actitud... está muy, pero que muy equivocado.

- Ese hombre está loco por ti.

-¿Perdón?

-Chica, que ese hombre está enamorado. Bess tomó su copa y bebió un buen trago de vino.

-Eso es ridículo.

-Oh-oh. Si yo tuviera un hombre que me mirara de esa manera, haría una de dos cosas.

-¿Qué dos cosas?

-O me quedaría a disfrutar con él, o huiría para salvar mi vida.

Frunciendo el ceño, Bess se sentó dispuesta a comer.

-A mí no me gusta que me presionen.

-Eso depende de quién te presione -Rosalie se sentó también, y atacó su filete-. Es un tipo muy guapo... para ser un poli.

-No quiero hablar de él -pronunció Bess, probando la ensalada.

-De acuerdo. Tú has pagado la cuenta -repuso Rosalie, de buen humor.

Con un gruñido de asentimiento, Bess intentó comer. «Maldito policía», pensó. Le había estropeado el apetito.

Alex se había especializado en desahogarse con objetos inanimados. Siempre había encontrado inmensamente gratificante la terapia de ponerse unos guantes de boxeo y golpear un saco de arena. Disponiendo de aquel recurso, jamás había entendido por qué tanta gente sentía la necesidad de acudir a la consulta de un psiquiatra. Hasta ese momento.

Veinte minutos sudando y golpeando el saco en el gimnasio no habían conseguido aliviar su frustración básica. No podía librarse de Bess McNee.

-Qué energía, y tan temprano.

Al escuchar aquella voz familiar, Alex se enjugó el sudor que le resbalaba por la frente y los ojos. Era su hermano Mikhail, con su hijo de diez meses, Griff, de la mano. Los dos lo miraban con idéntica sonrisa.

-Hoy has levantado pronto a tu papá, ¿eh, pequeñajo? -Alex se agachó para darle un beso a Griff.

El niño se echó a reír, feliz. La única palabra que Alex logró descifrar de su abstruso lenguaje fue «mamá».

-Sydney está cansada -explicó Mikhail-. Ayer se quedó trabajando hasta tarde. Griff es muy madrugador -extendió una mano para acariciarle la cabeza a su hijo-, así que se me ocurrió que podríamos pasarnos por aquí para hacer un poco de ejercicio, ¿verdad, hijo?

Griff sonrió.

-Papá.

-¡Hey, pero si es el *Griff-Man* -Rocky, el antiguo boxeador que dirigía el gimnasio, se acercó sonriente al niño-. ¡Ven conmigo, campeón!

Con un grito de placer, el crío se apartó de Alex y caminó tambaleándose hacia Rocky.

-Vigílalo bien, Rock -le advirtió Mikhail-. Es muy escurridizo.

-Yo me encargo de él -con la confianza y seguridad que le daba su condición de padre de cuatro hijos, lo levantó en brazos-. Tenemos cosas que hacer -le dijo a Mikhail-. ¿Por qué no hablas tranquilamente con tu hermano y averiguas por qué ha venido a machacarme mi equipo por tercera vez en esta semana?

-Cotilla -musitó Alex-. Es peor que una vieja cotilla.

Mikhail arqueó una ceja al ver que su hermano seguía golpeando el saco de arena.

-Hablando de mujeres...

-No estábamos hablando de mujeres.

-¿Por qué vendrían los hombres a lugares como este si no es para hablar de mujeres?

Alex se preguntó si Mikhail sería consciente de lo mucho que se parecía a su padre.

-Vienen a golpear cosas -le espetó-. A decir tacos y a sudar.

-A eso también. Hay una mujer, ¿verdad?

-Siempre hay una maldita mujer -pronunció Alex entre dientes.

-Una que se llama Bess.

Alex se detuvo en seco cuando iba a propinar un nuevo golpe al saco. Volviéndose, se enjugó el sudor de la frente con el dorso del brazo.

-¿Cómo sabes que sabes quién es?

-Me lo dijo Rachel -Mikhail sonrió, satisfecho-. También me dijo que esa tal Bess era una mujer especial. Única. Y extremadamente inteligente. No es tu tipo habitual, Alexi.

-Ella no es el tipo de nadie -volvió a concentrarse en el saco-. Única. Efectivamente, es única. Dios se distrajo aquel día y mezcló en su rostro los rasgos de cinco mujeres diferentes. Tiene los ojos demasiado grandes, la barbilla prominente, la nariz respingona... y la piel como la de un ángel. Nada más tocarla la boca se me hace agua.

-Mmmmm... ardo en deseos de conocerla.

-Por lo demás, está bastante loca. Quizá Rachel piensa que es inteligente porque fue a la universidad.

-A Radcliffe -pronunció Mikhail-. Rachel estuvo comiendo con ella, y se lo preguntó.

-¿Radcliffe? -jadeando, se apoyó en el saco-. Me lo imaginaba.

-También le dijo a Rachel que los dos tuvisteis un... un malentendido.

-Mira, tal vez haya estudiado en una buena universidad, pero te garantizo que no tiene ni pizca de sentido común. Y yo no necesito enredarme con una mujer tan rara como ella.

La carcajada que soltó Mikhail resonó en todo el gimnasio.

-En cualquier caso -añadió Alex-, hemos terminado antes de empezar. Y ambos estamos fuera de juego. Ella y yo siempre vemos las cosas desde ángulos distintos. Y el suyo es especialmente retorcido. No ve nada como tendría que verlo.

-Una mujer difícil.

-Sí, difícil -Alex extendió las manos para que su hermano le desatara los guantes-. Aunque ese calificativo apenas la describe. Habitualmente se comporta de una forma tranquila, afable, relajada. Pero si se te ocurre señalarle un evidente error, se te lanza al cuello.

-Así que estás mejor sin ella, ¿no?

-Por supuesto -terminó de quitarse los guantes y flexionó los dedos-. ¿Quién necesita a una mujer tan irracional como ella?

-Un hombre.

-Ya -con un suspiro, Alex lanzó a su hermano una mirada cargada de tristeza-. La quiero tanto que a veces tengo la sensación de que hasta me cuesta respirar.

-Conozco la sensación -Mikhail le golpeó cariñosamente en el pecho sudoroso-. Así que ve por ella.

-Que vaya por ella -repitió Alex.

-Ponla en su lugar.

Un brillo peligroso, que Mikhail conocía bien, fulguró por un instante en sus ojos.

-En su lugar. Sí.

-¡Oye! -lo llamó al ver que salía casi corriendo-. Las duchas están por allí.

-Ya me ducharé en comisaría. Hasta luego.

-Hasta luego -pronunció Mikhail. Y se fue a buscar a su hijo, preguntándose cuánto tiempo tardaría Alex en hacer entrar en razón a aquella mujer única y poco razonable. Desde luego, parecía perfecta para su hermano.

Bess jamás se había levantado de buen humor por las mañanas, y sospechaba de la gente que tenía esa extraña costumbre. Su despertador todavía estaba sonando cuando oyó que llamaban a la puerta. Al principio pudo ignorarlo, pero a los diez minutos de golpes incesantes no tuvo más remedio que levantarse.

Con los ojos medio cerrados, vistiendo una breve bata de seda sobre un también breve camisón, se dirigió tambaleándose a abrir.

-¿Qué diablos pasa? -preguntó-. ¿Es que hay un incendio?

-No precisamente -respondió Alex cuando ella abrió bruscamente la puerta, de un tirón.

Intentando focalizar la mirada, se pasó una mano por el pelo. La bata se le deslizó por un hombro.

-¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

-Enseñándole la placa al vigilante -después de cerrar a su espalda, la miró fijamente, hasta saciarse-. ¿Te he sacado de la cama, McNee?

-¿Qué hora es? -se volvió, siguiendo el aroma de su máquina de café, que estaba programada para ponerse en funcionamiento a las siete y veinte de la mañana-. ¿Qué día es hoy?

-Jueves -siguió su tambaleante recorrido por el salón hasta la enorme cocina decorada en blanco y azul marino-. Y ya son las siete y media.

-¿De la mañana? -a ciegas, Bess buscó una taza-. ¿Y qué estás haciendo tú aquí a las siete y media de la mañana?

-Esto -la hizo volverse y la besó. El sabor de su boca, entibiado por el sueño, le arrancó un gemido. Antes de que ella pudiera pensar algo, cualquier cosa, Alex deslizó la lengua en el dulce interior de su boca, seduciéndola. Sintió que su cuerpo se ponía rígido y después se ablandaba, derritiéndose como una vela al contacto de una llama.

A través del atronador rugido del pulso en sus oídos, oyó el ruido de la taza que había resbalado de los dedos de Bess, al romperse contra el suelo.

Bess se preguntó si aún seguía soñando. Sus sueños siempre habían sido muy vividos, pero aquel... No era posible sentir con tanta intensidad, sentir a alguien con tanta desesperación, en un sueño.

Y podía saborearlo. Realmente podía saborearlo. Un sabor mezclado de hombre, de deseo y sudor levemente salado. Delicioso. Su boca era tan ardiente, tan implacable, al igual que las manos que buscaban su cuerpo a través de la seda de su ropa.

Podía sentir la frialdad de las baldosas del suelo bajo sus pies descalzos, en estremecedor contraste con el calor que la envolvía. Bajo sus palmas sentía la excitante aspereza de sus mejillas. Y también podía oír su propia voz, un confuso murmullo, mientras intentaba pronunciar su nombre.

-Tengo que despertarme -logró pronunciar cuando Alex dejó de besarla para deslizar los labios por su cuello-. Tengo que despertarme...

-Ya estás despierta -tenía que tocarla... solo una vez más. Por muy injusto que fuera aprovecharse de su desventaja, tenía que hacerlo. Así que le acunó los senos con las manos, acariciándole los pezones a través de la seda hasta conseguir endurecerlos-. ¿Lo ves?

-Tengo que... -perdió el aliento. Cuando ya se disponía a retroceder, Alex fue más rápido y la levantó en brazos. Un estremecimiento de pánico, nada familiar en ella, le recorrió la espalda-. Alexi, no...

La besó de nuevo en los labios, sintiendo su trémula rendición.

-Estás descalza -le dijo, sentándola en el mostrador-. Y la taza se ha estrellado contra el suelo.

Consternada, miró los pedazos de cerámica en el suelo.

-Oh.

-¿Tienes una escoba?

-Una escoba -ya estaba casi despierta. Pero su cerebro seguía como apagado-. En alguna parte. ¿Por qué?

-Para limpiar esto y que no corras peligro de cortarte -sonrió-. Quédate donde estás-. Se acercó a un estrecho armario y encontró una escoba y un recogedor. No tardó en limpiarlo todo-. Y bien... ¿me has echado de menos?

-Ni una sola vez he pensado en ti -se apartó el pelo de los ojos.

-Yo tampoco. ¿Y si me invitas a un café?

-Claro -pensó que eso quizás podría ayudarla a recuperar la compostura. Contemplándolo mientras servía las dos tazas, le comentó-. ¿Sabes? Hueles como a habitación cerrada.

-Lo siento. He estado en el gimnasio.

Bess se sentó ante la mesa y tomó un sorbo de café. Media taza después, era ya capaz de mirarlo abiertamente por primera vez. Tenía un aspecto fabuloso. Duro, sudoroso. Con una banda gris en la frente aprisionando su espesa mata de pelo. Sin afeitar, con la sudadera arrugada y con una mancha de sudor en el centro del pecho, los pantalones de chándal sueltos y desgastados por los bordes. Cuando volvió a mirarlo a los ojos, Alex le sonrió.

-Buenos días, McNee.

-Buenos días.

Deslizó un dedo todo a lo largo de su muslo, y descubrió que allí tenía un punto muy sensible. Lo sabía por el oscuro brillo que reverberó en sus ojos.

-Esta vez no voy a disculparme.

-Pues deberías.

-No. Estoy seguro de esto -le puso un dedo sobre los labios antes de que pudiera decir algo-. Confía en mí. Soy un poli.

-Escucha -le apartó la mano-. Mis decisiones personales, tanto si tienen que ver con mi vida profesional o personal, son exactamente eso: personales. Y llevo mucho tiempo tomándolas, sean erróneas o acertadas. Así que no pienso dejar de hacerlo ahora.

-No estoy dispuesto a ver cómo te hacen daño.

-Gracias, Alexi -un tanto conmovida, le pasó una mano por el pelo-. Pero no pretendo que me lo hagan.

-Tú no sabes con quién estás tratando. Oh. ya sé que tú crees que sí -continuó, adivinando su expresión-. Pero tú solo conoces la superficie de todo esto. Hay cosas que pasan en las calles, cada día, cada noche, que jamás podrías concebir.

Bess se dijo que no podía discutir con él; no con lo que veía en su rostro.

-Quizá no. Yo no veo lo que tú ves, ni sé lo que tú sabes. Quizá ni siquiera quiera saberlo. Mi amistad con Rosalie...

-¿Amistad?

-Sí -respondió, como desafiándolo a que la contradijera-. Siento algo por ella... -con un gesto de impotencia, retiró su taza a un lado-. No puedo explicártelo, Alexi. Tú no eres una mujer. Yo puedo ayudarla. No me digas que es una ilusión creer que yo puedo sacarla de las calles y ayudarla a hacer lo que quiere hacer realmente. Esa advertencia ya la he recibido.

-Supongo que de alguien con al menos dos dedos de frente -murmuró Alex-. No tenía ni idea de que las cosas hubieran llegado tan lejos. Tú dijiste que querías hablar con ella para que te asesorara en tu guión.

-Es verdad -pero Bess recordaba demasiado bien el ojo morado de Rosalie-. ¿Es tan imposible que yo pueda ayudarla a cambiar de vida? ¿Tus años en la policía te han vuelto tan duro que no estás dispuesto a darle a alguien la oportunidad de cambiar?

-No estamos hablando de mí -Alex le agarró las manos con fuerza.

-No, claro -sonrió, irónica.

Alex maldijo entre dientes y la soltó. Bess se levantó para servirse más café.

-Vale, de acuerdo. Tienes razón. No es de mi incumbencia. Pero voy a pedirte que me prometas algo.

-Por pedir que no quede.

-No salgas a las calles con ella. No vayas a ninguna parte cerca del territorio de Bobby.

Bess recordó al hombre de cabello plateado y mirada airada.

-Eso sí te lo puedo prometer. ¿Te sientes mejor ya?

-No he acabado. Asegúrate de que está sola cuando quedes con ella. Y citaos en tu oficina, o en algún lugar público.

-De verdad, Alexi...

-Por favor.

Bess no dijo nada por un instante, hasta que, consciente de lo mucho que le había costado pronunciar aquella palabra, cedió al fin:

-De acuerdo -se acercó a la barra y abrió la panera-. ¿Te apetecen unas rosquillas?

-Sí, gracias.

-Hay algo que debo decirte -le confesó mientras le servía un plato.

-Un montón de cosas, espero.

-¿Perdón? -se volvió, sonriendo sorprendida.

-Quiero saber algo de tu vida personal, McNee. Quiero saber cosas de ti, y luego llevarte a la cama y hacerte el amor hasta que los dos nos olvidemos de todo, incluso de nuestros propios nombres.

-Ah... -por un instante pensó que una sola mirada suya bastaba para que se olvidara de cómo se llamaba-. En cualquier caso...

-¿En cualquier caso? -repitió, solícito.

-Iba a hablarte de Angie Horowitz. La sonrisa de Alex se desvaneció. En sus ojos apareció una expresión fría, insensible.

-¿Qué es lo que sabes de ella?

-Chico, vaya cambio... -murmuró Bess.

-Angie Horowitz -repitió, implacable-. ¿Qué sabes de ella?

-No sé gran cosa, pero pensé que debía transmitirte lo que me dijo Rosalie. Me comentó que Angie estaba muy contenta de haber enganchado a aquel cliente suyo. El tipo requirió un par de veces sus servicios, pagándole más dinero de la cuenta. La trataba bien, le prometió algunos regalos. De hecho, le regaló un pequeño colgante. Un corazón de oro atravesado por una flecha.

Alex seguía impasible. Recordaba que habían encontrado una cadena rota enredada en una mano del cadáver de Angie, al igual que había sucedido con la primera víctima. Aquel leve detalle había escapado a la atención de la prensa.

-Lo llevaba constantemente... según Rosalie -continuó Bess-. También me dijo que Mary Rodell había tenido uno exactamente igual. Era la otra víctima, ¿verdad? -le preguntó a Alex-. Por lo menos lo tenía la última vez que Rosalie la vio viva.

-¿Ah, sí?

Bess se sintió decepcionada al ver el escaso entusiasmo con que parecía acoger aquella información.

-Todavía hay algo más -mordió una rosquilla-. Angie llamaba a aquel tipo «Jack», le comentó a Rosalie que era un verdadero caballero, y que estaba como un... se interrumpió, aclarándose la garganta, pero un brillo de humor asomó a sus ojos-. Bueno, las mujeres tenemos expresiones muy gráficas cuando se trata de describir a los hombres.

-Entiendo.

-Tenía una cicatriz.

-¿Dónde?

-En la cadera, al parecer. Angie le dijo a Rosalie que se molestó mucho cuando le preguntó por ella. Eso es todo lo que me comentó, Alexi, pero dada la coincidencia de los colgantes, pensé que debía hablarte de ese tipo.

-Eso nunca está de más -repuso Alex, sonriendo; su cerebro estaba trabajando a toda velocidad-. Intentaremos seguir esa pista -se pasó una mano por el pelo-. Hazte un favor a ti misma y no le digas a Rosalie que me has contado todo esto.

-Puedo pecar de ingenua, detective, pero no de tonta. Rosalie piensa que tienes un trasero estupendo... pero para ella sigues siendo un poli.

-No creo que me guste mucho hablar de mi anatomía con una...

-Amiga -se apresuró a terminar por él, arqueando una ceja con expresión de advertencia-. Ah, estuve comiendo con tu hermana. Y hablando de tu mal carácter.

-Algo he oído -le robó una rosquilla-. Estudiaste en Radcliffe, ¿eh?

-¿Y?

-Y nada. ¿Quieres salir a bailar conmigo? Casi un segundo tardó Bess en debatir consigo misma.

-De acuerdo. ¿Esta noche?

-Hoy no puedo. ¿Mañana?

Para Bess, eso significaba cancelar la cena en Le Cirque con L.D. Strater. Tampoco se lo pensó dos veces.

-Bien. ¿Por qué no te pasas por aquí...? -miró su reloj, abrió mucho los ojos y exclamó-: ¡Maldita sea! Voy a llegar tarde. Le deberé a Lori veinte dólares si me retraso una vez más en este mes -empezó a empujar a Alex fuera de la cocina-. Y todo por culpa tuya. Lárgate, que voy a vestirme.

-Dado que ya vas a llegar tarde de todas formas... -incluso mientras se dejaba empujar hacia la puerta, se las arregló para atraerla hacia sí-... yo puedo hacer que llegues mucho más tarde.

-Ni hablar. Fuera

-Ya has perdido veinte minutos. Solo te estoy pidiendo que rentabilices convenientemente ese tiempo de retraso...

-No sé si podré resistirme a ese argumento tan increíblemente romántico, pero de alguna forma creo que encontraré la fuerza necesaria para ello.

-¿Quieres romanticismo? -la miró con los ojos brillantes, ya a punto de salir-. Mañana por la noche lo tendrás. Ya veremos si te sigues resistiendo.

Después de pasarse la mayor parte de la mañana en los tribunales, esperando comparecer a juicio por una denuncia de registro ilegal, Alex volvió a la comisaría para encontrarse a su compañero ocupado con el papeleo de un caso.

-El jefe quiere verte -lo informó Judd mientras devoraba una barra de chocolate.

-Vale -Alex se quitó la cazadora y la corbata, que se había puesto solo para asistir al juicio. Con su mano libre, revisó el fajo de mensajes que tenía.

-Creo que quería verte «de inmediato» -apuntó Judd.

-Ya -al pasar al lado del escritorio de su compañero, echó un vistazo al informe que estaba redactando-. «Aprehender» lleva una hache, Einstein.

-¿Seguro?

-Fíate de mí -atravesó la sala y llamó a la puerta del capitán Trilwater.

-Adelante.

Trilwalter alzó la mirada. Si a menudo Alex se creía desbordado por el papeleo, aquello no era nada comparado con lo que tenía el capitán sobre su mesa. Aquellas carpetas abiertas y fajos de informes le daban una apariencia de contable de banco, más que de policía, con sus gafas de leer en la punta de su larga y afilada nariz, su calva incipiente y el impecable nudo de su corbata.

Pero Alex no se engañaba. Trilwalter era un policía de los pies a la cabeza, y en aquel momento habría estado en las calles si una bala no le hubiera perforado el pulmón izquierdo.

-¿Deseaba verme, capitán?

-Stanislaski -Trilwater le indicó que se acercara. Recostándose en su sillón, con las manos entrelazadas sobre su vientre plano, le preguntó frunciendo el ceño-: ¿Qué diablos es todo eso de los culebrones?

-¿Perdón?

-Culebrones -repitió-. Acabo de recibir una llamada del alcalde.

-¿El alcalde le ha llamado para hablar de culebrones?

-Parece confundido, detective -una de sus escasas sonrisas afloró a sus labios-. Veamos. ¿El nombre de McNee no le dice nada?

-Oh, vaya... -Alex cerró los ojos por un instante.

-Sí que le suena, ¿verdad?

-Sí, señor. La señorita McNee y yo mantenemos... cierto tipo de relación.

-No estoy interesado en sus relaciones personales, sean del tipo que sean. A no ser que se mezclen con mi trabajo.

-Cuando la arresté...

-¿Que la arrestó? —Trilwater alzó una mano mientras se quitaba las gafas. Lenta, metódicamente, se frotó el puente de la nariz-. No creo que tenga que saber eso. No lo creo.

A pesar de sí mismo, Alex empezó a encontrar cómica aquella situación.

-Verá, capitán. Bess suele suscitar en la gente el tipo de reacción que ahora mismo está teniendo usted.

-¿Es escritora?

-Sí, señor. Guionista de *Secretos pecados.*

-*Secretos pecados.* Al parecer el alcalde es un gran admirador de esa serie. Y un viejo amigo de esa Bess McNee.

Alex se calló discretamente mientras Trilwater se levantaba para acercarse a la máquina de café y servirse una taza.

-El alcalde me ha pedido que a la señorita McNee se le permita ser testigo de un día de su vida, detective.

Alex soltó un comentario tan brusco como gráfico. Trilwater asintió con la cabeza.

-Eso fue lo mismo que pensé yo. Sin embargo, mancharnos con la política es uno de los gajes de nuestro oficio. Usted pierde, detective.

-Capitán, estamos próximos a resolver ese robo en Lexington. Tengo una nueva pista sobre el asesino de prostitutas y un mensaje en mi escritorio de un confidente que podría tener una información fundamental. ¿Cómo se supone que voy a trabajar con una tarambana al lado?

-¿Esa tarambana es la misma mujer con la que mantiene... cierta relación?

Alex sibrió la boca, pero en seguida la volvió a cerrar. ¿Cómo podría describirle a Bess?

-Mire, capitán, ya he aceptado hablar con McNee sobre mi trabajo como policía, asesorarla sobre unas inquietudes que tiene. Nada de proporcionarle información específica, claro. Pero lo último que desearía en el mundo sería tenerla al lado mientras trabajo y...

-Un día de su vida, Stanislaski -lo interrumpió Trilwater, sonriendo-. El lunes que viene, para ser exactos.

-Capitán...

-Arréglelo como pueda. Y haga todo lo posible para que esa mujer no se meta en problemas.

Alex volvió a su escritorio, derrotado. Todavía estaba maldiciendo entre dientes cuando Judd se le acercó con dos vasos de café.

-¿Problemas?

-¿Mujeres? -respondió Alex.

-Hablando de mujeres... -como llevaba toda la mañana esperando aquella oportunidad, se sentó en la esquina del escritorio de su compañero-... ¿Sabías que Bess estuvo comprometida con L.D.Strater?

-¿Qué? -alzó bruscamente la cabeza.

-Lo que has oído. Una de las compañeras de Holly, que siempre está leyendo revistas del corazón, se lo dijo el otro día. Strater y Bess estuvieron juntos hasta hace solo unos meses.

-¿Ah, sí? -Alex recordó que habían estado bailado juntos en la fiesta que Bess dio en su casa. Esbozó una amarga mueca mientras levantaba su vaso.

-Fue una aventura muy apasionada... según mis fuentes. Y, antes de eso, estuvo comprometida con Charles Stutman.

-¿Quién diablos es ese?

-Stutman, el dramaturgo. Ahora está estrenando una obra en Broadway, *Dust to dust.* Holly tiene muchas ganas de verla. Pensé que quizá podría pedirle a Bess que le consiguiera un par de entradas.

El sonido que emitió Alex no fue ni de asentimiento ni de negativa. Fue más bien un gruñido.

-También estuvo comprometida con George Collaway, el hijo del editor. De eso hace más de tres años. No prosperó porque él se casó con otra mujer.

-Esa amiga de Holly está muy bien informada.

-Desde luego. Ah, y Holly se quedó anonadada al enterarse de que Bess era la hija de Roger K. McNee. Ya sabes, el de la cámara.

-¿El de la cámara? -repitió Alex, sintiendo un creciente nudo de tensión en el centro del estómago-. ¿La McNee-Holden?

-Sí. La primera cámara de fotos que me compré en mi vida era una Holden 500. Y la marca de las películas que siempre he utilizado también es suya. Bueno, yo no, el departamento. Bien —se irguió-. Si tienes oportunidad, tal vez puedas pedirle a Bess que te consiga esas entradas. Holly se pondría muy contenta.

«McNee-Holden»: ese nombre resonaba una y otra vez en la mente de Alex por encima del ruido ambiente de la comisaría. Por el amor de Dios, si él mismo poseía una de aquellas cámaras... y había comprado cientos y cientos de metros de película de esa marca. La misma que utilizaba el departamento de policía. Y seguramente también la NASA... Bess era como una caja de sorpresas!

Así que era rica. Enormemente rica. Recogió sus mensajes, diciéndose que aquel dato no podía ser tan importante. Si lo hubiera sido, ¿acaso no se lo habría dicho ella misma?

«Comprometida», pensó, frunciendo el ceño. Tres veces comprometida. Encogiéndose de hombros, descolgó el teléfono. Aquello no era asunto suyo, se recordó mientras marcaba el número. Aunque hubiera estado casada tres veces, aquello no habría sido asunto suyo. Iba a llevarla a bailar, y no a salir de luna de miel con ella.

Pero sabía que transcurriría mucho tiempo antes de que pudiera desterrarla a un rincón de su cerebro y seguir adelante con su trabajo.

Bess se miró en el espejo, con expresión satisfecha. El ajustado vestido de seda resaltaba cada curva de su cuerpo llegando hasta medio muslo. Sobre el talle sencillo, sin tirantes, llevaba una corta chaquetilla color fucsia. Después de calzarse los zapatos de tacón de aguja, se atusó el peinado por última vez. Se sentía como si estuviera bailando por dentro, de pura felicidad.

Cuando sonó el zumbido del portero automático, sonrió. Un policía siempre llegaba a tiempo. Recogió su bolso y se apresuró a pulsar el botón.

-Espera, que ahora bajo.

Lo encontró en el portal, impecable con sus pantalones grises y su camisa azul marino. Llevaba las manos en los bolsillos de la cazadora.

-Hola -le dio un beso ligero, y lo tomó del brazo-. ¿Y bien? ¿A dónde vamos?

-Al centro -respondió, lacónico, y se dispuso a parar un taxi.

No pudo complacerla más con el tipo de club nocturno, ruidoso y atestado de gente, que escogió. La música era alta, todo el mundo estaba bailando. Se acercaron a la barra para esperar a que se quedara libre alguna mesa.

-Vodka con hielo -pidió Alex, alzando la voz para hacerse oír.

-Que sean dos -decidió Bess, y le sonrió-. Creo que ya he estado aquí antes, hace unos meses.

-No me sorprendería -«no es asunto mío», se recordó Alex por enésima vez. Ni sus antecedentes familiares, ni los hombres que había habido en su vida eran asunto suyo. En absoluto-. Aunque no parece el tipo de local al que te llevaría un tipo como Strater.

-¿Te refieres a L.D.? -un brillo de diversión apareció en sus ojos-. Oh, este no es su estilo. Me encanta ver bailar a la gente, ¿a ti no? Es una de las pocas formas de exhibicionismo consentidas en este país -aceptó agradecida la copa que le tendió Alex-. Mira a ese tipo de allí -señaló con su vaso a un hombre que se estaba pavoneando en la pista, los pulgares enganchados en el cinturón, contoneando las caderas-. Es un espécimen clásico de macho humano atrayendo a las hembras con el rito del baile...

-¿Salías con frecuencia a bailar con Stutman? -le preguntó Alex, sin que pudiera evitarlo.

-¿Con Charlie? -tomó un sorbo de vodka-. La verdad es que no. Le iba mucho más quedarse sentado en algún local lleno de humo, disfrutando de la música de *jazz* -seguía contemplando a la multitud que llenaba la sala cuando se fijó en un hombre vestido con una cazadora negra. El tipo arqueó una ceja y se dirigió hacia ella. Pero bastó una sola mirada de Alex para que se desviara de su camino.

-Vaya -se rio Bess-. Parece que lo has colocado en su sitio. ¿Has nacido con ese talento o es algo que has desarrollado con los años?

Alex le quitó la copa de la mano y la dejó sobre la barra.

-Bailemos.

Siempre deseosa de bailar, Bess se dejó llevar hacia la pista. Pero en vez de bailar separados, Alex no perdió el tiempo y la atrajo hacia sí.

-Qué bien -sonriendo, Bess le echó los brazos al cuello-. Ya veo por qué te gusta tanto llevar la iniciativa, detective.

-Creo recordar que te prometí romanticismo-le acarició una mejilla con los labios.

-Sí -cerró los ojos, suspirando-. Es verdad.

-Aunque no estoy muy seguro de lo que una mujer como tú pueda entender por romanticismo.

-Este es un buen comienzo...

-Resulta difícil... -la apartó levemente-... resulta difícil para un poli competir con magnates y grandes autores teatrales.

-¿De qué estás hablando? -le preguntó Bess con voz débil, aturdida de deseo.

-De un par de prometidos tuyos.

-¿Qué pasa con ellos?

-Ya me estaba preguntando si alguna vez me mencionarías su existencia. Eso, o el hecho de que tu padre dirige una de las mayores corporaciones del país. O el pequeño detalle de que seas tan amiga del alcalde, como él mismo se ocupó de señalarle a mi capitán.

No habían dejado de bailar mientras él hablaba, pero Bess podía ya reconocer un brillo de furia en sus ojos.

-¿Quieres que te hable de todos ellos en conjunto, o por separado?

-¿Por qué no empezamos por el alcalde? Creo que no tenías derecho a hacer lo que hiciste.

-Yo no le pedí que llamara, Alexi -respondió, escogiendo cuidadosamente las palabras-. Estábamos cenando juntos y...

-¿Sueles cenar con el alcalde?

-Es un viejo amigo de la familia -explicó, paciente-. Le estaba hablando de la gran ayuda que me estabas prestando, cuando una cosa llevó a la otra. Hasta que no lo hubo hecho, no supe que había llamado a tu capitán. Admito que me gustó la idea, pero si eso te ha causado algún problema, lo siento...

-Estupendo.

-Mi trabajo es tan importante para mí como lo es el tuyo para ti -le espetó Bess, procurando contener su irritación-. Si lo prefieres, podría pasar el lunes con otro policía...

-Pasarás el lunes donde yo no te pierda de vista en ningún momento.

-Vaya. Discúlpame -se liberó de sus brazos y se abrió paso entre la multitud hacia el tocador. Entró en la pequeña habitación, ignorando a las dos mujeres que se estaban retocando los labios ante el espejo. Tuvo que recordarse que perder del todo la paciencia no la conduciría a ningún sitio. Lo mejor era mantener la calma y manejar aquella situación con frialdad.

Cuando estaba casi segura de que podría lograrlo, volvió a salir. Alex la estaba esperando. Tomándola del brazo, la llevó a una mesa situada en el otro extremo de la sala, donde podrían hablar sin tener que gritar.

-Creo que deberíamos irnos. No tiene sentido que nos quedemos cuando estás tan enfadado conmigo -empezó a decir Bess, pero él simplemente le sacó una silla.

-Siéntate. Se sentó.

-¿Cuándo pensabas contarme lo de tu familia?

-No sé por qué te molesta tanto eso -replicó-. Al fin y al cabo, esta solo es la segunda vez que salimos juntos.

-Sabes perfectamente que hay algo más entre nosotros que un par de citas.

-De acuerdo, sí. Es verdad -levantó su copa, pero de inmediato volvió a dejarla sobre la mesa, sin tocarla-. Sin embargo, no se trata de eso. Te estás comportando como si te hubiera escondido deliberadamente algo, o incluso mentido. Y eso no es cierto.

-Bueno, pues entonces acláramelo tú.

-¿Qué pasa? ¿Me estás sometiendo a un interrogatorio? -obtuvo cierta perversa satisfacción al ver que entrecerraba los ojos, molesto por su comentario-. De acuerdo, detective, satisfaré tu curiosidad. Mi familia posee la empresa McNee-Holden, la cual, desde su fundación en 1873, se ha dedicado a la producción de cámaras y películas fotográficas, filmes, programas de televisión por cable, por satélite, y todo tipo de cosas. ¿Deseas que te envíe un catálogo?

-No te pases de lista.

-Bien. Mi padre dirige la compañía, y mi madre colabora con él. Yo soy su única hija, nacida cuando ellos eran ya mayores. Mi padre se llama Roger, y le encanta el polo. El nombre de mi madre es Susan, nada de Sue o de Susie, y ella prefiere una buena partida de *bridge* al polo. ¿Qué más te gustaría saber?

A pesar de su irritación, Alex ardía de ganas de tomarle una mano y reconfortarla de alguna forma.

-Maldita sea, Bess, esto no es un interrogatorio.

-¿Ah, no? Permíteme ponértelo fácil, Alexi. Nací en Nueva York, pasé mi primera infancia en nuestra propiedad de Long Island, al cuidado de una niñera muy británica con la que estuve muy encariñada, antes de que me enviaran a un internado. El cual detestaba, por cierto. Esta medida, sin embargo, dejó a mi madre en libertad para apoyar las obras benéficas más honorables, y a mi padre para dedicarse de lleno a su trabajo. No estábamos muy unidos. De cuando en cuando viajábamos juntos, pero yo era una niña poco agraciada y nada tratable, a la que generalmente mis padres dejaban a cargo de los sirvientes de la familia.

-Bess...

-No he terminado -lo miró airada, con los ojos brillantes-. Esta no es la típica historia de la pobre niña rica, Alexi. Yo no fui desgraciada, ni tampoco me sentí abandonada, o desatendida. Dado que no tenía en común con mis padres más de lo que ellos tenían en común conmigo, yo me sentía contenta llevando esa vida. Ellos no se metían en mis asuntos, y nos llevábamos muy bien. Porque yo prefiero arreglármelas a mi modo, y no ir por ahí proclamando a los cuatro vientos que soy la hija de Roger MacNee. Tampoco lo escondo, claro, porque de otra manera me habría cambiado el apellido. ¿Satisfecho?

Alex le tomó una mano antes de que ella pudiera levantarse. Su voz había vuelto a adoptar un tono suave. Demasiado suave para que Bess se resistiera.

-Yo solo quería saber quién eras. Siento cosas por ti, por eso quería saberlo...

Lentamente, la mano de Bess se relajó bajo la suya. El anterior brillo de hostilidad desapareció de sus ojos.

-Comprendo que para alguien con tus antecedentes, el origen o la tradición familiar sean algo importante, o formen parte de la propia persona. Pero para mí no.

-De dónde procedas no significa nada, Bess.

-Significa mucho más lo que eres o no eres. ¿A qué se dedica tu padre, Alexi?

-Es carpintero.

-¿Y por qué no trabajas tú de carpintero?

-Porque no era eso lo que quería -tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras la observaba-. Tienes razón -reconoció-. Mira, lamento haberte preguntado eso. Lo que pasa es que resultó muy violento enterarme de todo eso por Judd.

-¿Por Judd?

-Sí. Él lo supo por Holly, que a su vez se enteró por una compañera de colegio aficionada a las revistas del corazón -incluso mientras lo decía, aquello le pareció ridículo. Sonrió.

-¿Lo ves? -ya más relajada, se inclinó hacia él-. La vida es realmente como un culebrón.

-Por lo que parece, la tuya sí. ¿ *Tres* ex-prometi-dos?

-Eso depende de cómo hagas la cuenta -tomó la mano de Alex, porque le gustaba sentir el contacto de su mano en la suya-. No estuve comprometida con L.D. El me regaló un anillo, y no tuve corazón para decirle que era demasiado ostentoso. Pero nunca hablamos de matrimonio.

-¿Uno de los diez hombres más ricos del país te regaló un anillo ostentoso, pero no hablasteis de matrimonio?

-Exacto. Es un hombre muy bueno... un poco pretencioso, a veces, pero... ¿quién no lo sería con tantísima gente dispuesta a arrastrarse ante él? Oye, ¿no podríamos pedir unas patatas fritas o algo para picar?

-Claro -Alex le hizo una seña a la camarera-. Entonces tú no querías casarte con él...

-Nunca pensé en ello -dado que él se lo había preguntado, se planteó ella misma la pregunta-. No, creo que a mí no me habría gustado mucho. Y a él tampoco. L.D. me encuentra divertida y nada convencional. La vida de un magnate no es precisamente muy divertida, ¿sabes?

-Si tú lo dices...

-L.D. habría preferido un tipo de mujer distinta como esposa -picó una patata frita cuando la camarera les sirvió el plato que había pedido Alex-. Disfruté estando enamorada de él durante unas pocas semanas, pero no fue el romance del siglo.

-¿Qué hay acerca del otro, el dramaturgo?

-Charlie -en esa ocasión una expresión de nostalgia asomó a sus ojos-. Realmente estaba enamorada de Charlie. Es una persona tan interesada por la gente, por sus sentimientos, por sus motivaciones... Lo esencial de Charlie es que es bueno. Es profundamente bueno. Demasiado para mí. Mira, si yo me conformo con afiliarme a Greenpeace, Charlie vuela a Alaska para ayudar a limpiar los vertidos de petróleo. Es un hombre comprometido con las buenas causas. Es por eso por lo qué Gabrielle es perfecta para él.

-¿Gabrielle?

-Su esposa. Se conocieron en una acción en defensa de las ballenas. Llevan ya casi dos años casados.

-¿Estuviste comprometida con un hombre casado? -le preguntó Alex, decidido a llegar hasta el final.

-No -respondió, ofendida-. Por supuesto que no-. Charlie se casó después de que nos comprometiéramos... es decir, después de que rompiéramos nuestro compromiso. Charlie jamás engañaría a Gabrielle. Es demasiado decente.

-Perdona. Ha sido un malentendido -pensó en cambiar de tema de conversación, pero lo cierto era que aquel le resultaba demasiado fascinante-. ¿Y George? ¿Estuvo entre Charlie y Strater?

-No, George estuvo antes que Charlie y después de Troy. De eso hace mucho tiempo. Prácticamente como si me hubiera ocurrido en otra vida.

-¿Troy? ¿Es que hubo un cuarto?

-Ah, ¿no sabes nada de Troy? -apoyó la barbilla en una mano, mirándolo con fijeza-. Supongo que tu fuente de in formación no retrocedió lo suficiente en el tiempo. Lo de Troy ocurrió cuando estudiaba en la universidad, y no estuvimos mucho tiempo comprometidos: solo un par de semanas. Eso apenas cuenta.

-Ya, apenas -Alex volvió a tomar su copa.

-En cualquier caso, lo de George fue un error... aunque yo jamás lo reconocí delante de Lori.

-¿Que lo de George fue un error? ¿Y lo de los otros no?

-No -Bess sacudió la cabeza-. Fueron experiencias de aprendizaje. Pero George, bueno..-, fui un poquito dura con él. Me daba mucha pena, porque estaba seguro de tener una enfermedad terminal, y desde que era niño se encontraba en tratamiento. Nunca debimos haber

rebasado el estadio de la simple amistad. Me sentí inmensamente aliviada cuando decidió casarse con Nancy, en lugar de conmigo.

-¿Es que esto de comprometerse es para ti como una especie de *hobby?* -preguntó Alex al cabo de un momento.

-No, la gente planifica los *hobbies.* Yo nunca planifiqué quedarme enamorada. Eso ocurre y ya está -esbozó una sonrisa tan divertida como tolerante-. Una se siente bien, y cuando pasa, nadie resulta herido. No es algo sexual, como con Vicki. Vicki va de hombre en hombre, siempre en busca de esa sensación de poder sexual que eso le da. Sé que la mayor parte de la gente piensa que si tienes una relación con un hombre, y sobre todo si estás comprometida, por fuerza tienes que acostarte con él. Pero eso no es siempre verdad.

-¿Y si no estás comprometida con él? Como la pregunta lo exigía, lo miró fijamente a los ojos.

-Cada situación tiene sus propias reglas. Y todavía no conozco las de la relación que tengo contigo.

-Las cosas pueden ponerse serias.

Bess sintió una ligera opresión en el corazón.

-Siempre cabe esa posibilidad.

-Ahora mismo son lo suficientemente serias como para que te pregunte si te estás viendo con alguien más.

Bess sabía que estaba sucediendo otra vez. Nunca había sabido prever en qué momento aquella extraña e indolora sensación se iba convirtiendo poco a poco en amor.

-¿Es una pregunta, o me estás pidiendo que no lo haga?

Quien sí estaba sufriendo era Alex. Aquello era aterrador. Con el resto de fuerza de voluntad que le quedaba, se acercó peligrosamente a aquel abismo.

-Te estoy pidiendo que no lo hagas. Y te estoy diciendo también que no quiero que haya nadie más. Ni siquiera se me podría ocurrir esa posibilidad.

Bess lo miró con cálida expresión mientras se acercaba para acariciarle los labios con los suyos.

-No hay nadie más.

Alex le puso una mano en la mejilla para prolongar el beso durante unos segundos. Incluso mientras la besaba, se preguntó cuántos hombres más la habrían oído pronunciar aquellas mismas palabras.

Pero de inmediato se dijo que era un idiota celoso. Con un esfuerzo, procuró tranquilizarse. Incorporándose, la ayudó a hacer lo mismo.

-Se supone que deberíamos estar bailando.

-Es verdad. Alexi -deleitada con aquel sentimiento de amor que parecía envolverla por dentro, abrigándole el corazón, le acunó el rostro entre las manos.

-¿Qué?

-Solo te estoy mirando. Quiero asegurarme de que ya no estás enfadado conmigo.

-No estoy enfadado contigo -y, para demostrárselo, la besó en la punta de la nariz.

«No, no está furioso», se dijo Bess, buscando su mirada. Pero había algo más oculto allí. Y no lograba identificarlo.

-Mi segundo nombre es Louisa.

-Aja -Alex ladeó la cabeza, con una media sonrisa en los labios.

-Me estoy devanando los sesos intentando descubrir algo más que quieras saber y que no te haya dicho ya -necesitada de su contacto, acercó el rostro al suyo hasta que quedaron mejilla contra mejilla-. De verdad que no tengo más secretos.

Alex le besó el cabello. Dios, ¿qué le estaba haciendo aquella mujer? La atrajo aún más hacia sí, encerrándola dentro del círculo de sus brazos.

-Sé ya todo lo que necesito saber -pronunció con tono suave-. Vamos a tener que inventarnos esas reglas, Bess. Y rápido.

-De acuerdo -no estaba segura de por qué se contenía tanto. Habría sido tan fácil salir a toda prisa de aquel local, regresar a casa y acostarse con él. Su cuerpo lo ansiaba. Pero aun así...

La primera punzada de pánico bastó para refrenar su impulso. Intentó decirse que no sentía miedo. Y tampoco necesitaba analizarse demasiado. Cuando llegara el momento de dar un paso adelante en esa dirección, lo daría. Eso era todo.

-Vamos, detective -sonrió-. Veamos qué tal te desenvuelves en la pista de baile.

Alex se puso a hojear un informe de autopsia particularmente truculento, sobre un presunto asesinato con suicidio incluido, e intentó ignorar el hecho de que Bess se hallaba sentada a su derecha, garabateando en su bloc de notas. No podía haberse mostrado más fiel a su palabra. Aunque tenía tendencia a murmurar de cuando en cuando, hablando consigo misma, desde el primer momento había mantenido el más reservado y respetuoso de los silencios. Y una vez que se había dado cuenta de que Alex no estaba dispuesto a responder a sus preguntas, y mucho menos a registrar su presencia, se las había hecho directamente a Judd.

No podía decir que le estuviera causando problemas. Pero, por supuesto, ella en sí *era* ya un problema. Estaba- allí. Y porque estaba allí, por fuerza tenía que pensar en ella.

Se había vestido discretamente, con un pantalón color hueso y una blusa azul marino. Como si, pensaba Alex, esa ropa de corte conservador pudiera hacerla pasar desapercibida ante sus ojos. Algo imposible, cuando era constantemente consciente de su presencia. Podía olería, por ejemplo. Aquel fresco y seductor perfume suyo llevaba torturándole los sentidos durante toda la mañana. Y también podía sentirla. No necesitaba poseer el instinto de un policía para saber que se encontraba detrás de él, para imaginarse aquellos enormes ojos verdes siguiendo hasta el menor de sus movimientos.

«Es tan condenadamente atractivo... «, estaba pensando Bess mientras sonreía para sus adentros. Disfrutaba viéndolo trabajar, incluida la manera que tenía de pasarse una mano por el pelo cuando reflexionaba sobre algo. O de cambiarse el teléfono de una mano a otra mientras tomaba notas.

Le encantaba especialmente la forma en que movía los hombros, tenso e inquieto, cuando llegaba a ser demasiado consciente de su presencia. En aquel instante sintió el terrible impulso de plantarle un beso en la nuca... y ver lo que estaba leyendo. Al cabo de un par de minutos, ya no pudo aguantar más, se levantó y se detuvo para echar un vistazo por encima de su hombro.

Alex se vio obligado a admitir que Bess estaba cooperando al máximo. Lo cual solo empeoraba las cosas. Quería que se marchara. ¿Cómo podía explicarle que le resultaba imposible concentrarse en su trabajo...cuando la mujer de la que había empezado a enamorarse lo estaba mirando mientras leía el informe de una autopsia?

-Aquí tienes -Bess le regaló, además de una afable sonrisa, un vaso de café-. Me parece que lo necesitas.

-Gracias -con leche y sin azúcar, advirtió mientras tomaba un sorbo. Se había acordado. ¿Formaría eso parte de su atractivo?, se preguntó-. Debes de estar aburriéndote.

Aprovechando la oportunidad que se le presentaba, Bess se sentó en una esquina de su escritorio.

-¿Por qué?

-No hay mucha acción por aquí -señaló la montaña de papeles que tenía en la mesa. Quizá, solo quizá, podría convencerla de que estaba malgastando su tiempo-. Si pones a tu poli de la tele a hacer esto, no creo que suban tus índices de audiencia.

-Lo que queremos hacer con nuestro policía es mostrar diferentes aspectos de su trabajo -Bess partió una barra de chocolate y le ofreció una mitad-. Como el hecho de que tendrá que concentrarse y enfrentarse con semejante papeleo en medio de todo este caos.

-¿Qué caos? –le preguntó Alex.

Bess se sonrió. Él ni siquiera lo oía, pero allí estaba: el ruido, el movimiento, el trasiego de gente. Docenas de pequeños dramas habían tenido lugar aquella misma mañana, y todos la habían fascinado.

-Es esta atmósfera -explicó-. Lo que pasa es que tú ya has dejado de notarla para pasar a formar parte de ella. Es algo muy interesante de ver. Además, me he fijado en que eres una persona muy organizada -añadió, chupándose el chocolate de un dedo--: No-como Judd, que en apariencia parece más ordenado que tú. Y sin embargo sabes exactamente dónde encontrar lo que estás buscando en el momento adecuado.

-Detesto que me estudien así mientras trabajo-con un manotazo, le apartó la mano del informe de autopsia que seguía hojeando.

-Lo sé -en absoluto ofendida, sonrió. Y se inclinó todavía más hacia él.

Alex descubrió en sus ojos algo más allá del humor. No estaba seguro de haber visto antes alguna vez, en la expresión de alguien, aquella mezcla de deseo y diversión. Una combinación que podía inflamarle la sangre a cualquier hombre.

-Pareces muy sexy resolviendo todo este papeleo -agregó Bess-, con tu pistola en la sobaquera, despeinado de tantas veces como te has pasado la mano por el pelo... Y con esa peligrosa mirada en los ojos... Avergonzado, Alex se removió en su silla.

-Déjalo ya, McNee.

-Me gusta el oscuro e intenso brillo de tus ojos cuando te pones a suministrar alguna información fundamental por teléfono.

-Por lo que sabes, lo mismo podría estar telefoneando a la tintorería.

-Oh-oh -le quitó su vaso de café y apuró el resto -. Dime una cosa, Alexi. ¿Te disgusta que esté yo aquí, o solamente te pongo nervioso?

-Ambas cosas -se levantó. Había algo que tenía que hacer en otro lugar.

-Eso mismo había pensado yo -enganchó un dedo en la correa de su sobaquera. No tenía miedo del arma que portaba. De hecho, contaba con que algún día le permitiría tocarla, saber lo que se sentía al tenerla en la mano-. ¿Sabes una cosa? A estas alturas del día, no me has besado ni una sola vez.

-No voy a besarte. Aquí, quiero decir.

-¿Por qué no? -le preguntó, desafiante.

-Porque la próxima vez que te bese... -observándola, deslizó sensualmente una mano por su cuello, hasta borrarle aquella engreída sonrisa de la cara-... que te bese de verdad, estaremos absolutamente solos tú y yo. Y no dejaré de besarte, y de hacerte todo tipo de cosas, hasta haber acabado con todas y cada una de nuestras reglas.

¿Era eso lo que quería ella realmente?, se preguntó Bess. Pensaba que sí. En aquel preciso instante, cuando la piel le ardía allí donde se posaban los dedos de Alex, pensaba que era exactamente eso lo que deseaba. Pero había algo más, una compleja mezcla de anhelo y de miedo, algo tan insólito que la hizo retroceder.

-¿Qué te pasa, McNee? -deleitado por su reacción, deslizó la mano todo a lo largo de su hombro y dejó de tocarla-. Ahora... ¿quién está poniendo nervioso a quién?

-Se supone que deberíamos estar trabajando -le recordó-. Y no poniéndonos nerviosos el uno al otro.

-Stanilaski.

Alex miró por última vez a Bess antes de prestar atención a Trilwater, que había aparecido detrás de ella.

-Siento interrumpir la diversión, pero necesito ese informe.

-Aquí lo tiene -apenas Alex se había vuelto para buscárselo, cuando Bess ya estaba estrechando la mano de su jefe.

-Capitán, me alegro muchísimo de conocerlo. Soy Bess McNee. Quería manifestarle mi agradecimiento por la colaboración que hoy nos está prestando el departamento de policía.

Trilwater frunció el ceño por un momento hasta que, recordando, soltó un suspiro:

-Ah, ya. Usted es la guionista. De culebrones.

-La misma -la radiante sonrisa de Bess consiguió que palideciera hasta la luz de los fluorescentes de la oficina-. Me preguntaba si... ¿podría concederme solo unos minutos? Sé que está muy ocupado, pero no lo entretendré demasiado...

-De acuerdo. Pase por favor a mi despacho, señorita McNee.

-Muchas gracias -mientras seguía a Trilwater, se volvió para lanzarle a Alex una sonrisa triunfal.

-¿Vas a dejarla entrar allí sola? -murmuró Judd.

-Sí -Alex contuvo una carcajada-. Oh, desde luego que sí. Y voy a disfrutar.

Diez minutos después, Alex se sorprendió al oír unas carcajadas procedentes del despacho de su capitán. Al girar su sillón, vio a Trilwater acompañando a Bess hasta la puerta. Los dos seguían riendo como dos viejos amigos que acabaran de compartir un chiste especialmente cómico.

-Me acordaré siempre de ese chiste, Bess.

-No se lo cuente todavía al alcalde.

-Tranquila -sin dejar de sonreír, se dirigió a Alex-. Detective, hágase cargo de la señorita McNee. Asegúrese de conseguirle todo lo que necesite.

-Sí, señor -miró a Bess, que a su vez adoptó una expresión tan inocente como un arma recién disparada-. Tengo intención de cumplir escrupulosamente con ese mandato.

Bess se despidió afectuosamente de Trilwater.

-Gracias otra vez, Donald.

-Ha sido un placer. De verdad.

-¿Donald? -le preguntó Alex una vez seguro de que su capitán ya no podía oírlos.

-Sí. Así es como se llama.

-¿Qué diablos habéis hecho ahí dentro?

-Hablar, por supuesto.

Al mirar hacia atrás, Alex advirtió que algunos de sus compañeros estaban intercambiando dinero. Habían estado apostando. Y la mayoría habían apostado a favor de que el viejo Trilwater devoraría a la joven escritora. Habían perdido, por supuesto.

-Siéntate y quédate callada -le ordenó-. Tengo trabajo que hacer.

-Por supuesto.

Antes de que ella pudiera tomar asiento, sonó el teléfono.

-Stanislaski. Sí -escuchó por un instante, y luego sacó su bloc para anotar algo-. Sí, te oigo. Ya sabes cómo funciona esto, Boomer. Depende de lo que merezca la pena. Sí, hablaremos. Estaré allí. A las diez.

Cuando Alex colgó el teléfono y recogió su cazadora, Bess ya estaba de pie detrás de él.

-¿Qué pasa?

-Tengo que ir a un sitio. Judd, vamos.

-Voy contigo -pronunció Bess.

Alex ni siquiera miró hacia atrás mientras salía.

-Olvídalo.

-Voy contigo -repitió, agarrándolo de un brazo-. Ese era el trato.

Se sorprendió cuando intentó liberarse y ella no se lo permitió. Advirtió que tenía mucha fuerza.

-Yo no he hecho ningún trato.

-Pero tu capitán sí. Un día en la vida de un policía, ¿recuerdas?

-De acuerdo -aceptó, frustrado-. Pero te quedarás en el coche. No quiero que me asustes al confidente.

-¿Quieres que conduzca yo? -se ofreció Judd, de camino al garaje.

-No.

La respuesta de Alex, clara y rotunda, no admitía discusión. Judd miró a Bess encogiéndose de hombros, como disculpándose. Luego, como Alex no parecía dispuesto a hacerlo, le abrió la puerta trasera del coche.

-¿A dónde vamos? -preguntó Bess, decidida a ser agradable.

-Al infierno -le espetó Alex, saliendo del garaje.

-Suena fascinante -repuso. No mentía.

Bess no creía haber estado nunca en aquella zona de la ciudad. Las ventanas de numerosas tiendas estaban protegidas con tablas claveteadas. Las que seguían abiertas tenían un aspecto tétrico, repulsivo. La gente caminaba por la calle con prisa, pero a la vez como si no tuvieran ningún lugar a donde ir.

Resultaba extraña la manera en que Alex parecía encajar con aquel entorno. No eran simplemente los vaqueros y la vieja cazadora que llevaba. Era la mirada de sus ojos, la disposición de su cuerpo, la expresión de su boca. Nadie se pararía a mirarlo dos veces. O, si lo hacían, no verían en él a un policía, sino simplemente a otro tipo duro de aquel barrio.

-¿Vamos a detener a alguien? -inquirió Bess.

Alex apenas se volvió para mirarla, maldiciendo entre dientes. Quería deslizarse discretamente en el tugurio de Boomer, y estaba atrapado allí con una pelirroja que creía estar jugando a policías y ladrones. Nada ofendida, Bess exploró la zona. Desde luego, encontrar aparcamiento allí no entrañaba ningún problema. Más bien era al contrario.

Alex detuvo el coche y volvió a jurar en voz baja. No podía dejarla allí, dentro del vehículo. Si los tipos que solían frecuentar aquellas calles la descubrían, estaba seguro de que se la comerían viva.

-Escúchame -se volvió-. Quédate siempre cerca de mí y manten la boca cerrada. Nada de preguntas ni de comentarios.

-Muy bien, ¿pero dónde...?

-Nada de preguntas -salió del coche y la agarró de un brazo para llevarla a la acera-. Si me desobedeces, te juro que te haré picadillo.

-Qué romántico, ¿no? -se dirigió Bess a Judd-. Hasta he sentido escalofríos.

-Ten cuidado, McNee -le advirtió por última vez Alex, reacio a seguirle la broma. Y la hizo entrar en un lóbrego local, a través de una sucia y destartalada puerta.

Los ojos de Bess tardaron unos minutos en acostumbrarse a aquella penumbra. Había una multitud de estantes repletos de todo tipo de artículos: aparatos de radio, marcos de cuadros, utensilios de cocina... Incluso una tuba de orquesta. Una enorme vitrina, medio rota, dominada toda una pared. Un cristal de seguridad se alzaba hasta el techo, con un pequeña ventanilla en el centro, protegida por barrotes.

-Una casa de "empeños -exclamó Bess con un deleite tan obvio que Alex se volvió para mirarla.

-Una palabra más acerca de esta atmósfera y te... Pero ella ya estaba sacando su bloc de notas.

-Adelante, haz lo que tengas que hacer. Ni siquiera te darás cuenta de que estoy aquí.

«Ya», pensó Alex, irónico. ¿Cómo podía alguien no saber que ella estaba allí, con aquel perfume suyo tan sensual que impregnaba el ambiente?

Se acercó al mostrador en el preciso momento en que un hombre flaco, con una camisa blanca, salía de la trastienda.

-Stanislaski.

-Boomer. ¿Qué tienes para mí? Sonriendo, Boomer se pasó una mano por su engominado pelo negro.

-Vamos, ya sabes que a mí siempre me ha gustado colaborar con la ley, pero un hombre tiene que ganarse la vida y...

-Y tú se la quitas a cada pobre diablo que entra por esa puerta.

-Ay, ahora sí que has herido mis sentimientos -un brillo apareció en los ojos azul claro del prestamista-. ¿Novato? -inquirió, señalando a Judd con la cabeza.

-Ya no.

Después de mirar detenidamente a Judd, Boomer se fijó en Bess, que estaba curioseando los artículos expuestos en la vitrina.

-Oh, parece que tengo una cliente. Tendréis que esperar.

-Ella viene conmigo -Alex lo fulminó con la mirada-. Tú simplemente olvídate de que está aquí.

Boomer ya había tasado mentalmente los pendientes de topacio y los anillos que llevaba Bess en la mano derecha. Suspiró, decepcionado.

-Tú mandas, Stanislaski. Pero mira, a mí me gusta la discreción y...

Alex se apoyó en el mostrador con gesto tranquilo, como si estuviera dispuesto a discutir con él durante horas.

-Boomer, si sigues tensando la cuerda, no me vas a dejar más opción que echar un vistazo a eso que tienes guardado en la trastienda.

-Mercancía legal. Solo mercancía legal -sonrió. No se hacía ilusiones con Alex. Sabía que lo detestaba, pero también sabía que los dos habían llegado a una especie de acuerdo, tan ventajoso para uno como para otro-. Tengo algo sobre esas prostitutas a las que despedazaron.

-¿De qué se trata?

Boomer se limitó a sonreír. Y cuando Alex sacó un billete de veinte, prácticamente se lo quitó de las manos.

-Veinte más, si quieres saber lo que tengo que decirte.

-Los tendrás si la información merece la pena.

-Ya sabes que confío en ti -se acercó más a él-. Por ahí se dice que estás buscando a un pez gordo. Se llama Jack.

-Por ahora no estoy nada impresionado.

-Tranquilo, amigo. ¿Te acuerdas de la primera a la que mató? Era una de las mujeres de Big Ed. La reconocí por la foto del periódico. No es que yo hubiera requerido sus servicios, claro está...

-Al grano, Boomer.

-De acuerdo, de acuerdo. He oído que aquellas infortunadas damas estaban en posesión de cierta pieza de joyería...

-Tienes buenos oídos

-Un hombre, en mi posición, oye cosas. Y resulta que ayer se presentó aquí una joven dama con cierta pieza de joyería que quería vender... -abrió un cajón y sacó una fina cadena de oro con un diminuto corazón, atravesado por una flecha. Cuando Alex lo tuvo en la mano, Boomer sacudió la cabeza-. Le di veinte dólares por esto.

Sin decir nada, Alex sacó otro billete de la cartera.

-Me parece a mí que tengo derecho a llevarme algo de beneficio...

-A lo que tienes derecho es a contestar a un montón de preguntas desagradables en comisaría, si te sigues pasando de listo.

Con un encogimiento de hombros, Boomer aceptó el billete por la cadena. En cualquier caso, solo había pagado diez dólares por ella.

-Era prácticamente un niña -añadió-. Dieciocho años, veinte como mucho. Bonita. Rubia, ojos azules, Con un pequeño lunar sobre la ceja izquierda.

-¿Te dejó alguna dirección?

-Bueno...

-Veinte por la dirección, Boomer. Ni un dólar más.

Satisfecho, le dio la dirección de un hotel situado a unas pocas manzanas de distancia.

-Firmó con el nombre de Crystal -agregó, deseando congraciarse con Alex-. Crystal LaRue. Supongo que será inventado.

-Ya lo comprobaremos -le dijo Alex a Judd, y le dio un toquecito en el hombro a Bess, que hasta ese instante había estado aparentemente absorta en la contemplación de una curiosa lámpara de bronce-. Vamos.

- Ahora mismo... -se volvió hacia Boomer, sonriendo-. ¿Cuánto?

-Oh, para usted...

-Olvídalo -Alex ya la estaba empujando hacia la puerta.

-Pero quiero comprarla.

-Es muy fea.

Disgustada por no haber podido adquirir la lámpara, pero satisfecha de poder recordar toda la conversación, Bess suspiró. Una vez de vuelta en el coche, se ocupó de registrar sus impresiones en su cuaderno de notas:

*Tienda abarrotada, muy sucia. Quincalla en su mayor parte. Su propietario, un tipo sórdido. Alexi controlando completamente la transacción, en forma de juego de toma y daca.*

Cuando terminó de escribir, Alex había vuelto a detener el coche en otra parte del barrio.

-Recuerda: las mismas reglas -le advirtió a Bess mientras salían.

-Descuida -apretando los labios, contempló el destartalado hotel. Era de los que alquilaban habitaciones por horas-. ¿Es aquí donde vive ella?

-¿Quién?

-La chica de la que estuvisteis hablando -arqueó una ceja-. Yo también tengo oídos, Alexi.

-Mientras mantengas la boca cerrada...

-No tienes por qué ser tan grosero conmigo -le dijo mientras entraban en el local-. Mira, os invito a comer a los dos. Para hacer las paces.

-Estupendo -exclamó Judd, apresurándose galantemente a abrirle la puerta.

-Tú siempre tan fácil de convencer -le recriminó Alex a su compañero, en un susurro.

-Hey, en algún momento tendremos que comer, ¿no?

Alex se dio de repente cuenta de que detestaba haberla llevado allí. A aquel sucio lugar que olía a basura y a sueños baratos. ¿Cómo podía mostrarse tan poco afectada por aquel ambiente?, se preguntó al tiempo que se acercaba al mostrador de recepción.

-¿Se ha registrado aquí una tal Crystal LaRue?

El recepcionista lo miró por encima del periódico, con absoluta indiferencia. Un cigarrillo sin filtro bailaba en una comisura de sus labios.

-No me pregunte por nombres. Alex le enseñó su placa de policía.

-Rubia, de unos dieciocho años. Guapa. Con un lunar sobre una ceja. Prostituta.

-Tampoco me pregunte por su trabajo -encogiéndose de hombros, volvió a concentrarse en el periódico-. Habitación doscientos doce.

-¿Está dentro?

-No la he visto salir.

Alex y Judd subieron las escaleras, seguidos de Bess. Del otro lado de una de las puertas del primer piso podía oírse una serie de gritos amorosos... mientras un vecino pedía a los dueños de aquellas voces, mediante golpes en la pared, que fueran más discretos. Entre el segundo y el tercer piso, alguien había desparramado en el suelo una bolsa de basura. Que debía de llevar bastante tiempo allí, a juzgar por el hedor.

Alex llamó a la puerta de la doscientos doce y esperó. A la segunda vez que llamó, gritó:

-¡Crystal, necesito hablar contigo!

Después de intercambiar una mirada con Judd, probó a abrir la puerta. El pomo giró fácilmente.

-En un lugar como este, lo lógico habría sido que estuviera cerrada -comentó su compañero.

-Desde luego que sí -Alex desenfundó su pistola, y Judd hizo lo mismo-. Tú quédate en el pasillo -le ordenó a Bess, sin mirarla. Y entraron en la habitación.

Bess hizo exactamente lo que le habían dicho... pero no pudo evitar asomarse para echar un vistazo. Crystal no había salido, y no volvería ya a recorrer las calles. Cuando la puerta se abrió del todo, se quedó mirando aquel cuerpo desmadejado sobre la cama. El olor a sangre impregnaba la habitación.

Muerte. Una muerte violenta. Había escrito, había hablado sobre ello, había visto a actores escenificándola ante las cámaras. Pero nunca había visto la muerte cara a cara. Nunca había visto a ningún ser humano reducido a una cosa inerte. Desde donde estaba oía a Alex maldecir una y otra vez, pero lo único que podía hacer era seguir mirando fijamente aquel cadáver, estupefacta, hasta que alguien se interpuso en la dirección de su mirada.

-Quiero que vayas abajo. Consiguió alzar la mirada hasta sus ojos. La helada furia que vio en ellos la hizo temblar.

-¿Qué?

Alex estuvo a punto de jurar de nuevo. Estaba pálida como la cera, con las pupilas reducidas al tamaño de una cabeza de alfiler.

-Ve abajo, Bess -intentó frotarle los hombros para hacerla entrar en calor, pero sabía que no podía-. ¿Me oyes? -le preguntó con voz muy suave.

-Sí -apretó los labios-. Lo siento. Sí.

-Ve abajo y quédate en el vestíbulo. No digas ni hagas nada hasta que Judd y yo bajemos, ¿de acuerdo? -la sacudió levemente-. ¿De acuerdo?

Soltando un tembloroso suspiro, Bess asintió.

-Es... es tan joven -con un esfuerzo, intentó sobreponerse a la náusea que le subía por la garganta-. Estoy bien. No te preocupes por mí. Estoy bien -repitió, y se volvió para bajar las escaleras.

-Ella no debería haber visto esto -comentó Judd. El mismo también estaba sintiendo náuseas.

-Nadie debería verlo -repuso Alex, y cerró la puerta a su espalda.

Bess aguantó valientemente en el vestíbulo tal y como le habían ordenado, negándose incluso a moverse cuando Judd bajó para ofrecerse a llevarla a su casa. Instalada en una silla, medio escondida en una esquina, asistió al trasiego que acompañaba a toda muerte de aquellas características. Desde su punto aventajado, vio ir y venir al forense y al fotógrafo de la policía, y tuvo tiempo de observar a la gente que se fue congregando en el hotel, haciendo preguntas y comentarios.

Sentía un violento dolor por una chica a la que no había conocido, una furia impotente por aquella vida truncada. Pero se quedó. Y no por su trabajo, sino por Alex.

Estaba furioso con ella. Era comprensible. Cuando Alex y Judd terminaron con todo lo que tenían que hacer en la escena del crimen, subió en silencio al coche. De vuelta en la comisaría, se sentó en la misma silla en la que se había sentado por la mañana.

Pasaron las horas, insoportablemente lentas. En un momento determinado salió para comprarles a Alex y a Judd unos sandwiches. Poco después, Alex entró en otra habitación. Ella lo siguió, todavía callada, y vio un tablón con unas fotografías clavadas con chinchetas. Unas fotografías horribles.

Desvió la mirada, tomó asiento y se dedicó a escuchar mientras Alex y otros detectives comentaban el último asesinato de la investigación en ciernes.

Más tarde, volvió a subir al coche para dirigirse nuevamente a la casa de empeños. Esperó pacientemente mientras Alex interrogaba otra vez a Boomer. Y tuvo que esperar todavía más cuando regresaron de nuevo al motel para entrevistar al recepcionista y a los clientes.

Como ellos, Bess sabía muy poco sobre Crystal LaRue. Su nombre verdadero era Kathy Segal, y había vivido en Wisconsin. Lo pasó mal, muy mal, cuando escuchó a Alex comunicándoles a sus padres la noticia por teléfono. Y también cuando comprendió, por el gesto que puso cuando dio por terminada la conversación, que no les había importado demasiado. Para ellos, era como si su hija ya hubiera estado muerta.

Al parecer, Crystal había ejercido la prostitución por su propia cuenta. Y dos meses después de haberse mudado a aquella pequeña habitación del motel, había muerto allí mismo. Nadie se había enterado. Nadie había querido saber de ella.

A nadie le había importado.

Alex no podía hablar con Bess. Le resultaba imposible. Intolerable. No podía compartir aquella parte de su vida con nadie, al menos con nadie que le importara realmente. Ciertamente su hermana Rachel había vislumbrado algo como abogada que era, pero por lo que se refería a Alex, ese algo ya había sido demasiado. Detestaba recordar la mirada de Bess cuando se quedó clavada allí, en el umbral de la habitación. Ojalá hubiera encontrado la forma de protegerla de aquello, de preservarla contra su propia terquedad.

Pero no la había protegido, aunque era eso precisamente lo que se había jurado hacer por la gente como ella. Y por ella misma, por la mujer que era. Sí, la mujer de la que se había enamorado, a la que había abierto al puerta de su corazón.

Así que no le dirigió la palabra, ni siquiera durante el trayecto de vuelta a su casa. Y, en medio de aquel silencio, su furia no hizo más que crecer. Solo encontró las palabras cuando entró en su apartamento y cerró la puerta a su espalda.

-¿Ya has tenido suficiente?

Bess no estaba de humor para discutir. Sus sentimientos, siempre tan a flor de piel, parecían haber quedado exprimidos por lo que había visto aquel día. Dejaría incluso que le gritara, si era eso lo que necesitaba Alex. Pero estaba cansada, triste. Inmensamente triste.

-Te serviré una copa -le ofreció con tono suave, pero Alex la agarró de un brazo y la hizo volverse.

-¿Lo tienes todo recogido en tus notas? -le preguntó, desahogando su rabia en ella-. ¿Podrás encontrar una forma de usarlas para disparar tus índices de audiencia?

-Lo siento -era lo único que se le ocurría decir-. Alexi, lo siento tanto... -aspiró profundamente-. Quiero un brandy. Te serviré otro a ti.

-Estupendo. Un civilizado brandy es justamente lo que necesitamos.

-No sé lo que quieres que diga -se acercó al mueble bar y llenó dos vasos-. Me disculparé contigo por haber escogido precisamente este día, si es que eso sirve de algo. Ó por haberte

puesto aún más difíciles las cosas con mi presencia -le dejó la copa sobre la mesa, pero Alex no llegó a tocarla-. Ahora mismo, te diría encantada cualquier cosa que desearas oír.

Pero, a pesar de todo lo que Bess le estaba diciendo, Alex no podía superarlo. No podía superar ni aceptar que había sido él quien le había abierto la puerta a una clase de horror que jamás llegaría a olvidar.

-No tenías que haber estado allí. No tenías por qué haber visto aquello. Todo eso pertenece a mi maldito trabajo.

-Lo sé.

Extendió una mano para acariciarle el rostro, pero Alex le sujetó la muñeca, apartándosela, y. le dio la espalda.

- No quiero que te manches con eso. No quiero que eso vuelva a mancharte, ¿entiendes?

-No puedo prometerte algo así -deslizó los brazos en torno a su cintura, y apoyó la mejilla en su espalda. Estaba rígido como el acero-. No si quieres que exista algo entre nosotros.

-Si te lo pido es precisamente porque quiero que exista algo entre nosotros.

-Alexi... -Bess era consciente de que estaba sintiendo demasiadas cosas. Antes siempre le había resultado fácil discernir entre sus propios sentimientos, pero en aquel momento se veía incapaz de hacerlo. Había sido un largo y duro día. Ya habría tiempo para pensar después-. Si lo que quieres es alguien a quien puedas mantener a salvo en un rincón, ese alguien no soy yo. Lo que haces forma parte de lo que eres -cuando Alex se volvió, Bess se apresuró a acariciarle las mejillas, reteniéndolo a su lado-. ¿Quieres que te diga que me sentí conmovida, conmocionada por lo que vi en aquella habitación? Así es. Me conmovió y conmocionó la crueldad de aquel acto, su absurda y terrible gratuidad.

-No debí haberte permitido que me acompañaras. Esa parte de mi vida nunca formará parte de la tuya.

-No, espera -la expresión de tristeza de Bess se convirtió en otra muy distinta, de férrea determinación-. ¿Crees que porque escribo guiones de ficción no sé nada acerca del mundo real? Te equivocas. Lo sé, lo que pasa es que no quiero que eso me abrume. Y sé que eso con lo que tú te enfrentaste hoy, podrá repetirse mañana. Eso o algo peor. Sé también que cada vez que sales por esa puerta, entra dentro de lo posible que no vuelvas más, gracias a tu oficio. Pero tampoco estoy dispuesta a dejarme abrumar por ello. Porque es una realidad que yo no puedo cambiar.

Por un instante Alex se la quedó mirando fijamente sin decir nada. Un centenar de sentimientos diversos parecían batallar en su interior. Luego, lentamente, apoyó la frente contra la suya.

-No sé qué decirte.

-No tenemos por qué decir nada. No necesitamos hablar.

Alex era consciente de lo que Bess le estaba ofreciendo, incluso antes de que lo besara en los labios. Lo deseaba. La deseaba a ella. Más que cualquier otra cosa en el mundo, ansiaba hundirse en ella hasta olvidarse de todo. Enterró los dedos en su pelo.

-Todavía no hemos establecido las reglas.

-Ya nos las inventaremos más adelante -sonrió Bess.

-Te quiero -la atrajo hacia sí-. Necesito estar contigo. Creo que me volvería loco si no pudiera estar contigo esta noche.

-Estoy aquí, contigo. En este mismo momento.

-Me estoy enamorando de ti. Bess sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

-Alexi...

-No -la acalló con un beso-. No digas nada. Solo acuéstate conmigo -enterró el rostro en su cuello-. Por el amor de Dios, déjame que te lleve a la cama.

Dolor. Oh, había leído novelas, poemas; había visto películas sobre ello. Incluso, como guionista, había escrito las escenas. Pero nunca había creído que el amor y el dolor pudieran llegar a convivir juntos, a fundirse en un único puño cerrado que le golpease el alma.

Pero una noche sería suficiente, se prometió mientras se disponían a subir las escaleras que llevaban a su dormitorio. Con esa noche bastaría, y al día siguiente solo le quedaría el recuerdo de aquel dolor.

Alex volvió a besarla, sin descanso, implacable, conforme subían. Y Bess suspiró, incapaz de resistirse, cuando él la acercó hacia sí y la excitó insoportablemente con la sensual caricia de sus labios.

Le temblaban las manos cuando intentó despojarlo de la cazadora. ¿Alguna vez antes le habían temblado por un hombre?, se preguntó. No. Y mientras la prenda de cuero resbalaba por sus anchos hombros, comprendió que nada de aquello le había sucedido antes. Ni aquel temblor, ni aquel nerviosismo, ni aquel escozor de las lágrimas. Ni aquel dulce y potente latido de la sangre en sus venas.

Alex, por su parte, no sabía durante cuánto tiempo sería capaz de seguir realizando el simple acto de respirar. No cuando el cuerpo de Bess se estremecía de aquella forma contra el suyo. No cuando podía oír los leves y desesperados gemidos que brotaban de su garganta. Aquella escalera parecía prolongarse interminablemente. Con un gruñido ahogado, la levantó en brazos.

Bess lo miró a los ojos y, aunque sentía el corazón a punto de estallar, logró esbozar una sonrisa.

-Y yo que te había dicho que no eras muy romántico.

-Tengo mis momentos.

Estremecida, enterró el rostro en su cuello.

-No sabes cuánto me alegro de haber podido disfrutar de este en particular.

-Pues si esperas un poco, me verás hacer algo verdaderamente romántico... como por ejemplo caerme de bruces contigo en los brazos.

-Oh, confío en ti, detective -le mordisqueó el lóbulo de una oreja-. Absolutamente.

Con el corazón rugiendo en sus oídos, Alex terminó de subir la escalera. En aquel instante Bess le estaba sembrando el cuello de pequeños besos, probando al mismo tiempo el sabor de su piel. Se dirigió a la primera puerta que vio.

-Será mejor que esto sea el dormitorio, porque si no...

-Mmmm... -mientras proseguía con sus labios, empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

Nada más entrar en aquella habitación, reconoció su aroma, aquella maravillosa y seductora fragancia que flotaba en el aire. Su ropa era una desordenada y colorida mezcla de blusas de seda, pantalones de algodón, medias... En su rápido examen distinguió un muñeco con la forma de avestruz, de tamaño natural; un par de árboles de ficus flanqueando el ancho ventanal; y una colección de botellas antiguas, de todos los colores, hasta que descubrió la cama. Una cama que era como un gran océano de sábanas azules, de todos los tonos, con una montaña de cojines de diversos colores. Todo en seda y satén.

Como la boca se le estaba empezando a hacer agua, aspiró profundamente varias veces. Pero con ello solo consiguió quemarse los pulmones con su aroma.

-Esta cama es lo suficientemente grande para que quepamos seis. Por lo menos.

-Me gustan las camas grandes.

La dejó en el suelo, al lado del lecho, y Bess se puso de puntillas, lo suficiente para colocarse a su misma altura.

-Y estoy deseando probarla contigo -añadió. Alex le besó tiernamente las cejas, las mejillas.

-Permíteme que antes me quite esto.

Se refería a la pistola. Se soltó la sobaquera, que dejó caer al suelo. Con dedos que de repente parecían haberse vuelto torpes, inexpertos, Bess comenzó a desabrocharse la chaqueta.

-No. Déjame a mí -le soltó varios botones; luego le apartó las manos a los lados, rozándole apenas los senos con los pulgares-. Estás temblando.

-Lo sé.

Sin dejar de mirarla, terminó de quitarle la chaqueta.

-¿Tienes miedo?

-No -tragó saliva, nerviosa-. Bueno, en este momento, un poco. Es una tontería, pero...

Alex le soltó el primer botón de la blusa de seda, luego el segundo. Pudo sentir el ligero estremecimiento de su piel al contacto de sus dedos.

-Me gusta.

-Eso está bien -intentó reír, pero no pudo-. Porque yo ya no puedo parar.

-Tenemos mucho tiempo para relajarnos -deslizó la blusa a lo largo de sus hombros, y sintió una violenta punzada de deseo. Su sujetador de seda azul brillaba en medio de la penumbra, resaltando su piel cremosa-. No hay prisa.

-Yo... -echó la cabeza hacia atrás cuando Alex deslizó un dedo por la fina prenda, con exquisita delicadeza, delineando la curva de sus senos-. Dios mío, Alexi...

-He pasado tanto tiempo imaginando este momento... Descálzate -le pidió mientras le desabrochaba los pantalones. Aturdida, Bess obedeció viendo cómo la prenda resbalaba por sus piernas-. Pero voy pasar mucho más tiempo disfrutándolo.

Bess no podía moverse. Cada músculo de su cuerpo parecía habérsele derretido. No podía hablar, no cuando tantas emociones amenazaban con ahogarla. Mientras permanecía de pie, quieta, insoportablemente seducida, Alex la observaba. La tocaba. Sus hábiles dedos tanteaban, acariciaban, exploraban. Le incendiaban la piel. Sus ojos nunca abandonaban los suyos. Incluso cuando la besaba, atormentando sus ávidos labios, mantenía los ojos bien abiertos.

-Me estás volviendo loca -pronunció con labios temblorosos.

-Lo sé. Eso es lo que quiero.

Le sujetó las muñecas cuando ella quiso tocarlo, y deslizó luego sus manos entrelazadas a lo largo de su cuerpo, para que pudiera sentir su propia respuesta ante él, por dentro y por fuera, sin dejar de besarla en los labios. Paciente, eróticamente, fue profundizando el beso hasta que Bess sintió la sangre atronando en sus oídos. Luego le alzó las manos, deslizándoselas por su pecho, por debajo de la camisa abierta, que no tardó en caer al suelo.

La apartó para descalzarse, y comenzó a desabrocharse los vaqueros.

-Te quiero bajo mi cuerpo. Quiero sentir cómo te mueves bajo mi cuerpo.

Se tumbaron en la cama. Alex tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no hundirse en ella y encontrar la desesperada liberación que tanto demandaba su cuerpo. Porque su mente, su alma, ansiaban otra cosa. Así que la amó lentamente, disfrutando y apurando cada instante.

Con Alex, Bess descubrió que una mujer podía ahogarse deseosa en un mar de ternura. Las manos que viajaban por su cuerpo eran las de un hombre tierno, delicado, sensible, bueno. Un hombre que la quería. Le acarició una mejilla mientras se sentía flotar en su beso. Un hombre que la amaba.

Y al que ella también amaba.

Sobresaltada por aquel descubrimiento, vertió todo su ser en aquel beso, necesitada de demostrarle que lo que pudiera sentir por ella era igualmente correspondido. Luego la boca de Alex siguió su camino a lo largo de su cuello, de su hombro... Y todo pensamiento, toda razón, se desvaneció.

En aquel cálido remanso de seda y satén, Alex le enseñó lo que significaba amar y sufrir por alguien. Anhelar aquella aguda cumbre del dolor y del placer que los poetas denominaban éxtasis. Bess arqueaba las caderas bajo su cuerpo, entregándose con verdadera desesperación. Pero él parecía conformarse con proseguir aquel atormentador viaje con la caricia, tierna y seductora, de su boca y de sus dedos.

Cuando sintió el contacto de su lengua debajo del fino sujetador de encaje, Bess emitió un desgarrado gemido, al tiempo que se aferraba a su nuca. Aquella violenta reacción a punto estuvo de acabar con el control de Alex que, desnudándole los senos, se dedicó a acariciárselos ávidamente con los labios.

Bess se retorcía bajo su cuerpo, ansiando más, clavándole las uñas en la espalda en un esfuerzo por apoderarse de aquello que estaba fuera de su alcance. Cada vez más desquiciado por su respuesta, Alex volvió a besarla en los labios al tiempo que deslizaba una mano entre sus muslos, acercándola a su sexo. Súplicas y susurros temblaban en la garganta de Bess, pero antes de que llegaran a brotar, empezó a acariciarla íntimamente.

El placer se tornó insoportable. Reflejos de luces, remolinos de colores, imágenes de todo tipo la cegaban. Se oía a sí misma gritar alto; el nombre de Alex era casi un sollozo. Luego escuchó su gruñido, un sonido de dulce satisfacción mientras, por fin, se liberaba en ella.

Nunca antes había experimentado algo parecido. Retiró las manos de su cuerpo, agotada. Se sentía débil, consumida, exhausta. Conforme recuperaba el aliento, los ojos cerrados, empezó a ser consciente de que se había entregado por completo a Alex, en cuerpo y alma.

Alex, por su parte, nunca se había sentido más fuerte. La salvaje respuesta de Bess, su absoluta rendición, le habían proporcionado un poder que jamás antes había conocido. Su piel, húmeda de pasión, brillaba en la penumbra. La tocó y acarició a placer, observando, fascinado, cómo eran sus propias manos las que moldeaban su cuerpo. La probó y saboreó sin descanso, sintiéndola temblar al contacto de sus dedos por sus senos, su vientre. Luego, ansiando disfrutar otra vez de aquel supremo momento de placer, la arrastró nuevamente a la cumbre del éxtasis, flotando con ella en la cresta de aquella imaginaria y mágica ola.

Al fin, incapaz de esperar un momento más, se deslizó en su interior, arrancándole un gemido de asombrado deleite.

Lentamente, como en un sueño, Bess arqueó las caderas para ir a su encuentro, facilitándole la entrada. Se movieron suavemente al principio, disfrutando de aquella intimidad, deseosos de prolongarla. Pero la necesidad se impuso, arrastrándolos a un ritmo cada vez más rápido, hasta que, embate a embate, se lanzaron a la cumbre final del placer.

Alex cerró una mano sobre un mechón de su cabello en el instante en que perdió los últimos restos de control. Y su nombre le explotó en los labios mientras se vaciaba en su interior.

Bess era consciente de que lo que le había sucedido aquella noche era algo insólito, especial. Nunca antes lo había experimentado, ni lo volvería a experimentar... a no ser que fuera con Alex. Ya más relajada, frotó la mejilla contra su pecho, refugiada en el círculo de sus brazos.

-¿Me lo dirás otra vez? -le preguntó.

-¿El qué?

Le besó el pecho, sintiendo el rápido y fuerte latido de su corazón bajo los labios.

-Lo que toda mujer desea escuchar.

-Te amo -cuando ella levantó la cabeza, le puso suavemente un dedo en los labios. Sabía que le dolería oírselo decir a ella, cuando en realidad no lo sentía tanto como él.

De repente Bess se alegró de que hubiera ya oscurecido, y de que él no pudiera ver la sonrisa que se evaporó de su rostro.

-Incluso después de esto... -pronunció, escogiendo cuidadosamente las palabras-... no quieres que yo te ame.

«Más que cualquier otra cosa. Más que la vida, eso es precisamente lo que quiero», pensó Alex.

-Dejemos las cosas como están -le delineó el rostro con un dedo.

Bess hizo un esfuerzo por relajarse en sus brazos. Ya habría tiempo de convencerlo. ¿Acaso no le había dicho él mismo que tenían mucho tiempo por delante?

-Me gusta tu cara -le dijo Alex-. Y tu pelo -le acarició un seno-. Y tu cuerpo.

-Menos mal que no me conociste cuando tenía doce años. Era fea como un pato. Demasiado delgada, cara de tonta... Todo el mundo se metía conmigo.

-Me lo imagino. Te pasaba como a mí.

-¿Ah, sí? ¿También se metían contigo? -inquirió, interesada.

-No aprendí inglés hasta que tuve cinco años. Antes de que mi padre pudiera prosperar con su negocio, lo pasamos bastante mal -acercó el rostro a su cabello, respirando su aroma-. Mis hermanos y yo éramos los únicos niños extranjeros, los ucranianos, del colegio.

-Debió ser una situación muy difícil.

-Contaba con la familia. Nos apoyábamos los unos a los otros. Pero sí, hubo problemas. Incluso algunos padres no querían que sus hijos jugaran con «los rusos», como nos llamaban. Así que, después de unas cuantas peleas, me gané una reputación de tipo duro. Y, al cabo de un tiempo, acabamos integrándonos en el barrio.

-¿Qué barrio?

-Brooklyn. Mis padres todavía viven allí. En la misma casa -de repente, sacudiendo la cabeza, se apartó un poco para mirarla fijamente-. ¿Cómo es que hemos acabado hablando de mí? Me estabas contando cómo eras cuando tenías doce años.

Bess suspiró.

-Era un tipo clásico. Larguirucha, torpe, empollona y con nulas habilidades sociales.

-¿Tú? -preguntó, incrédulo.

-Sí. Era demasiado alta para mi edad, y muy flaca. Un capullo que floreció muy tarde.

-Tal vez, pero floreciste muy bien.

-Gracias. Mi evolución mental e intelectual, sin embargo, fue tan constante como acelerada.

-Me lo imagino. Tú eras aquella chica que siempre iba un curso por delante de nosotros...

-Además de eso, me sentía mucho más cómoda leyendo un libro que saliendo por ahí, con las amigas. Y como era tan testaruda, automáticamente empecé a despreciar todo lo que era normal y razonable en las chicas de mi edad. Como resultado de todo ello, era muy criticada. Ya te lo puedes imaginar. Eso me costó mis peleas. Pero aprendí a valerme por mí misma. Podía ser fea, pero sabía defenderme. Alex pensó que Bess seguía arrastrando todas aquellas cicatrices emocionales incluso aunque no fuera consciente de ello.

-Escucha, MacNee -le acunó el rostro entre las manos-. Eres hermosa.

-Ya, claro -sonrió, divertida. Alex no sonrió, mientras la miraba intensamente a los ojos.

-Insisto: eres hermosa. ¿Por qué si no fui incapaz de sacarte de mi cabeza desde la primera vez que te vi?

-Tal vez te parecí misteriosa -le corrigió-. Poco habitual.

-Maravillosamente hermosa -murmuró, viéndola parpadear de asombro-. Esta piel de marfil, este cabello de fuego, estos ojos de jade. Y este., -deslizó un dedo por las pecas que salpicaban su nariz-... polvo de oro.

-Te recuerdo que ya has conseguido que me acostara contigo -bromeó Bess. Tenía que bromear, si no quería ponerse a llorar de emoción-. De todas formas, se agradecen estos halagos -con una sonrisa, le echó los brazos al cuello-. ¿Pero no conoces ese dicho acerca de que una acción vale por mil palabras?

-Si insistes... -arqueó una ceja.

-Oh, sí -murmuró, besándolo en los labios-. Claro que insisto.

Cargando con su pesado y aparatoso bolso, Bess entró corriendo en la oficina. Diez minutos tarde.

-Tengo una buena excusa -fue lo primero que le dijo a Lori.

Su eternamente puntual compañera se encontraba al lado de la máquina de café, de espaldas a la puerta.

-No te preocupes. Yo acabo de llegar.

-¿Tú? -Bess dejó caer su bolso-. ¿Qué pasa? ¿Es que hoy es fiesta nacional, o algo así? —se acercó a la máquina para servirse una taza-. Bueno, me ahorraré mi excusa para otra ocasión, pero me muero de ganas de contártela -de repente, se quedó consternada al ver la expresión de Lori-. Hey, ¿qué te pasa, cariño?

-No es nada. Es solo que me crucé con Steven cuando entraba.

-¿Te dijo algo que te molestó?

-Me dijo que me amaba -apretó los labios, esforzándose por no volver a llorar-. El muy miserable...

-Siéntate -le dijo Bess, pasándole un brazo por los hombros con gesto reconfortante-. Tal vez no te guste oír esto, pero creo que te lo ha dicho en serio.

-Ni siquiera sabe lo que es hablar en serio -furiosa, Lori se enjugó una lágrima-. No consentiré que me vuelva a hacer eso. Primero me hace concebir esperanzas, me ilusiona, para luego retirarse cuando las cosas amenazan con ponerse serias. A él le dejo la fantasía. Yo me quedo con la realidad.

-¿Y cuál es esa realidad? -le preguntó Bess, agachándose frente a ella.

-Mi trabajo, pagar las facturas...

-Un aburrimiento -terminó por ella.

-Entonces yo soy aburrida.

-No, no lo eres -suspirando, Bess dejó su café a un lado y le tomó las manos-. Quizá temas contraer riesgos, pero eso no significa que seas aburrida. Y sé que esperas de la vida algo más que un trabajo y unos buenos ingresos.

-¿Qué tienen de malo esas dos cosas?

-Nada, mientras no sea lo único que tengas. Lori, yo sé que tú sigues enamorada de él.

-Ese es mi problema.

-El suyo también. No es feliz sin ti. Con gesto cansado, Lori cerró los ojos.

-Fue él quien rompió conmigo. Me dijo que no quería complicaciones, ni un compromiso estable.

-Se equivocó. Y estoy segura de que él lo sabe. ¿Por qué no puedes simplemente hablar con él?

-No sé si puedo. Me duele.

Un extraño brillo apareció en los ojos de Bess.

-¿Es así como sabes que es algo real, de verdad? ¿Porque duele?

-Es uno de los síntomas -abrió de nuevo los ojos. En esa ocasión había un fulgor de esperanza mezclado con las lágrimas-. ¿Realmente crees que no es feliz?

-No lo creo, lo sé. Solo habla con él, Lori. Escuchaos el uno al otro.

-Quizá -le dio a Bess un cariñoso apretón y volvió a tomar su taza de café-. Perdona. No tenía intención de empezar la mañana desahogándome contigo.

-¿Para qué están las amigas?

-Bueno, amiga, pues será mejor que nos pongamos a trabajar si no queremos que un montón de gente se quede sin trabajo.

-Estupendo. He estado pensando en el diálogo de aquella escena entre Storm y Jade. Tenemos que incrementar la tensión sexual.

Lori ya estaba tecleando en el ordenador.

-Bueno, tú eres la especialista en diálogos -de repente alzó la mirada hacia ella-. Por cierto, ¿por qué has llegado tarde?

-Oh, no es importante. Se encontraron en la comisaría. Primero la larga mirada de reconocimiento, y luego...

-Bess, con tu actitud lo único que estás consiguiendo es estimular mi curiosidad. Dímelo ya, porque en caso contrario seré incapaz de trabajar.

-De acuerdo -en cualquier caso, ardía de ganas de contárselo-. Estuve con Alexi.

-Yo creía que eso fue ayer.

-Y así fue -la sonrisa de Bess se amplió-. Pero por la noche también. Y esta mañana. Oh, Lori, es increíble. Nunca había sentido eso por nadie.

-Ya -se disponía a ponerse de nuevo sus gafas de lectura, cuando volvió a alzar la mirada hacia ella. Por un momento no hizo nada más que observarla detenidamente-. Dilo otra vez.

-Nunca había sentido eso por nadie.

-Dios mío -exclamó, recostándose en su silla-. Creo que hablas en serio.

-Ahora es diferente -medio riéndose, se llevó una mano a la mejilla-. Me asusta, me duele. Aveces lo miro y me cuesta respirar. Tengo tanto miedo de que pueda verme de verdad y se dé cuenta de que todo ha sido un error -dejó caer la mano-. Y se suponía que esto tenía que ser fácil.

-No -Lori sacudió lentamente la cabeza-. Ese siempre ha sido *tu* error. Lo que se suponía era que tenía que ser duro, aterrador y real.

-Tengo como una opresión en el corazón.

-Aja.

-Y... y... -frustrada, Bess se volvió-. Y tan pronto siento un nudo en el estómago, como al momento siguiente soy tan feliz que apenas puedo soportarlo. Cuando anoche estuvimos juntos... -se dio cuenta de que no había forma de describirlo. No era posible-. Lori, te juro que jamás antes nadie me había hecho sentir eso. Y esta mañana, cuando me desperté a su lado, no sabía si reír o llorar.

De pronto Lori se levantó, tendiéndole la mano.

-Felicidades, McNee. Al final lo has conseguido.

-Eso parece -soltando una carcajada, la abrazó-. ¿Por qué no me habías dicho antes lo que se sentía?

-Era algo que había que experimentar en carne propia. ¿Qué me dices de él?

-Me ama -le confesó, pero al instante se sintió triste, llorosa. Sacó un pañuelo de su bolso-. Me lo dijo. Me miró a los ojos, y me lo dijo. Pero...

-Oh-oh.

-El no quiere que yo le diga lo que siento -se llevó una mano al estómago-. Oh, Dios, me duele. Me duele todo cuando me doy cuenta de que no confía lo suficiente en mí. Piensa que mi relación con él es como las demás que he tenido. ¿Y por qué no habría de pensar eso? Pero yo quiero que sepa que no es así... y no sé cómo decírselo.

-Solo tiene que mirarte para saberlo.

-No basta con eso -ya más serena, Bess se sonó la nariz-. Esta vez todo es diferente. Supongo que tengo que probarme a mí misma. Lo amo, Lori.

-Eso ya lo veo -conmovida, le acarició el cabello-. Sigue el consejo que antes me has dado, y habla con él.

-Ya hemos hablado. Pero no quiere escuchar esto, al menos todavía no. Quiere que las cosas sigan tal como están.

Lori arqueó las cejas.

-¿Y qué quieres tú?

-Que él sea feliz -soltó una risa amarga-. Parezco una tonta. Pero tú sabes que no lo soy.

-¿Quién te conoce mejor que yo? Lo que pareces es una mujer en la primera fase del amor.

-¿Y eso es mejor o peor?

-Las dos cosas.

-Es una buena noticia. Bueno, mientras la situación mejora o empeora, tendré tiempo para expresarle lo que siento -recogió su taza de café, pero al momento volvió a apartarla a un lado-. Lori, hay una cosa más. Alexi quiere que cene con su familia el domingo.

Después de una primera carcajada, Lori abrió mucho los ojos:

-¿Te va a llevar a ver a mamá?

-Y a papá. Y a sus hermanos, hermanas, sobrinas y sobrinos. Un par de veces al mes se reúnen para comer todos juntos.

-Evidentemente ese hombre está loco por ti.

-Sí que lo está. Yo lo sé -cerrando los ojos, se dejó caer en una silla-. Su familia es enormemente importante para él. Eso se ve en seguida, cada vez que habla de alguno de ellos -tomó otro pañuelo y volvió a sonarse la nariz-. Yo quiero conocerlos. De verdad. Pero... ¿y si no les caigo bien?

-Te conozco, y sé que se enamorarán de ti.

-¿Pero y si...?

-¿Y si te tranquilizas de una vez? -Lori se puso sus gafas de lectura-. Pon algo de ese sentimiento en la escena de Storm y de Jade. Millones de telespectadores te lo agradecerán.

Después de soltar un largo y profundo suspiro, Bess asintió.

-De acuerdo, de acuerdo. Cuando llegue Rosalie a mediodía, para la sesión de asesoría, tenemos que haber terminado con esa escena.

-Tú lo has dicho, hermana -frunciendo el ceño, Lori la apuntó con su bolígrafo-. ¿Sabes? Esa chica me preocupa.

-No te preocupes por Rosalie. Sé lo que estoy haciendo.

-¿Cuántas veces habré oído eso?

Bess se limitó a sonreír, y empezó a pensar.

-Veamos. Storm y Jade -cerró los ojos, imaginándose la escena-. Se encuentran entonces en la comisaría y...

-Y entonces... -continuó Bess mientras conducía entre el denso tráfico-... Jade se queda devastada y dice: «pero lo que tú quieres no es siempre lo que necesitas». Suena la música. Final.

-No es que me fascinen mucho las venturas y desventuras de esa gente de Holbrook...

-Millbrook -lo corrigió ella.

-Eso, Millbrook -Alex esbozó una mueca cuando hizo un rápido adelantamiento-. Hey, Bess, ten cuidado, por favor. Sería muy embarazoso que te pusieran una multa conmigo en el coche. Recuerda que soy policía. Y además el coche es mío.

-No voy rápido -frunciendo el ceño, miró el velocímetro-. Bueno, casi no.

Alex se dijo que Bess estaba conduciendo como si fuera una veterana del circuito de Indianápolis. Parecía haber tomado a los otros inocentes conductores por competidores.

-Quizá quieras quedarte durante un rato en un solo carril, sin pasarte a los demás....

-Eres un aguafiestas -protestó, pero hizo lo que le pedía-. Apenas tengo ocasión de conducir. Y me encanta

Alex sonrió.

-No lo había notado.

-La última vez que tuve oportunidad de hacerlo fue cuando me fui a Long Island con L.D. -miró por el espejo retrovisor y, no pudiendo resistir la tentación, volvió a cambiarse de carril-. No le gustó la idea -lanzó a Alex una sonrisa, pero se puso repentinamente seria al ver su expresión-. Oh, lo siento.

-¿Por qué?

-Por haber mencionado a L.D.

-Yo no he dicho nada.

No, no había dicho nada, admitió Bess. Un hombre no tenía por qué hablar cuando adoptaba una expresión de tanta frialdad.

-Era un amigo, Alexi. Eso es todo lo que fue. Yo no... -suspiró-. No llegué a acostarme con él.

-Yo no te lo he preguntado.

-Quizá deberías haberlo hecho. Tan pronto lo quieres saber todo sobre mí, como al momento siguiente no te interesa nada. Creo que...

-Yo creo que estás conduciendo demasiado deprisa otra vez -extendió una mano para acariciarle delicadamente una mejilla con los nudillos-, deberías relajarte, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -pero seguía aferrando tensa el volante-. Me gustaría... que en alguna ocasión habláramos sobre ello.

-En alguna ocasión -Alex maldijo en silencio. ¿Cómo podía no darse cuenta de que no quería hablar de los hombres que habían formado parte de su vida? Ni siquiera quería pensar en ellos. Especialmente ahora, cuando estaba enamorado y sabía lo que era vivir con ella.

Sabía ya tantas cosas de Bess... Sabía que le gustaban las duchas largas con el agua muy caliente. O que olía tan bien porque se untaba el cuerpo con una fragante crema antes de secarse. O que siempre estaba perdiendo cosas. Un pendiente, una nota con un teléfono, dinero. O que nunca contaba los cambios, el dinero que le devolvían, con lo que muchas veces pagaba de más.

Sabía ya tantas cosas que había empezado a atesorar... ¿por qué debería hablar con ella de los otros hombres que también habían gozado del privilegio de conocer aquellas cosas?

-Gira aquí.

-¿Mmm?

-He dicho que gires... -vio que perdía la salida que le indicaba-. Bueno, que no se te escape la próxima.

-¿La próxima qué?

-La próxima curva, McNee. Toma la próxima curva, y para ello tienes que colocarte en el carril adecuado.

-Oh -obedeció, pero pasando muy cerca de otro coche. Al oír el bocinazo que dio el conductor, se limitó a sacar la mano por la ventanilla y a saludarlo.

-Creo que ese tipo no estaba siendo muy amable contigo -señaló Alex, irónico... después de quitarse las manos de los ojos.

-Lo sé. Pero no había razón para que yo también fuera grosera, ¿no te parece?

-No, desde luego.

Salieron por fin de la autopista sin mayor contratiempo. Pero en el instante en que Bess aparcó frente a la casa de los padres de Alex, él le pidió bruscamente las llaves del coche. Enfurruñada, se las puso en la mano.

-No sé por qué te enfadas tanto. No me han puesto ninguna multa.

-Probablemente porque ningún poli de tráfico tuvo coraje suficiente para detenerte. Mira, McNee, ya hemos vivido suficientes aventuras por un solo día.

-Bonito barrio -comentó Bess, cambiando de tema.

La casa parecía recién pintada, y estaba rodeada de árboles y flores. En cuanto al sendero de entrada, estaba lleno de niños montando en patines y bicicletas.

Nada más ver a Alex, se abalanzaron sobre él. Y Bess se encontró rodeada por un grupo de crios que la miraban sonrientes.

-Esa es la primera señal de aprobación. Les gustas.

Justo cuando llegaron al pie de los escalones del porche, se abrió la puerta y salió Mikhail con Griff en brazos.

-Llegas tarde otra vez.

-La culpa es suya -Alex señaló a Bess-. Se le pasó la salida de la autopista.

-No te preocupes, siempre llega tarde -le sonrió Mikhail-. Tú eres Bess, ¿no?

-Sí. Hola -le estrechó la mano, y descubrió que la suya era tan fuerte y dura como una roca. Griff ya se había acercado a Alex para darle un beso, y en aquel momento se inclinó hacia Bess-. Y hola a tí también, guapo.

-A Griff le gustan las chicas -le dijo Mikhail-. Ha salido a su tío.

-No empieces -musitó Alex. Mikhail lo ignoró y continuó observando a Bess con insistencia.

-¿Tengo la cara sucia, o qué pasa?

-Oh, no. Perdona -miró a Alex, y le comentó en ucraniano- Estás mejorando, Alexi. Esta chica bien que se merece unas cuantas mañanas sudando en el gimnasio.

-*Tak* -le pasó a Bess un brazo por los hombros-. Si se te ocurre decirle eso, te estrangularé con mis propias manos.

Mikhail esbozó una radiante sonrisa. Bess pensó que el parecido era asombroso; por lo demás, los dos eran igual de sensuales.

-¿Una conversación de hombres? -inquirió.

-Más bien un detalle de mala educación -explicó Mikhail a modo de disculpa. No solo le gustaba la belleza especial de aquella joven, sino también su inteligencia. Sí; definitivamente Alexi estaba mejorando-. Estaba felicitando a mi hermano por su buen gusto. Llévala dentro, Alex. Griff quiere jugar un poco con los crios.

-¿Y Sydney? -le preguntó Alex mientras subía los escalones del porche.

-Está aquí, pero se encuentra algo cansada.

-Trabaja demasiado.

-Sí -respondió, sonriendo-. Y además está embarazada.

-¿De veras? -se detuvo en seco, y se apresuró a darle un fuerte abrazo de enhorabuena-. Felicidades.

-Gracias. Ya sabes que nuestro objetivo es formar una gran familia.

-Pues vais por buen camino -Alex tomó a Bess de la mano, viendo cómo Mikhail montaba a Griff sobre sus hombros y se alejaba hacia el jardín-. Todavía estaba intentando acostumbrarme a verlo como padre, y ya va a tener otro hijo.

Bess se había olvidado ya de su nerviosismo anterior. Quizá el tierno y dulce beso de Griff había obrado el milagro. Abrazó a Alex de la cintura.

-Vamos, tío Alex. Ardo en deseos de conocer al resto de tu familia.

-Son muy ruidosos -le advirtió.

-Me gusta el ruido.

-Y pueden llegar a ser muy preguntones.

-Yo también.

En el umbral, Alex le tomó las dos manos. Ya antes había llevado mujeres a casa de su familia, pero ahora era diferente. Era vital.

-Te amo, Bess -antes de que pudiera replicar algo, la besó. Y empujó la puerta.

Bess no tardó en descubrir lo ruidosa que era la familia Stanislaski. A nadie parecía importarle que todo el mundo hablara a la vez, ni los ladridos del gran perro de orejas caídas que cruzaba de un lado a otro el salón, escondiéndose detrás de las sillas. También eran preguntones, y no parecían nada avergonzados por ello. Tuvo ocasión de experimentarlo cuando se sentó al lado del padre de Alex, Yuri.

-Así que te dedicas a escribir guiones para la televisión -le comentó, con tono aprobador-. Eres inteligente.

-Un poco -sonrió a Zack cuando este le ofreció una copa de vino.

-Rachel dice que bastante más que un poco -Zack le hizo un guiño a su esposa, plácidamente sentada con las manos entrelazadas sobre su abultado vientre-. Ha estado viendo tu serie.

- ¿Ah, sí?

-Admito que sentí curiosidad -le confesó Rachel-. Después de nuestro encuentro, grabé varios capítulos. Luego, cuando cedí a las presiones de Zack y me tomé la baja maternal, descubrí lo fácil que era engancharse. No estoy segura de haberme puesto al día con la historia de todos los personajes, pero me resulta muy, pero que muy entretenida. Y a Nick también, ya que la hemos visto varias veces juntos... -miró a su cuñado.

-Solo te estaba haciendo compañía -repuso Nick, algo avergonzado. Y pasándose una mano por su pelo rubio, añadió con una sonrisa-: La verdad es que no le estaba prestando mucha atención a la serie...

-Eso dicen todos -sonrió también Bess. Le caía muy bien. Pensó que era un pena que no fuese actor. Con aquella apariencia de tipo duro, que no lograba ocultar una íntima vulnerabilidad, seguro que habría triunfado ante las cámaras-. Dime entonces, Nick. ¿cuál es tu tipo? ¿LuAnne, la chica sensible de mirada candida, que sufre en silencio, o la intrigante Brooke, que utiliza su sensualidad para destrozar a cualquier hombre que se cruza en su camino?

-Bueno... -reflexionó Nick por un instante-... la verdad es que prefiero a Jade. Tengo debilidad por las mujeres mayores.

Zack se volvió hacia él y, jugando, le retorció un brazo detrás de la espalda.

-Hey -rio Nick, sin molestarse en intentar liberarse-. Estamos hablando tranquilamente. Solo me estaba sincerando con la dama de Alex...

-Acaba con él en la otra habitación, ¿quieres? -le propuso el propio Alex-. En esta luego tenemos que comer.

-Yo he visto muchas veces tu serie -le comentó Nadia, la esposa de Yuri, que salía en aquel momento de la cocina-. Y me encanta.

-Bueno, esa Vicki no es una mujer que pueda pasar fácilmente desapercibida -terció Zack, que se había levantado para darle a su esposa un masaje en los hombros.

-¿Y tú, Alex? -inquirió Rachel-. ¿También te ha enganchado *Secretos pecados?:*

-No. No puedo verla. En realidad es MacNee la que me tiene al tanto de lo que ocurre en Millbrook.

-Debe de resultar bastante difícil -comentó Sydney, algo pálida pero cómodamente sentada en el sofá, tomando un refresco-. El ritmo de acontecimientos es frenético.

-Endiablado -convino Bess, sonriente-. Y por eso me gusta.

-Por cierto, ¿cómo conociste a Alexi? -le preguntó Alexi.

-Él me arrestó.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Alex fulminó a Bess con la mirada. Pero se alzó luego una ola de sonoras carcajadas que puso todavía más nervioso al perro de la casa.

-¿Me he perdido algún chiste? -inquirió Mikhail, que acababa de entrar con Griff.

-No -Rachel rio de nuevo mientras su hermano se sentaba en un brazo del sofá, al lado de su mujer-. Pero tengo la sensación de que va a ser buenísimo. Vamos, Bess, esto hay que oírlo.

Bess les contó el episodio, aunque Alex tuvo que interrumpirla por lo menos una docena de veces para ofrecer su propia versión o manifestar su desacuerdo. Ya se habían sentado a la mesa para saborear la comida que había preparado Nadia, y todavía seguían riendo sin cesar y haciéndoles preguntas.

-Te encerró en una celda, pero aún sigues con él -señaló Mikhail.

-Bueno... es que es tan guapo... Riendo, Yuri le dio una cariñosa palmada a su hijo en la espalda.

-Estas mujeres... Siempre intentando avergonzarnos.

-Gracias, papá.

-Es bueno atraer a las mujeres -comentó Yuri, mirando a su esposa-. Cuando enganchas a una, ya es incapaz de resistirse.

-Yo fui la que te enganchó a ti -replicó Nadia mientras le pasaba el pan a Nick-. Si hubiera tenido que esperar a que te decidieras... -ignoró las objeciones de su marido-. Él no me cortejó. Fui yo quien lo cortejó a él.

-A todas partes a donde iba, allí estaba ella -declaró Yuri, enternecido por aquellos recuerdos-. No había mujer más bonita en el pueblo que Nadia. Y al final fue mía.

-Me gustaban tus manos grandes y tu aspecto de tímido -sonrió-. No tardaste en dejar de serlo. Pero mis chicos... -añadió Nadia, dirigiéndose a Bess-... ellos sí que no han sido nunca tímidos con las chicas.

-¿Para qué perder el tiempo?

En un impulso, Alex le acarició una mejilla y la obligó suavemente a volver la cara hacia él. Vio que su sonrisa era de asombro. Pero el asombro fue mayor cuando sintió su beso en los labios. Un beso que no fue fugaz, sino largo, apasionado.

Bess no tenía forma de saber si había besado antes a una mujer delante de su familia. En cualquier caso, con aquel gesto estaba proclamando su amor ante sus seres queridos. Mientras la mesa entera estallaba en aplausos, Bess se aclaró la garganta.

-Tiene razón -le dijo a Nadia-. No es nada tímido.

Parpadeando para contener las lágrimas de emoción, Nadia alzó su copa. Comprendía perfectamente lo que había querido decirles Alex con aquel beso, y sentía el agridulce placer de saber que el último de sus hijos había entregado por fin su corazón a una mujer.

-Enhorabuena -le dijo a Bess. Algo turbada, Bess levantó su copa al mismo tiempo que todos los demás.

-Gracias -tomó un sorbo. Y respiró aliviada cuando se reanudó la conversación.

Pensó en lo fácil que resultaba enamorarse de aquella familia. Todos eran tan cariñosos, tan abiertos... Sus padres jamás habían mantenido una conversación tan íntima y tranquila en la mesa. Ni la habían acogido con la pasión y el entusiasmo que Yuri y Nadia demostraban por sus hijos. ¿Sería eso lo que había echado de menos durante todos aquellos años? ¿Habría sido su carencia de cariño lo que, de niña, la había privado de cualquier habilidad social, y de adulta la había estimulado a convertirse en una persona tan socialmente activa?

Aun así, tanto lo que había tenido como aquello que le había faltado habían forjado la mujer que ahora era, así que no podía arrepentirse de ello. Bueno, quizá un poco sí, reflexionó mientras contemplaba a la familia Stanislaski. Absorbiéndolo todo, lanzó una mirada alrededor de la mesa, y se encontró con los ojos de Mikhail fijos en ella. En esa ocasión no se molestó, sin que esbozó una sonrisa.

-Lo estás haciendo otra vez -le reprochó.

-Sí. Quiero esculpirte.

-¿Perdón?

-Tu rostro -extendió una mano y comenzó a palparle delicadamente los rasgos, como si los estuviera memorizando. El resto de la familia seguía hablando normalmente-. Fascinante. Creo que lo más adecuado será madera de mahohany.

Divertida, se quedó quieta mientras él seguía examinando su rostro con los dedos.

-¿Se trata de una broma?

-Mikhail jamás bromea con su trabajo -le comentó Sydney, mientras daba de comer a su hijo-. Lo que me sorprende es que haya tardado tanto en pedirte que poses para él.

-¿Posar? -Bess sacudió la cabeza, y de repente abrió mucho los ojos-. Ah, ya. Stanislaski. El artista. He visto tus obras, y me encantan.

-Si posas para mí, te regalaré una. La que quieras.

-No podría rechazar una oferta semejante.

-Bien -satisfecho, siguió comiendo-. La semana que viene te espero en mi estudio.

-No te molestes en discutir -le comentó Sydney a Bess, tomando la mano de su marido-. Sería perder el tiempo.

En el otro extremo de la mesa, Rachel esbozó una mueca de dolor. Era una contracción. Inclinándose hacia ella, Nadia le preguntó con tono suave, tranquilizador:

-¿Con qué frecuencia?

-Ocho, diez minutos -respondió Rachel, suspirando-. Todavía son muy flojas.

-¿El qué son flojas? -Zack la miró, y cuando comprendió lo que estaba sucediendo puso unos ojos como platos-. Oh, Dios mío, las contracciones. ¿Ahora?

-Bueno, ahora mismo no -procurando conservar la calma, Rachel aspiró profundamente varias veces-. Creo que todavía tendrás tiempo para probar la tarta de mamá.

-Se va a poner de parto -estalló Zack.

-Se supone que tenemos que llamar al médico, pero yo no tengo aquí el número... -dijo Nick, levantándose también de la mesa.

-Mamá sí lo tiene -le aseguró Rachel, y se dirigió después a su marido-. Tranquilízate, Mul-doon. Tenemos tiempo de sobra.

-Tiempo de sobra... Nos vamos ya. ¿No deberíamos salir ahora mismo? -le preguntó Zack a Nadia.

Nadia sonrió, asintiendo.

-Desde luego tú te quedarías más tranquilo, Zack.

-Pero mamá...

La protesta de Rachel fue acallada por unas cariñosas palabras en ucraniano de su madre.

-Debería poner los pies en alto, ¿no? -sugirió Mikhail.

-Sí -convino Sydney-. Pero creo que antes deberíamos esperar a que llegara al hospital.

-Voy a llamar al 991-Alex se levantó como un resorte de la mesa.

-Oh, siéntate, por favor -exclamó Rachel-. No necesito un policía.

-Pero sí una ambulancia.

-No estoy enferma, solo estoy a punto de ponerme de parto.

-Yo la llevaré en la camioneta -Yuri ya estaba a su lado, dispuesto a cargar con su hija en sus fuertes brazos-. En seguida estaremos en el hospital.

Mientras los hombres se ponían a discutir en una mezcla de lenguas, Nadia se levantó discretamente y fue a la cocina a telefonear a la doctora de Rachel.

-Yo ya he pasado por esto -le estaba diciendo Mikhail a Alex-. Sé cómo enfrentarme a ello.

-¡Ja! -su padre apartó a los dos a un lado y se golpeó el pecho con el puño-. Yo, cuatro veces. No sabéis nada de nada.

-No tenemos ni grabadora ni música -Nick se pasó una mano por el pelo. Aunque nadie lo estaba escuchando, continuó balbuceando solo-. La videocámara. Tenemos que conseguir la videocámara.

-Cariño, ¿quieres un poco de agua? ¿De zumo? -le preguntaba Zack a su mujer. Cuando la oyó soltar un gemido, se puso blanco como la cera-, ¿Otra? No han pasado ni diez minutos, ¿verdad?

-Muy bien, chicos. Basta ya. Retiraos -ordenó de pronto Sydney, con aquel tono suave pero enérgico, de triunfante empresaria, que la caracterizaba-. Alex,-sube arriba y consigúele a tu hermana un almohadón para el viaje. Yuri, pon en marcha la camioneta. Nick, tú vuelve al apartamentó y recoge todo lo que Rachel pueda necesitar en el hospital. Llévate a Mikhail y a Griff. Nos veremos en el hospital.

-¿Cómo irás tú allí? -le preguntó Mikhail.

-Yo tengo coche -se ofreció Bess, que estaba contemplando fascinada aquel drama familiar-. Caben por lo menos cuatro personas.

Después de disolver a su tropa como si fuera una generala, Sydney le dio un beso a su marido.

-Vamos. Zack y Nadia irán en la camioneta con Yuri y Rachel. Y Alex y yo en el coche de Bess.

Cuando sobrevino la siguiente contracción, Rachel intentó respirar lenta y profundamente.

-Lamento... -le dijo a Bess-... haberte echado de casa de esta manera.

-No hay problema -tuvo que morderse la lengua para no preguntarle por lo que sentía al ponerse de parto en medio de una cena familiar. Ya habría tiempo para eso más tarde.

-Ya he avisado a la doctora y a Natasha -anunció Nadia cuando regresó al comedor, satisfecha de ver que Sydney había organizado a todo el mundo-. Natasha y su familia ya están en camino.

-Deberíamos irnos -comentó Zack, nervioso, mientras levantaba en brazos a Rachel-. ¿No te parece?

Para cuando llegaron al hospital, Sydney y Bess ya se habían convertido en grandes amigas. Era difícil que eso no se hubiera producido, después de haber padecido juntas la experiencia de Alex conduciendo a toda velocidad rumbo a Manhattan. Hablaron de ropa, de las amigas comunes que habían descubierto que tenían, y de los hombres de la familia Stanislaski.

En el momento en que llegaron a la maternidad del hospital, Rachel ya estaba instalada en la sala de partos, Zack había superado los primeros momentos de pánico y Yuri se había aprovisionado de una buena cantidad de puros para repartir entre la familia.

-Todavía es pronto -le explicó Nadia en el pasillo-. Le viene bien tener compañía.

Alex no vaciló en entrar, pero Bess se quedó algo atrás.

-No quiero molestar -le dijo a Nadia.

-Oh, no te preocupes. Tú ya eres como de la familia. ¿Te ponen nerviosa los partos?

-Oh, no. Después de todo, he descrito tantos en mis guiones...

-¿Cómo te has documentado para eso, McNee? -le preguntó Alex, volviéndose.

-Acompañando a un médico en las rondas. Y me encontré con unas cuantas futuras madres que no pusieron objeción alguna a que asistiera a su parto. ¿Has visto tú alguno?

-No -la expresión de Alex se transformó de inmediato-. Bueno, he visto algún documental, pero nunca he estado en el punto cero.

-Es algo fantástico -se echó a reír; sabía perfectamente cómo se sentía-. No te preocupes. Te daré la mano.

Entretuvieron a Rachel en la amplia y luminosa sala de partos contándole historias, dándole consejos, bromeando con Zack una vez que Mikhail y Nick llegaron con sus cosas. Incluso Griff se distrajo, cómodamente instalado en las rodillas de Río, el cocinero jamaicano de Zack.

-Puedo ver tu cerebro trabajando a toda velocidad -le comentó Alex a Bess, en un murmullo-. ¿En qué estás pensando?

-En tu familia -respondió, mirando en torno suyo-. Nunca había conocido a nadie como ellos. Mis padres... se quedarían consternados si alguien les pidiera que tomaran parte en algo como esto.

-También es nuestro hijo. Sonriendo, Bess le acarició una mejilla.

-Eso es lo que quiero decir. Todos vosotros sois muy especiales.

-¿Sabes? Me alegro de que estés aquí -cuando Alex se inclinaba para besarla, Yuri apareció por detrás y le dio una fuerte palmada en la espalda.

-Ahora todos mis hijos han tenido hijos excepto tú -se volvió hacia Bess, arqueando las cejas-. Supongo que empezaréis pronto, ¿verdad?

-Papá... -no sabiendo cómo interpretar la risita de Bess, Alex le dijo con tono claro y firme, y en ucraniano-: Cuando decidamos tenerlos, te lo haré saber.

-¿Qué hay que decidir? -Yuri señaló a Bess-. Ella es la mujer que quieres, ¿no?

-Sí.

-¿Entonces? -inquirió su padre, abriendo los brazos.

-Tengo mis razones para esperar.

Aunque Yuri sacudió la cabeza con lo que parecía un gesto de tristeza, un brillo divertido relampagueó en sus ojos.

-¿Cómo es que todos mis hijos son tan testarudos?

-¿Y cómo es que mi padre es tan metomentodo?

Soltando una carcajada, Yuri abrazó a Alex y lo besó en las mejillas.

-Anda, llévate a esta chica bonita a pasear y róbale unos cuantos besos. Tu hermana todavía tardará un poco.

-Ese consejo sí que lo voy a aceptar -tomó a Bess de la mano y la ayudó a levantarse-. Venga. Vamos a respirar un poco de aire fresco.

-Alexi -Bess tuvo que apresurarse para seguir su paso-. No te enfades con tu padre. No quería avergonzarte...

-Sí que quería, pero no estoy enfadado con él.

-¿De qué habéis estado hablando los dos?

-¿Sabes? -pulsó el botón del ascensor-. No creo que te enseñe el ucraniano. Puede resultar demasiado embarazoso para mí.

Para cuando volvieron al hospital, Alex ya había seguido de sobra el consejo de su padre. Bess seguía aturdida de deseo mientras atravesaban la sala de espera. Fue Alex quien primero vio a Nick, paseando nervioso y fumando en la sala de fumadores como un padre primerizo.

-¿Qué tal, chico?

-Esto es insoportablemente largo -le tembló ligeramente la mano al llevarse el cigarrillo a los labios-. Sydney solo tardó dos horas en tener a Griff. Para colmo, Rachel me ha echado de la sala con cámara y todo. ¿Cómo es que nadie hace nada?

-Yo no sé gran cosa de esto -repuso Alex-. Pero creo que los bebés llegan cuando están preparados para ello. Y no cuando quieren los demás.

-Solo han pasado poco más de seis horas -pronunció Bess, intentando tranquilizar a Nick.

- Seis horas- que parecen seis días -comentó Zack, reuniéndose con ellos. Le quitó a Nick el cigarrillo de los dedos para darle una larga chupada-. Me ha insultado en ucraniano. Algunas palabras las he entendido.

-Eso es buena señal -le aseguró Bess-. Quiere decir que las cosas están progresando.

-También ha insultado al médico -con un suspiro, le devolvió el cigarrillo a Nick-. Pero a él no intentó darle un puñetazo.

-Si falló -comentó Alex-, debe de estar en muy mala forma.

Esbozando una mueca, Zack se frotó el hombro.

-No falló. Bueno, será mejor que vuelva.

-Te acompañamos -le dijo Alex, pero en aquel preciso instante vio a una mujer saliendo a toda prisa del ascensor-. ¡Tash!

-¡Oh, Alex!

Bess la contempló admirada: atravesando la sala de espera a la carrera, con su larga melena al viento.

-Alexi, ¿cómo está Rachel?

-Insultando al médico y pegando a Zack.

-Ah -se relajó de inmediato-. Menos mal. Hola, Nick -le tendió la mano-. No te preocupes. Tu sobrina o sobrino no tardará en llegar. Spence está aparcando el coche, íbamos a dejar a los niños, pero se quedaban tan decepcionados que decidimos traérnoslos. Freddie tiene unas ganas tremendas de verte.

La expresión de Nick se animó un tanto.

-¿Cómo está?

-Más alta que yo, y tan guapa como siempre. Alex, ¿dónde está Rachel?

-Yo te llevaré a verla. Oh, te presento a Bess.

-¿Bess? -Natasha se volvió hacia ella, con una mano todavía en el hombro de su hermano. Por supuesto, había oído hablar de Bess. West Virginia estaba lejos de Nueva York, pero en el seno de la familia Stanislaski las noticias corrían rápidamente-. Lo siento, no te había visto...

-Tranquila. Es normal, con todas las preocupaciones que tenéis.

-Rachel me ha hablado mucho de ti. Espero que tengamos tiempo de hablar antes de que nos vayamos de la ciudad. Tendrás que perdonarme estas prisas.

-No te preocupes. Nick y yo iremos a la cafetería por algo de comida para el grupo. Luego os la llevamos.

Tres horas después, Bess había hecho la entrega de los sandwiches y el café, había jugado con Katie, la hija menor de Natasha, se había presentado a Spence Kimball y le había ayudado a entretener a su hijo. También había conocido a Freddie y advertido que la preciosa adolescente tenía una especial debilidad, muy comprensible, por Nick.

-Ya no tardará mucho -le dijo a Alex, que estaba ya desquiciado de tanto esperar.

-Eso es lo mismo que nos decían hace una hora.

Se encontraban en la sala de espera. Alex se negaba a sentarse. Después de bostezar y de estirarse perezosamente, Bess lo abrazó.

-Está muy dilatada, y el bebé está asomando ya la cabeza. Por la última mirada que lancé al monitor fetal, su corazoncito latía muy fuerte, y rápido. Creo que es una niña.

-¿Cómo sabes tantas cosas? -le preguntó él.

-Me he documentado mucho. En mis guiones, he dado a luz a doce niños, incluyendo un par de gemelos.

Al advertir lo cansada que estaba, Alex le comentó:

-Te estás cayendo de sueño, McNee. Debí haberte llevado a casa.

-No habrías conseguido alejarme de aquí. Sabía que era cierto. Aquel era un aspecto más de su belleza.

-Estoy en deuda contigo.

-Entonces págamela -alzó el rostro hacia él, esperando un beso.

-Mamá -aunque estaba disfrutando viendo a su hermano tan feliz con Bess, Mikhail se levantó como un resorte en el instante en que sus padres aparecieron en la puerta de la sala.

-Ya tenemos un nuevo miembro de la familia -anunció Nadia, abrazada a Yuri. Los dos tenían los ojos brillantes de emoción.

-¿Qué es? -preguntaron Nick y Alex al unísono.

-Una niña preciosa. En seguida la llevarán a la galería y podréis verla tras el cristal.

-Rachel está perfectamente -les informó Yuri, enjugándose una lágrima-. Está descansando. Dentro de unos minutos podréis pasar a darle un beso de buenas noches.

Todo el mundo se apelotonó tras el cristal, a esperar a que apareciera la enfermera con la niña.

-Soy tío -le dijo Nick a Freddie, dándole un fuerte abrazo que la hizo ruborizarse-. Hey, ahí está Zack.

Zack se presentó sosteniendo en los brazos a su diminuta hija, y sonriendo de oreja a oreja.

-Qué preciosa es -murmuró Alex, acercándose con Bess.

-Dios mío -era lo único que podía articular Nick-. Dios mío -todavía no se había separado de Freddie, y al bajar la mirada, descubrió que estaba llorando-. Oye -le enjugó delicadamente una lágrima con un dedo-, ¿qué te pasa?

-Todo esto es tan bonito...

Alzó la mirada hacia él. Tenía unos ojos tan hermosos que, solo por un instante, un incómodo instante, Nick pensó que sería muy fácil ahogarse en ellos.

-Sí, es estupendo -suspiró. Tuvo que recordarse que era su prima. Bueno, algo así como una prima. Y prácticamente una chiquilla-. Yo... vaya, no tengo un pañuelo que ofrecerte.

-Está bien -una lágrima rodó por su mejilla-. ¿Has pensado alguna vez en tener hijos? -le preguntó con un candor y una inocencia que no pudieron menos que conmoverlo.

-¿Que si yo...? -en aquel momento habría retrocedido un paso, si no hubiera tenido a toda la familia detrás-. No -declaró firmemente, aunque desviando la mirada-. Nunca.

-Yo sí -suspirando, apoyó la cabeza contra su brazo.

Mikhail le estaba susurrando algo a Sydney, que asentía con la cabeza y se enjugaba las lágrimas. Detrás de Freddie, Natasha levantó a Katie en brazos y se volvió hacia su marido. Spence tenía apoyada una mano sobre el hombro de Freddie, mientras cargaba a su hijo dormido con la otra.

-Cada una de estas criaturas es un milagro. Spence se inclinó hacia ella para darle un beso.

-Solo tienes que decírmelo cuando decidas tener otro... milagro de estos.

-Soy un hombre afortunado -exclamó Yuri, abrazando el cuerpo más cercano... que resultó ser el de Bess-. Dos nietos. Y ahora tres nietas -y la levantó en vilo.

Cuando volvió a tocar el suelo, Bess no podía dejar de reír.

-Felicidades, abuelo.

Rosalie creía tener buen ojo para juzgar a la gente, y ya había decidido que Bess era una chica muy extraña. Pero seguía yendo a verla.

Desde luego, el sueldo que le pagaba era una buena razón, pensó mientras tomaba un refresco en la minúscula oficina de Bess. Y para una mujer como ella que pensaba retirarse de su oficio, era una razón principal. Aun así, no solo era por sacar una buena cantidad de dinero extra a la semana por lo que cruzaba gustosa la ciudad varios días a la semana, para participar en lo que Bess solía llamar «sesiones de asesoría».

Había otro motivo, mucho más básico. Rosalie disfrutaba de la compañía de Bess. Además de ser una chica muy extraña, tenía clase. Y la clase no solo era un asunto de origen, de pedigrí, aunque Rosalie había descubierto que ella procedía de buena cuna. Era algo más que eso, algo que tenía que ver con la calidad humana, con la bondad y la compasión.

La sesión de aquel día ya había acabado, y estaba esperando a terminar su refresco antes de marcharse. A Bess no parecía importarle que ella se quedara a hacerle compañía mientras trabajaba. Era lo normal, ya que durante aquellas últimas semanas habían llegado a convertirse en buenas amigas.

-¿Sueles quedarte a trabajar hasta tan tarde? -le preguntó Rosalie, y Bess levantó la mirada del teclado de su ordenador.

-Oh, generalmente no -respondió, todavía dándole vueltas a la escena en la que Brock seducía a Jessica-. Lo que pasa es que había pensado en introducir un pequeño cambio en la escena de mañana -sonrió, maliciosa-. Por supuesto, varios miembros del reparto querrán asesinarme cuando les presente esto.

-¿A qué hora saliste de casa esta mañana?

-¿Hoy? A eso de las nueve y media. Salí... -pensó de inmediato en Alex-... con algo de retraso.

-Ahora son más de las siete -declaró Rosalie, mirando su reloj y sonriendo-. Chica, trabajas casi el doble de horas que yo.

Bess se frotó la base del cuello, rígido y dolorido de tanto estar sentada frente al ordenador.

-Oye, ¿tienes hambre? -le preguntó-. ¿Quieres que pidamos algo?

-Oh, no. Yo también tengo que trabajar.

-Podrías tomarte la noche libre... Quizá podríamos ir a ver una película.

Riendo, Rosalie sacó un espejo del bolso para retocarse el maquillaje.

-Dijiste que no ibas a intentar reformarme, ¿te acuerdas?

-Te mentí -Bess se recostó en su sillón mientras su amiga se pintaba los labios. Había hecho todo lo posible por no sermonearla, por no presionarla, por no suplicarle. Pero la quería, y eso no podía evitarlo-. Estoy muy preocupada por ti. Sobre todo después del último asesinato.

Rosalie levantó la mirada del espejo, conmovida. No podía recordar que alguien se hubiera preocupado así por ella antes. Habían pasado muchos años desde la última vez.

-¿No te dije que podía cuidar de mí misma?

-Sí, pero...

-Nada de peros, cariño -con un rápido movimiento, Rosalie sacó una larga y fina navaja automática del bolso-. Y si yo no puedo, esta sí que podrá.

Bess procuró mantener la boca cerrada, pero su mirada se vio atraída por aquella hoja plateada, brillante.

-¿Me la dejas?

Encogiéndose de hombros, Rosalie le entregó la navaja.

-No toques la hoja -le advirtió-. Corta con solo mirarla.

Con aquella temible arma en la mano, Bess se preguntó si su personaje de Jade-Josie podría llevar una. Ya se estaba imaginando una escena en la que la atormentada Jade encontraba la navaja, quizá incluso con la hoja ensangrentada, en uno de sus prácticos bolsos. No, mejor aún en su maletín..:

-¿Alguna vez has...?

-No, todavía no he tenido que utilizarla -extendió la mano para que se la devolviera-. Pero siempre hay una primera vez para todo -presionó el botón, y la hoja volvió a esconderse-. Dentro de un par de meses me olvidaré de todo esto. Me iré a pasar el invierno a Florida, mientras Nueva York se llena de nieve -después de guardar la navaja, se levantó-. Hasta luego.

-Espera -Bess rebuscó en su bolso y sacó una minigrabadora-. Pensé que podrías usar esto -se ruborizó al ver la mirada irónica de Bess-. No, no me refiero a grabar *esa*- parte que tú te imaginas... No. Solo el ruido de las calles, las conversaciones con las otras mujeres, quizá un par de... de arreglos con clientes.

-Tú eres la jefa -Rosalie tomó la grabadora.

-Ten cuidado -añadió Bess, aunque sabía que se reiría de aquella advertencia. Y de hecho se rio, lanzándole una socarrona mirada por encima del hombro.

-Chica, yo siempre llevo cuidado.

Todavía riendo, Rosalie se dirigió por el estrecho pasillo hacia el ascensor del sótano. Ya se estaba imaginando la cara que pondría Bess cuando escuchara la cinta y descubriera que su «asesora» lo había grabado *todo.* La perspectiva de tan aguda broma le arrancó una sonrisa en el preciso momento en que se abrían las puertas. Una sonrisa que desapareció de inmediato al ver salir a Alex.

Mirándose el uno a la otra con mutua sospecha, Alex mantuvo abierta la puerta del ascensor.

-¿Qué tal te van las cosas, Rosalie?

-Van, que eso es lo importante. Cuando ella se dispuso a pasar de largo y entrar, Alex se lo impidió extendiendo un brazo.

-¿Qué sabes sobre Crystal LaRue?

-Que está muerta -respondió Rosalie, apoyando los puños en las caderas-. ¿Hay algo más que quieras saber?

-¿Qué sabes acerca de ella antes de que muriera?

-Nada -contestó, sincera-. No la conocía. Solamente había oído que era nueva, y que no tenía ningún hombre detrás.

-Eso también lo sé yo. Y también sé que Bobby quería convertirla en una de sus mujeres.

-Quizá. A Bobby le gusta que empiecen jóvenes en el oficio.

Alex procuró disimular su disgusto. Aquella chica solo tenía diecisiete años. Una advenediza que había ignorado las reglas y a la que ni siquiera se le había dado la oportunidad de aprenderlas.

-¿Bobby la presionó de alguna foma?

-No puedo decirlo.

-¿No puedes o no quieres?

-Escucha, yo no sé lo que hizo o no hizo Bobby. Últimamente no lo estoy viendo.

En silencio, Rosalie estudió su rostro. Le había desaparecido ya el moratón del ojo.

-Parece que Bess te está pagando dinero suficiente para que te mantengas alejada de él, ¿no?

-Eso es asunto mío.

-Y de ella -replicó Alex-. No quiero que ese tipo descubra lo que está pasando y vaya a por Bess -adoptó una expresión fría, indiferente-. Porque entonces tendría que matarlo.

-¿Crees que sería yo capaz de hacerle eso a Bess? -inquirió Rosalie, con una mezcla de furia y arrogancia en la voz-. Estoy en deuda con ella.

-¿Cómo?

-Ella me invitó a comer en su mesa -explicó con una dignidad que no pudo menos que conmoverlo-. Incluso me ofreció una habitación en su casa. Como si fuera una huésped. No sudes, cariño, que no voy a aprovecharme de Bess. Sí, me está pagando, pero es el único ser de este mundo que me trata como lo que soy. No como un objeto, sino como una *persona* -avergonzada por su propia vehemencia, se encogió de hombros-. Al menos tiene el buen sentido de hacerlo.

-No creas que tiene tan buen sentido. Bueno, quizá no se haya equivocado contigo, después de todo. Lo que pasa es que no quiero que salga perjudicada de todo esto.

-Tampoco yo -Rosalie le clavó el dedo índice en el pecho-. Tienes un tesoro entre las manos, poli -pronunció con una punzada de envidia que, solo por un instante, llegó a brillar en sus ojos-. Procura no perderla de vista.

Sin poder evitarlo, Alex sonrió. Y el encanto de aquella sonrisa a punto estuvo de cambiar la opinión de Rosalie sobre los policías.

-Sí, *madame* -como Bess, quería decirle algo que pudiera disuadirla de seguir trabajando en las calles. Pero, al contrario que ella, estaba resignado a no poder hacer nada al respecto.

-Si sigues mi consejo, tal vez empiece a comprender por qué está tan chiflada por ti -cuando Alex retiró el brazo, Rosalie entró en el ascensor y se volvió hacia él-. Pórtate bien con ella, Stanislaski. Se merece lo mejor.

Las puertas del ascensor se cerraron. Pensativo, Alex se quedó contemplándolas por un momento antes de dirigirse a ver a Bess.

Estaba inclinada sobre el ordenador, tecleando rápidamente. Sus dedos se movían a toda velocidad, pero su mirada estaba fija, distante. «En Millbrook», pensó Alex, sonriéndose.

Ese día se había puesto una falda corta, de cuero, color azul, y una blusa rosa de seda. En la muñeca llevaba por lo menos media docena de brazaletes y pulseras doradas, que tintineaban mientras trabajaba. En las orejas lucía unos aretes grandes, que destacaban contra su melena rojiza y le daban un aspecto exótico, como de gitana.

Le dolía el corazón de amor por ella. Y en cuanto a lo demás... Alex suspiró profundamente. Simplemente deseaba devorarla. Devorar cada centímetro de su deliciosa piel. ¿Qué diablos iba a hacer cuando Bess intentara escabullirse fuera de su vida? Porque estaba seguro de que terminaría haciéndolo, como ya había hecho antes con otros. Podía esforzarse por retenerla; podía rogarle, suplicarle, pero al final...

¿Qué le había hecho pensar que algún día encontraría a una chica buena, bonita, de vida tranquila y sencilla? Con Bess nada era sencillo, ni tranquilo. Con ella tendría que compartir todos los aspectos de su trabajo, incluidos los más oscuros. Aquellas facetas de su vida que tanto quería esconder a la gente que más le importaba en el mundo. Y en cuanto a los hijos... Si no sabía cómo diablos iba a conseguir ponerle un anillo en el dedo, mucho menos pedirle que formaran juntos una familia...

Estar enamorado de ella lo llenaba de impotencia, lo convertía en un estúpido, le hacía sentir un miedo que jamás había experimentado durante todos aquellos años en la policía. Ni en toda su vida. Un miedo que procedía de lo más profundo de su corazón. Solo podía seguir su propio consejo y dejar las cosas tal como estaban. Seguir así hasta que ella se acostumbrara a su presencia en su vida, y deseara algún día que se quedara para siempre.

Mientras la observaba, Bess dejó de teclear y alzó la mano para frotarse el cuello, tenso y dolorido. La falda se le deslizó unos centímetros hacia arriba. Pulsó varios botones y la impresora se puso en marcha.

Con una sonrisa en los labios y presa de un deseo incontenible, Alex cerró sigilosamente la puerta a su espalda. Y la aseguró con llave. Bess dio un respingo al sentir sus manos sobre los hombros.

-Alexi... -suspiró cuando él empezó a darle un suave y delicioso masaje en el cuello-. Oh, es maravilloso...

- ¿Dónde está Lori?

-No se sentía muy bien -mientras la impresora continuaba funcionando, Bess cerró los ojos-. Le dije que se marchara, y yo me quedé un rato más. Quería hacer unos cambios en la escena de mañana. Me dijiste que ibas a quedarte a trabajar hasta tarde...

-La pista que estábamos siguiendo no dio resultado. Ahora tendremos que seguirle el rastro a esa cadena de oro, con un corazón atravesado por una flecha.

-¿Seguirle el rastro?

-Visitando a los joyeros -le explicó- e intentando localizar a los compradores. Llevará tiempo, pero...

-¿Crees que ese corazón tiene un especial significado para ese tipo?

-¿Como que alguna mujer le rompió una vez el corazón, y él les regaló un símbolo de aquel desengaño antes de matarlas? Tal vez. Los psiquiatras lo definen como un individuo sexualmente frustrado, que recurre a prostitutas. Las desea pero se detesta a sí mismo por recurrir a ellas, a la vez que las desprecia por su oficio. El hecho de que pase siempre antes por un corto período de cortejo refleja que... -se interrumpió al ver que ella recogía su bloc de notas-. Hey, espera, McNee -le apretó suavemente los hombros-. No sé cómo lo haces. Tan pronto estoy pensando en desnudarte como al momento siguiente me haces hablar de un caso como este -la besó en el pelo-. Nada de notas.

Bess soltó el bloc, reacia.

-Me gusta oírte hablar de tu trabajo. Quiero que seas capaz de hablar de todo conmigo.

-Al parecer sí que soy capaz. Incluso de las cosas que no quiero que oigas. Tengo un problema contigo, Bess. No me dejas que te refugie en ese cómodo y seguro rincón donde quiero que estés.

-La verdad es que me gusta estar donde estoy -sonriendo, le tomó una mano, le volvió la palma y se la besó-. Y pienso quedarme.

Sintió que Alex tensaba los dedos, antes de relajarlos lentamente para acariciarle una mejilla.

-¿Sabes? Te estuve observando mientras trabajabas.

Un escalofrío la recorrió al escuchar esas palabras, junto con la punzada de deseo que detectaba en ellas.

-¿Ah,sí?

-Y también estuve pensando -deslizó las manos por sus senos-. Y fantaseando.

Bess echó hacia atrás la cabeza. La respiración se le había acelerado.

-¿Sobre qué?

-Sobre las cosas que me gustaría hacer contigo -a través de la ropa, le acarició suavemente los pezones.

Cuando intentó volverse para mirarlo, él la mantuvo donde estaba. Con expresión aturdida, miró el monitor, ya apagado. En la pantalla podía ver su propio reflejo, con las manos de Alex acariciándola.

Aquello era algo insoportablemente erótico de ver, y de sentir. Con la boca seca, veía cómo sus dedos le iban desabrochando los botones, y la oscura sombra de su cabeza inclinándose sobre ella para depositar un ardiente beso en su cuello.

-Te estuve observando -pronunció Alex con voz ronca, cada palabra quemándole la garganta-. Te deseaba -medio enloquecido, continuó provocándola, atormentándola-. ¿Recuerdas la primera vez que te encontré aquí?

-¿Qué? -Bess no podía recordar ni siquiera su propio nombre. Solo existía aquella necesidad que la corroía por dentro, y que él incrementaba implacable-. Alexi, por favor. Ven a casa conmigo. Necesito... -gimió, barrida por una nueva ola de placer.

-Te deseaba -con un violento movimiento, giró el sillón y la lizo levantarse-. Déjame enseñarte lo que quería hacer contigo.

Aquel no era el tierno y paciente amante de la noche anterior. Tanto si se encontraba preparada como si no, Alex le estaba desvelando aquel oscuro y turbio aspecto de su personalidad que tan obstinadamente le había ocultado hasta entonces. La atrajo hacia sí. Su cuerpo, duro como la roca, vibraba como un volcán. Todo a su alrededor desapareció. Corno si lo único que existiera fuera aquella fuerza y la incontenible furia de lo inevitable.

Alex le devoraba los labios, introduciendo cada vez más profundamente la lengua en el dulce interior de su boca, mientras con la mano libre le desabrochaba la falda. Quería sentir su piel desnuda, de seda, su carne, aquellas curvas tan tentadoras... Las nociones de tiempo y de lugar habían perdido todo sentido. Solo existía el aquí y el ahora. Solo ella.

Bess sintió una punzada de miedo. Hasta ese momento, nunca había sabido lo que era ser deseada de aquella manera. Era algo tan inmenso, tan violento, tan glorioso... Antes, Alex le había dado más de lo que ella había soñado recibir. Pero ahora parecía decidido a darle incluso más de lo que jamás se había *atrevido* a soñar...

-Desde que te conozco, estoy en guerra conmigo mismo -musitó mientras deslizaba los labios por su garganta, al tiempo que la tomaba de las caderas y la atraía hacia sí-. No encuentro el final. Ni la paz. Pronuncia mi nombre. Quiero oír cómo pronuncias mi nombre.

-Alexi.

Cuando arrasó nuevamente su boca, Alex se embebió del aliento de sus palabras, de su respiración.

-Hazme el amor -le pidió ella-. Ahora.

Una salvaje necesidad la invadía por dentro, enloqueciéndola de deseo. Decenas de pequeñas explosiones estallaban en su interior, fundiéndose todas en.un.enorrne remolino de sensaciones. Casi sollozando, forcejeó para desnudarlo. Temblaba, se estremecía, suspiraba por él. No podía evitarlo.

Deslizó los labios por su hombro desnudo, paladeando el sabor de su piel.

Confusas y mezcladas frases giraban en el cerebro de Alex. Las oía brotar de sus propios labios y quedar suspendidas en el aire mientras se esforzaba por recuperar el aliento. Con un gemido, la aferró de los hombros.

Vio que tenía el rostro ruborizado, los ojos brillantes. Había marcado aquella piel marfileña. Podía ver las huellas de sus dedos allí donde la había tocado. Pero el lado de su persona que se habría sentido consternado ante aquella falta de ternura se veía superado por un oscuro y desesperado deseo de tomar, de conquistar. Veía ahora aquellas huellas como marcas, como señales que la marcaban como suya. Solamente suya.

Se irguió ante ella. Al verlo así desnudo, con los músculos tensos, magnífico, Bess sintió una nueva emoción que le quemaba la garganta. Al encontrarse con su mirada, la sonrisa que había curvado sus labios se convirtió en una mueca de asombro.

-Nadie te hacer sentir lo que yo -pronunció Alex.

Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza, maravillada.

-Nadie te toca como yo -retiró las manos de sus hombros y agarró el borde de la camiseta que llevaba bajo la blusa-. Nadie te ha tocado, ni te volverá a tocar, como yo.

-Alexi...

-Compréndeme -podía sentir su corazón latiendo bajo sus dedos-. Eres mía ahora -vio que abría mucho los ojos de asombro cuando, de *repente,* le rasgó en dos la prenda interior-. Toda tú.

La tumbó sobre la mesa, deleitándose con la mezcla de excitación y estupor que veía en sus ojos. Sí, quería excitarla. Sorprenderla. Impresionarla. Le alzó las caderas.

-Agárrate a mí -le pidió, pero tan aturdida de deseo estaba Bess, que su manos resbalaron por los brazos húmedos de sudor de Alex-. ¡Agárrate!

Bess lo miró entonces a los ojos, y descubrió en ellos toda la furia de su poder. Ahogándose en aquella sensación, enterró las manos en su pelo y enroscó las piernas en su cintura. Cuando Alex se hundió en ella, arqueó el cuerpo hacia atrás absorbiendo aquel primer embate ardiente.

Era como si se estuviera consumiendo por dentro. Podía sentir la frialdad de la mesa en su espalda, y el peso de Alex sobre ella. Ansiando más, se aferró a sus hombros y procuró seguir su rápido, frenético ritmo.

Alex se perdió, se olvidó de sí mismo. En aquel momento solo existía Bess, y la necesidad de poseerla. El desesperado anhelo de poseerla. En medio de su frenesí, barrió papeles, tazas, bolígrafos de la mesa. No podía apartar los ojos de su rostro, de su mirada nublada de deseo, de sus labios temblorosos.

«Demasiado», llegó a pensar Bess, extasiada. Demasiado, pero a la vez nunca suficiente. Las luces del techo se quebraban en cegadores arcoiris que parecían nublar la cabeza de Alex. Tenía una mirada tan oscura, tan fieramente concentrada. Oh, ver cómo la deseaba... Cómo la tomaba... No podía entender las palabras que pronunciaba en murmullos, una, y otra vez. Pero comprendía lo que había en sus ojos. Se estaban devorando mutuamente, y no podían detenerse.

Sentía cómo su cuerpo se iba poniendo rígido, cómo los músculos de sus brazos se iban convirtiendo en piedra. Alex gruñó su nombre mientras le clavaba unos ojos como dagas afiladas. Cuando se vertió en su interior, Bess soltó un grito triunfal, y después otro de asombro cuando él la arrastró consigo a aquel abismo de placer.

La fuerza y el poder que antes lo habían poseído se evaporaron de repente y cayó exhausto sobre ella, jadeando. Luchando por recuperar el resuello, enterró la cara en su pelo y se embebió de su fragancia, de su inconfundible aroma. Ya no podía encontrar su centro, el eje de su vida que tan vital le había resultado para sobrevivir. Ya no encontraría ninguno más sin ella.

Podía sentirla vibrando bajo su cuerpo, estremeciéndose. Y había lágrimas mezcladas con el sudor que bañaba su rostro.

Con el aliento quemándole todavía en los pulmones, se incorporó sobre los codos y sacudió la cabeza en un intento de despejarse la mente. Al percibir aquel movimiento, Bess emitió un débil gemido. Esforzándose por recuperar la ternura que siempre le había caracterizado, Alex comenzó a acariciarle delicadamente el cabello, los hombros, la espalda...

Murmurando disculpas, la acunó como si fuera una niña.

*-Mitayo,,* lo siento. Te he hecho daño. He debido hacerte daño. No llores.

-No estoy llorando.

Pero sí lo estaba. Alex podía sentir la humedad de aquellas lágrimas mientras le besaba la cara y el cuello.

-Solo dime que amas -le pidió ella-. Por favor, dime que me amas...

-Te amo. Shhh -la besó tiernamente en los labios-. Ya sabes que te amo.

-Yo también te amo. Tienes que creerme, porque es la verdad -le cubrió el rostro de besos, húmedos y trémulos.

Alex sintió un doloroso nudo en las entrañas, pero continuó acariciándola con exquisita ternura.

-Solo déjame que te abrace.

-Incluso ahora no me crees, Alexi -pronunció, desesperada-. ¿Qué puedo hacer para que me creas?

-Te creo -pero ambos sabían que solo se lo decía para consolarla-. Me perteneces.

-Tú eres todo lo que quiero -se relajó contra él, ya más tranquila.

-¿No más lágrimas?

-No más lágrimas.

Alex le alzó la barbilla para mirarla bien.

-¿Te he hecho mucho daño?

-No -sonrió-. ¿Y yo a ti?

Alex entrecerró los ojos, y la sonrisa de Bess se amplió.

-¿No estás... enfadada?

-¿Por qué?

-Me porté como un animal. Te hice el amor encima de la mesa como si fuera un demente.

-Lo sé -se desperezó, suspirando de satisfacción-. Fue maravilloso.

-¿Sí? -la culpa empezaba a ceder ante el orgullo-. ¿Entonces te gustó?

-Pues sí. Fue... fantástico. La experiencia más erótica de toda mi vida.

-Pero lloraste.

-Alexi, tú no me forzaste a nada. Nadie me había hecho sentir nunca tan deseada. Ni más irresistible.

-De todas formas lamento...

-No te preocupes -después de lanzar otro sensual suspiro, miró a su alrededor-. Lo que no sé es cómo podré volver a trabajar aquí, en esta oficina.

Alex sonrió, malicioso.

-Bueno, quizá lo que acaba de suceder pueda servirte de inspiración.

-Tal vez -se incorporó, viendo cómo la devoraba con los ojos. Sí, había una intención muy definida en aquella mirada-. Imagino que, como policía que eres, habrás tenido que soportar un duro entrenamiento físico.

-Desde luego.

-Y que probablemente gozarás de una gran capacidad de recuperación.

-Bueno, bajo las condiciones adecuadas, sí -arqueó una ceja.

-Estupendo -y comenzó a deslizar las manos por su pecho, todavía brillante de sudor.

Soltando una carcajada, Alex le sujetó las muñecas.

-McNee, ¿no preferirías que repitiéramos la experiencia en una cama?

Por toda respuesta, Bess delineó con la punta de la lengua el contorno de sus labios, tentadoramente.

-¿Te da esto alguna pista, detective?

-No puedo creer que quieras pasar la mayor parte de una mañana de domingo en un gimnasio -le comentó Alex a Bess antes de entrar en Rocky's.

-Pero es *tu* gimnasio -repuso ella, besándolo.

Pensó que los últimos días habían sido casi como una luna de miel, si descontaba las horas que cada uno había pasado trabajando. Estaba empezando a concebir esperanzas de que Alex llegara a convencerse de que lo amaba. Una vez que lo hiciera, darían el siguiente paso. El paso que los haría entrar en una auténtica luna de miel.

-Ayer tú fuiste a buscarme a mi gimnasio -le recordó Bess.

-Eso no era un gimnasio, sino un palacio. Luces por todas partes, música, todos aquellos espejos...

-Al menos así podré ver cuándo se me empieza a caer el trasero.

-Eso ya te lo diré yo.

-Hazlo y verás lo que es bueno -replicó, y empujó las puertas de cristal.

Nada más entrar, le vinieron a la cabeza todas las películas de boxeadores que había visto en su vida. Una enorme sala resonante de gruñidos, golpes, gritos. En una esquina se levantaba el cuadrilátero, en el que estaban peleando dos hombres en calzón corto. Varios sacos de arena pendían en lugares estratégicos, con los aparatos de pesas.

-¿Contenta? -le preguntó Alex.

-Pero si ni siquiera he empezado... -sonrió.

Fue su turno de quedarse con la boca abierta cuando vio que se quitaba la sudadera. Debajo llevaba la parte alta de un *maillot* ajustado, de bandas rojas y verdes, en ziz zag. Cuando ya se disponía a despojarse también de los pantalones del chándal, Alex la tapó con la camiseta que acababa de quitarse.

-Vamos, Bess, vístete. Dios mío -la parte inferior del *maillot* era aún peor. Mucho más pequeña que la superior-. No puedes llevar esto aquí.

-¿Acaso es ilegal? -se inclinó para guardar sus pantalones en la bolsa deportiva y oyó en aquel momento el ruido de unas pesas al caer al suelo. Volviendo la cabeza, miró sonriente al hombre que la miraba con unos ojos como platos.

Los gritos y silbidos se alzaron inmediatamente, resonando en las altas pareces de la sala. Alex temía muy mucho que llegara a producirse un motín... un motín del que él en buena parte era responsable.

-Maldición, ponte algo encima antes de que tenga que matar a alguien.

-Parecen inofensivos -se irguió de nuevo y alzó los brazos para recogerse la melena en una cola de caballo-. En cualquier caso, tengo que entrenar -sonrió, desafiante-. ¿Cuánto levantas en ejercicios de banco?

-McNee, no te atrevas a... -se interrumpió al ver que se dirigía a hablar con el levantador de pesas. Aquellos ciento veinticinco kilos de músculo se pusieron a balbucear como un adolescente. Alex no tuvo más remedio que lanzarle una hosca mirada de advertencia, algo así como la de un perro pastor dispuesto a defender a una oveja descarriada, antes de acercarse a ella.

Bess volvió a eludirlo, por supuesto. Alex se dijo que debería haberlo adivinado. Los hombres empezaron a hacer tonterías, se echaron a reír y finalmente compitieron entre sí para enseñarle la manera correcta de realizar los diversos ejercicios de pesas.

Antes de que transcurriera una hora, a Bess le habían mostrado fotos de sus esposas e hijos y había escuchado la historia de sus vidas, unas más lacrimógenas que otras.

-¿Seguro que quieres hacer esto? -le preguntó de nuevo, chocando sus guantes de boxeo.

-Absolutamente -sonrió a Rocky, que le estaba atando los suyos-. No me marcharé de aquí sin probar a boxear un poco.

-Vigila su izquierda... tiene un buen gancho -le advirtió Rocky-. El chico habría sido un buen boxeador si no se le hubiera metido en la cabeza ser poli.

-Yo soy rápida de pies -Bess le hizo un guiño a Rocky-..No dejaré,que me alcance.

Varios de sus nuevos admiradores se acercaron al cuadrilátero para ver el combate. Disfrutando de la expectación que había generado, se ajustó el casco de protección.

-¿No se supone que debemos llevar protectores de boca?

-Cariño, no voy a golpearte -sonrió Alex. Con un gesto afable, chocó sus guantes con los suyos-. De acuerdo, levanta los brazos -cuando la vio levantar las manos hacia el techo, exclamó-: Esto no es un arresto, McNee -pacientemente le colocó los brazos en la posición de defensa-. Y ahora, manten la guardia, ¿lo ves? El brazo izquierdo algo más levantado, así. Si yo hago esto., -amagó lentamente un directo a su mandíbula-... tú lo paras, con la barbilla pegada al pecho. Eso es.

-Y te pego con la izquierda -dijo Bess, y lo hizo.

-Bien. Adelante, sin miedo -cuando la vio lanzar un directo con poca fuerza, sacudió la cabeza-. No, eso es muy flojo. Utiliza el resto del cuerpo para proyectar más fuerza. Imagínate que soy Dawn Gallagher.

Un brillo fulguró en sus ojos, y le lanzó un fuerte gancho.

-Hey, eso ha estado mejor. Pero ahora voy a desplazarme por el cuadrilátero. Sigue atacándome.

Bess empezó a moverse rápidamente, arrancando varios aplausos a los presentes. Alex sonrió.

-Tienes estilo. Sigue así.

Estaba disfrutando enseñándole aquella técnica. Por lo demás, se dijo que no le sentaría nada mal aprender a defenderse con algo más que una pistola de agua rellena de amoníaco.

-Esto es divertido -comentó Bess, agachando la cabeza y lanzándole dos rápidos directos con la izquierda.

-Eso es, así, así...

Riendo, fijó la mirada en la parte central de sus calzones de boxeo.

-Mmmm. Estás tan guapo vestido así.., -murmuró.

-No intentes distraerme.

-Bueno, tú lo has querido -empezó a moverse a su alrededor y, riendo, Alex se volvió hacia ella.

-Muy bien, ahora... -se interrumpió al recibir un violento gancho en la mandíbula que lo mandó al suelo.

-Oh, Dios mío... -se apresuró a atenderlo, raspándole la cara con los guantes en un intento por acariciarlo-. Oh, Alexi, lo siento. ¿Te he hecho daño?

Alex se revisó la mandíbula, mirándola ceñudo.

-Buen golpe -musitó mientras los hombres, dando vivas, saltaban al cuadrilátero y alzaban en hombros a la ganadora.

-De verdad que lo siento -insistió Bess cuando salían del gimnasio, acariciando la insignia que, con gran ceremonia, Rocky le había prendido en la sudadera a manera de recompensa.

-Basta ya, MacNee. Sé que estás saltando de alegría por dentro. Pero ándate con cuidado, si no quieres que te pida la revancha.

Locamente enamorada, le echó los brazos al cuello

-Cuando quieras.

-¿Ah, sí? ¿Qué te parece si...? -Alex se interrumpió con una mueca cuando le sonó el busca que llevaba a la cintura-. Perdona.

-No te preocupes -suspiró mientras Alex localizaba un teléfono y llamaba. A su lado, observando su rostro, escuchando sus secos comentarios, se dio cuenta de que sus planes de comer en el parque e ir luego de compras iban a sufrir un serio revés.

-Ya has puesto la cara de policía -le dijo cuando colgó-. ¿Tienes que incorporarte?

-Sí -pero no le reveló que habían encontrado otra víctima. Ya era bastante malo que se les hubieran estropeado los planes para ese día-. Y probablemente me lleve un buen rato. Lo siento, Bess.

-Lo entiendo -le acunó el rostro entre las manos-. Eso forma parte de lo que hay.

-Yo... -se llevó sus manos a los labios. No le dijo que la amaba, porque sabía que ella también se lo diría, y lo ponía nervioso escuchar aquellas palabras de sus labios-. Gracias.

-Mira, voy a hacer una cosa: esta tarde, cuando termine lo que tengo que hacer, me pasaré por el mercado. Prepararé una cena para esta noche. Algo que no se estropee aunque tenga que calentarlo un par de veces, ¿qué te parece?

-¿Vas a cocinar?

-No soy tan mala cocinera -insistió al ver su escéptica sonrisa-. Si quemé las patatas la otra noche fue porque tú me distrajiste.

-De acuerdo -la besó-. Intentaré llamarte.

-Bien -se despidió de él con la mano, viéndolo alejarse hacia el metro. Cuando lo perdió de vista, se abrazó. Se sentía realmente como la mujer de un policía.

-Espero no haberte importunado con mi visita. Pasaba por aquí y pensé en...

-¡Claro que no! -Rachel miró las grandes bolsas que llevaba Bess-. Parece que has hecho muchas compras, ¿eh?

-Una vez que saco la tarjeta de crédito, ya no puedo parar -entró en el apartamento-. Estás preciosa. ¿Cómo puedes tener ese aspecto tan sólo una semana después de haber dado a luz?

-Son los genes Stanislaski -la besó en las mejillas-. Ven, sentémonos en el salón.

-Gracias. Yo... Ooops -metió la mano en una de las bolsas y sacó una caja de bombones-. Esto es para la mamá -le dijo, refiriéndose a ella.

-Oh, gracias... -exclamó Rachel, encantada-. Creo que acabas de convertirte en mi mejor amiga.

Riendo, Bess siguió rebuscando dentro de las bolsas.

-Bueno, tengo entendido que la gente acostumbra a pasarse por esta casa a dejar regalos para bebés -le tendió un paquete envuelto en papel blanco, con un dibujo de chupetes de color rojo brillante-. Y, aunque cumplí con la tradición, pensé que tú te merecías algo tan pecaminoso... como esos bombones.

-Tienes razón. Eres muy amable, Bess, y demasiado generosa. Alex y tú ya le habíais regalado a Brenna ese precioso dragón gigante...

-Ese era un regalo conjunto. Este es mío. Cuando vi en el escaparate ese vestidito blanco de organdí, no me pude resistir.

-Es precioso -exclamó Rachel, abriendo el paquete-. Apenas puedo esperar para ponérselo.

-Ah, tenemos visita -Mikhail entró en aquel instante en la habitación, con la diminuta Brenna en los brazos-. Hola, tía Bess -la besó en las mejillas.

-Dijiste que no la despertarías -le dijo Rachel, inclinándose sobre la pequeña.

-Y no lo hice. ¿Qué es esto? -señaló la caja dorada de bombones.

-Esto es mío -vio que abría la tapa y empezaba a rebuscar-. Si te comes más de uno, te las verás conmigo.

-Siempre está ansiosa de dulces -explicó Mikhail, saboreando un bombón-. .¿Dónde está Alexi?

-Lo llamaron de la comisaría.

-Bien. Así podrás quedarte sentada un rato y posar para mí. Voy a hacer unos esbozos.

-¿Ahora? No sé si estoy vestida para...

-Solo necesito tu rostro -con una mano, abrió un cajón de la cómoda y extrajo un cuaderno de dibujo.

-Será mejor que cooperes de buen grado -le advirtió Rachel, tomando al bebé-. Una vez que sale a flote el artista que hay en él, no tienes la más mínima oportunidad.

-Me siento halagada, de verdad.

-No hay razón para ello -repuso Mikhail con tono ausente, mientras sacaba un lápiz-. Cada uno tiene la cara con la que nació. No hay en ello mérito personal alguno. Por favor, siéntate aquí, cerca de la ventana, a la luz. Rachel, ¿qué hay de la bebida que me prometiste?

-Está en camino -respondió, meciendo a la pequeña-. ¿Te apetece a ti algo, Bess?

-Sí, algo frío... y que me dejes tener por un momento a Brenna.

Rachel depositó suavemente al bebé en sus brazos.

-Apenas llora. ¿Sabes? Creo que los ojos se le van a quedar azules. Como los de Jack.

-Es una belleza -Bess se inclinó para besarle la cabecita-. Como todos vosotros.

-Muchas gracias. Bueno, me voy por esos refrescos -y se marchó a la cocina.

-Puedes hablar si quieres -le dijo Mikhail, y empezó a dibujar.

-¿Dónde están Sydney y Griff?

-Griff tiene un pequeño resfriado -contestó-. Sydney lo está mimando demasiado, pero dice que soy yo quien lo mima demasiado y me ha echado de casa. Con el pretexto de hacer un recado, vamos.

-El recado consiste en venir aquí a fastidiarme -gritó Rachel desde la cocina.

-En realidad se alegra de verme -explicó Mikhail-. Se siente algo sola aquí, con Zack y Nick supervisando las obras del nuevo apartamento.

-Ah, es verdad. Os vais a trasladar -comentó Bess, cómodamente sentada en el sillón con Brenna en los brazos-. Me lo dijo Alexi.

-Necesitamos una casa más grande. Tenía que estar lista hace un mes, pero estas cosas siempre se retrasan. Pero voy a echar de menos esta -le confesó Rachel, saliendo de la cocina con una bandeja de bebidas-. Y teniendo a Nick debajo... Aunque supongo que a Nick le gustará quedarse con toda la casa para él solo.

Bess alcanzó su refresco con la mano libre, mientras mecía suavemente al bebé con la otra.

-Supongo que debió de estar tan enamorado de ti como ahora lo está Freddie de él...

Por un instante, Rachel la miró asombrada. Luego se echó a reír.

-Alex ya me avisó de que eras muy observadora. Casi clarividente.

-Forma parte de mi trabajo.

-Bueno, puestos a ser indiscretos... ¿es muy profundo tu enamoramiento por Alexi?

-Más profundo imposible -sonrió Bess-. Él piensa que no me comprometo en serio con ningún hombre. Que cambio demasiado de pareja. Pero, con Alex, eso no es verdad.

-¿Y por qué piensa eso?

-Tengo mi trayectoria, que no puedo negar. Con Alex, sin embargo, es distinto -cuando Bess bajó la cabeza para murmurarle algo al bebé, Rachel miró a su hermano. Se entendían perfectamente sin pronunciar una sola palabra—. Eso me hace envidiar a la gente como vuestra hermana Natasha -continuó Bess-. Tres hijos preciosos, un marido que después de años de matrimonio todavía la mira como si estuvieran de luna de miel, un trabajo que le encanta... Envidio todo eso.

-¿Te gustaría formar una familia?

-Sí. Nunca he tenido una.

-¿Te molesta que Alex sea policía? -siguió preguntándole Rachel.

-¿Que si me molesta? -arqueó las cejas, sorprendida-. No. ¿Quieres decir si me preocupa, o me va a preocupar? Supongo que sí. Pero eso no es algo que yo pueda cambiar, o que quiera cambiar. Lo amo tal cual es.

-Pero aun así estás triste -pronunció Mikhail con tono suave.

-No -la negativa de Bess fue tan apresurada que despertó al bebé. Mientras negaba con la cabeza, intentó calmarlo-. No, claro que no.

-Lo veo en tus ojos.

-Lo que pasa es que sé que no confía en mí... en mis sentimientos. O, quizá, en el aguante y resistencia de mis sentimientos. Pero no es culpa suya.

-Alexi siempre fue muy desconfiado -había un claro disgusto en la voz de Mikhail-. Hablaré con él.

-Oh, no -rio Bess-. Se pondría furioso con los dos. Todo ese orgullo eslavo y masculino...

-Hey, ¿qué tiene eso de malo? -le preguntó él, con los ojos entrecerrados.

-Nada -le sonrió a Rachel-. Nada en absoluto. No hay que preocuparse; lo arreglaré a mi manera. De hecho, voy a empezar esta noche. Quiero prepararle una cena. Pensé que quizá podría llamar a vuestra madre para preguntarle por el plato favorito de Alex.

-Eso te lo puedo decir yo -se ofreció Rachel-. Cualquier cosa.

-Bueno, eso ciertamente amplía mi abanico de posibilidades. ¿Crees que le importará que la llame para pedirle algunos consejos? Mis habilidades culinarias son bastante escasas...

-Le encantaría -Rachel se sonrió, sabiendo que su madre, nada más terminar de hablar con Bess, se pondría a planificar la boda.

Ya era más de medianoche cuando Alex entró en el apartamento de Bess con la llave que ella le había dado. Estaba exhausto, y le dolía la cabeza de todo el café que había bebido. Eso era habitual en él: algo tan incorporado a su trabajo como elaborar informes o seguir una pista. Pero el doloroso nudo que sentía en el estómago sí que era nuevo.

Tendría que decírselo.

Bess se había dejado la televisión encendida. En una antigua película en blanco y negro, una mujer chillaba de terror y corría por un playa de noche. Mientras se quitaba la cazadora, Alex atravesó el salón con intención de apagarla. Pero antes de que pudiera hacerlo, la descubrió dormida, hecha un ovillo en el sofá.

Lo había esperado. La dulzura de aquel gesto lo dejó conmovido mientras se sentaba a su lado. Hasta ese instante, había pasado años y años volviendo a casa solo, para no encontrar a nadie. La besó tiernamente en una mejilla. Bess se movió un poco, murmurando. Y abrió los ojos.

-Me disponía a llevarte a la cama -le susurró-. Venga, a dormir.

-Alexi -alzó una mano para acariciarle el rostro-. ¿Qué hora es?

-Tarde. Tienes que irte a la cama.

-Quería esperarte, pero la película era tan mala... -se incorporó sobre un codo, riendo, y se acercó para besarlo-. Has tenido un largo día, detective.

-Sí. Y tú también.

-Estoy bien -se sentó, bostezando-. ¿Has comido algo?

-Un sandwich. Lo siento. Intenté llamar.

-Sí, y dejaste el mensaje en el contestador. Pero estaba fuera, porque se me había olvidado la paprika y tuve que salir a comprarla.

-¿Has cocinado? -le preguntó, sintiéndose cada vez más culpable.

-Sí, y me he sorprendido de mí misma. Tu madre me pasó la receta del pollo... al estilo húngaro.

-*Csirje paprikas!* -solamente la mención de aquel plato tenía la virtud de hacerle la boca agua-. Eso lleva mucho trabajo.

-Digamos que fue una especie de aventura culinaria... -se echó a reír-... pero mereció la pena, o al menos eso creo. No te preocupes. Lo calentaré mañana, para la comida. Y luego... -se arrebujó contra su pecho-. Si te sientes realmente culpable, dejaré que me lleves en brazos al domitorio... Estoy segura de que se te ocurrirá alguna manera de compensarme.

Pero en lugar de soltar una carcajada y de alzarla en brazos, Alex se incorporó para apagar la televisión.

-Tenemos que hablar.

Su tono la inquietó de inmediato, pero se limitó a asentir con la cabeza.

-De acuerdo.

Alex se acercó al armario de las bebidas. Sabía que los dos iban a necesitar una copa.

-Se trata de algo malo -murmuró Bess, apretando los labios. Lo primero que se le ocurrió fue que había cambiado acerca de ella. Que finalmente se había replanteado su relación y dado cuenta de su error.

-Sí -afirmó, volviendo al sofá con las dos copas de brandy-. Toma.

-Suétalo ya -pronunció, aspirando profundamente-. Estoy preparada.

-Anoche se produjo otro asesinato.

-Oh, Alexi -instantáneamemte, la imagen del cuerpo desmadejado de Crystal LaRue apareció ante sus ojos-. Oh, Dios mío -le tomó una mano entre las suyas-. ¿Anoche?

-El dueño del motel la encontró esta mañana. Tenían un acuerdo. Ella solo usaba esa habitación para trabajar, y él cobraba la comisión habitual -hablaba despacio, con deliberada lentitud, para que la impresión general de horror fuera cediendo antes de pasar a los detalles concretos-. La última noche utilizó tres veces la habitación. El dueño llegó a ver al tercer tipo cuando subieron, así que hemos pasado casi todo el día de hoy interrogándolo.

-Entonces es probable que capturéis al asesino.

-Oh, sí. Esta vez no hay duda. El dueño del hotel no lo identificó entre las fotos que le mostramos, pero nos facilitó una descripción muy pormenorizada. Incluso tenemos muestras de su sangre. De ADN. Y algunas cosas más.

-Lo capturaréis pronto.

-Eso espero. Bess, la mujer... -le apretó la mano-... era Rosalie.

Se lo quedó mirando fijamente, sin hablar, terriblemente pálida.

-No. No puede ser. Tiene que ser un error. Tan solo hace un par de días que estuve hablando con ella y...

-No es un error. Yo mismo examiné el cadáver, y le tomé las huellas. Era Rosalie, Bess.

Un desgarrado gemido de dolor brotó de su garganta mientras lo abrazaba.

-No. No, no no...

De repente se levantó, necesitada de ganar distancia, desesperada por desahogar de alguna forma tanta rabia.

-Ella no tenía por qué morir. No es justo. No es justo que haya muerto así cuando...

-La muerte nunca es justa. Fue la fría seguridad de su tono lo que la indignó.

-Claro, solo era una prostituta. No importa. «No sientas nada, no te impliques»: ¿no eran esos los consejos que me dabas?

Alex se quedó muy quieto, como si acabara de verla tomar un arma y quitar el seguro.

-Supongo que sí.

-Yo quería ayudarla, pero tú me decías que eso era imposible, inútil. Me decías que estaba malgastando mi tiempo y mi energía. Y tenías razón, ¿verdad, Alexi? Qué agradable debe de resultar tener siempre razón.

Alexi suspiró. ¿Qué más podía hacer?

-¿Por qué no te sientas, Bess? Te estás alterando demasiado y...

-Yo quería a Rosalie, maldita sea. La quería. Para mí no era solo una historia en la que apoyarme para mi guión; era una persona. Lo único que quería era ir al sur, ser feliz. Ella no debería haber muerto así.

-Ojalá pudiera cambiar eso -una amarga sensación de fracaso había convertido la voz de Alex en puro hielo-. Dios sabe que nada me gustaría más -casi sin darse cuenta, estrelló la copa contra la pared-. ¿Cómo puedes saber lo que sentí al entrar en aquella mugrienta habitación y encontrarla así? ¿Cómo diablos puedes saber lo que sentí al mirarla a la cara sabiendo que no pude evitarlo? Yo también la consideraba una persona.

-Lo siento -pronunció Bess, llorando-. Alexi, lo siento.

-¿Por qué? -le espetó-. Todo lo que me has echado en cara es cierto.

-No es verdad -sabía que había intentado amortiguar el impacto de la noticia, cuando en realidad lo sentía casi tanto como ella. Alex también necesitaba consuelo. En sus ojos veía una inmensa fatiga y una clase de dolor que ella jamás alcanzaría a comprender, pero que él había sentido la necesidad de ocultarle-. Abrázame, por favor. Necesito que me abraces.

Por un momento temió que no fuera capaz de moverse. Luego se acercó a ella. Y la abrazó, todavía rígido de tensión.

-No quería herirte -murmuró Bess, pero Alex simplemente asintió con la cabeza y le acarició el pelo-. De verdad -cerró los ojos con fuerza, enterrando el rostro en su cuello-. Yo la quería. Ella quería que la trataran como lo que era: una persona.

De repente Alex recordó las últimas palabras que Rosalie le había dirigido, refiriéndose a Bess: «es el único ser de este mundo que me trata como lo que soy. No como un objeto, sino como una *persona».*

-Lo sé.

-Lo capturarás -pronunció Bess, con tono enérgico.

-Lo capturaremos. No volverá a hacer daño a nadie -Alex se preparó para contarle el resto. Esperaba que pudiera servir de algo-. Tenía una navaja.

-La vi. Ella me la enseñó.

-Llegó a usarla. No sé si le hizo heridas muy graves, pero la lucha debió de ser terrible. Todo está grabado.

-¿Grabado? -exclamó-. Dios mío. La cinta. Yo le di mi grabadora.

-Lo suponía. Poco consuelo puede suponer, pero el hecho de que pusiera en marcha esa grabadora es de importancia trascendental para las investigaciones.

-Entonces tú los oíste... Tú has oído...

-Todo, desde el trato concertado en la calle hasta... el final. No me preguntes nada, Bess -alzó una mano para acariciarle el rostro-. Incluso aunque pudiera decirte lo que había en esa cinta, no lo haría.

-No iba a preguntarte nada. No creo que pudiera soportar saber lo que sucedió en aquella habitación.

-Solo dispongo de unas pocas horas. Mañana tengo que salir a primera hora. ¿Quieres que me quede contigo esta noche, o prefieres que me vaya?

Bess se dijo que le había hecho muchísimo daño; más del que había imaginado. Quizá la única manera de curar esa herida fuera admitir, y demostrarle, que necesitaba consuelo. Su consuelo. Atrayéndolo de nuevo hacia sí, apoyó la cabeza en su hombro.

-Te quiero conmigo, Alexi. Siempre. Y esta noche... no creo que pueda sobrevivir a esta noche sin ti.

Empezó a sollozar. Alex la levantó en brazos y la llevó al sofá, donde ambos dieron rienda suelta a su dolor.

Judd aferraba con fuerza el volante mientras giraba en la curva de la avenida oeste setenta y seis. Esa vez no estaba nervioso, pero sí impaciente. La idea de ir a buscar a Wilson J. Tremayne III, nieto de un senador de los Estados Unidos, para que declarara por el asesinato de cinco mujeres le resultaba inmensamente atractiva.

Al fin lo habían pillado. Coincidía la descripción física, el grupo sanguíneo, el registro de voz. La suerte los había acompañado. Gracias a la cinta de Bess.

Fue Trilwalter quien identificó a Tremayne por el retrato robot. Judd recordaba que el jefe había examinado con especial detenimiento el retrato, para pedirle luego a Alex que le

facilitara una foto de prensa «n la que- apareciera el nieto del senador. El dueño del hotel había reconocido su cara entre las cinco fotografías de tipos distintos que le

habían presentado. A partir de allí, Alex se había servido de un contacto que tenía en una televisión local para conseguir la grabación de la campaña electoral que Tremayne había organizado para su abuelo. Y la gente del laboratorio había comprobado que su voz coincidía con la registrada en la cinta de Bess.

Todavía se estremecía y hervía de furia al recordar lo que había oído en aquella cinta, pero eso era algo que no quería decirle a Alex. Prefería presentar una apariencia tranquila, relajada, y disimular la impaciencia que sentía.

-Y bien... ¿crees que los Yankees harán una buena temporada este año?

Alex ni siquiera lo miró. Si algo no compartía con su compañero, era su excitación.

-Cuando un poli empieza a relamerse de gusto por adelantado, se despista. Y si se despista, puede cometer el tipo de errores que hacen que el criminal en cuestión salga bien librado del juicio y vuelva pronto a las calles.

Judd apretó la mandíbula.

-Yo no me estoy relamiendo de gusto.

-Malloy, si ya se te está cayendo la baba... -Alex contempló el antiguo y enorme edificio blanco, de estilo neogótico, mientras Judd aparcaba delante. Tremayne vivía en el piso superior, en un apartamento de dos niveles, con una espectacular vista de los jardines.

Aquel tipo salía y entraba cuando quería de su casa, bien protegida por su correspondiente vigilante. De punta en blanco con su traje italiano y su reloj suizo.

Y cuatro mujeres estaban muertas.

-No te tomes esto como un asunto personal -insistió Alex cuando salían del coche-. Es la regla Stanislaski número cinco.

Pero, a esas alturas, Judd conocía demasiado bien a su amigo y compañero.

-Tú lo aprecias tanto como yo.

Alex miró a los ojos a Judd. Ya no veía en ellos impaciencia, ni excitación, ni siquiera satisfacción, sino una furia fría, helada.

-Vamos por ese miserable.

Enseñaron sus placas al portero, y subieron en el ascensor con una mujer regordeta y de mediana edad, que llevaba a su perrillo en los brazos. La mujer salió en el piso cuarto. Ellos siguieron hasta el octavo. Avanzaron por el pasillo hasta detenerse frente a la puerta B. A través de ella podían oírse los acordes de un aria de A*ída.* Alex no era un gran aficionado al género, pero aquella ópera en particular sí le gustaba. Le encantaría estropearle la audición a Tremayne. Llamó al timbre.

Tuvo que llamar por segunda vez antes de que Tremayne abriera la puerta. Lo reconoció. Después de haberlo visto en fotos de prensa e imágenes de vídeo, era casi como si fueran viejos conocidos. Y, por supuesto, también reconocía su voz, con todos sus tonos y matices: tranquila, divertida, enérgica, violenta o airada.

Vestido con una gruesa bata a juego con sus ojos azules, resultaba evidente que acababa de ducharse. Todavía se estaba secando el pelo con una toalla.

-¿Wilson J. Tremayne?

-Yo soy -miró afable a uno y a otro. También resultaba obvio que no tenía olfato para reconocer a los policías-. Me temo que me han sorprendido en un mal momento.

-Sí, señor -sin dejar de mirarlo a los ojos, Alex le enseñó su placa-. Somos los detectives Stanislaski y Malloy.

-¿Detectives? -la voz de Tremayne parecía tranquila, levemente sorprendida, pero Alex llegó a percibir su inquietud-. No me digan que mi secretaria ha vuelto a olvidarse de pagar mis multas.

-No es eso. Tendrá que vestirse, señor Tremayne. Nos gustaría que nos acompañara.

-¿Cómo?

Tremayne retrocedió un paso. Judd advirtió que su mano se dirigía al pomo de la puerta y lo agarraba con fuerza. Los nudillos se le estaban poniendo blancos.

-Me temo que no va ser posible. Tengo una cena de negocios.

-Tendrá que cancelarla -repuso Alex-. Puede que esto nos lleve algún tiempo.

-Detective...

-Stanislaski.

-Detective Stanislaski, ¿sabe quién soy yo? Alex destapó entonces sus cartas:

-Sé exactamente quién es usted, *Jack* -sintió una punzada de satisfacción al ver el miedo que relampagueó en sus ojos-. Vamos, señor Tremayne. Su presencia es requerida para responder de los asesinatos de cuatro mujeres. Mary Roder -su voz era cada vez más tranquila, y más peligrosa, según iba pronunciando los nombres-, Angie Horowitz, Crystal LaRue y Rosalie Hood. Tiene derecho a avisar a un abogado.

-Esto es absurdo.

Alex sujetó la puerta antes de que Tremayne pudiera cerrarla.

-Podemos llevárnoslo tal como está, y montar un escándalo entre los vecinos... O esperar a que se vista.

Reconociendo el pánico en su mirada, Alex estaba preparado para actuar antes incluso de que Tremayne se volviera, dispuesto a echar a correr. Casi le produjo un placer físico lanzarlo violentamente contra la pared y agarrarlo de las solapas de la bata. Fue entonces cuando le vio la cadena de oro, con un corazón atravesado por una flecha, colgada al cuello. Y vio también el reciente vendaje de los cortes que le había hecho Rosalie, en su intento desesperado por salvar la vida.

-Dame un motivo -gruñó Alex-. Te aseguro que me encantaría.

-Os echarán del cuerpo -lloriqueó Tremayne-. Mi abuelo os echará del cuerpo.

-Anda, ve a buscarle unos pantalones -le pidió Alex a Judd-. Yo le leeré sus derechos.

Judd asintió con la cabeza y se dirigió al dormitorio.

-No te tomes esto como un asunto personal. Alex lo miró con algo parecido a una sonrisa.

-Al diablo, Judd.

«Ahora sí que hemos acabado con él», pensaba Alex mientras aparcaba delante del edificio de Bess. De nada le valdrían a Tremayne todos los abogados del mundo. Las pruebas eran abrumadoras... sobre todo teniendo en cuenta que en el registro de su casa habían encontrado incluso el arma homicida.

Aunque todavía, .transcurriría mucho tiempo hasta que desapareciera la amargura que le había provocado el asesinato de Rosalie. Esperaba que la detención del culpable pudiera mitigar de algún modo el dolor de Bess. A punto había estado de telefonearle desde la comisaría, pero al final había preferido comunicarle la noticia en persona. Mientras esperaba a que llegara el ascensor, miró el ramo de lilas que le había comprado. Quizá fuera una pésima ocasión para regalarle flores, pero sospechaba que ella podría necesitarlas.

Ya dentro del ascensor, se llevó una mano al bolsillo y tocó la caja del anillo. Tampoco era un momento muy adecuado para pedirle matrimonio, ciertamente. Pero no había podido evitarlo. Era él quien lo necesitaba. Le asustaba pensar hasta qué punto había llegado a depender de Bess: de hablar con ella, de escucharla, de hacerla reír. De hacerle el amor. Sabía que se estaba apresurando demasiado, pero se justificaba diciéndose que tal vez así no le daría tiempo de pensárselo dos veces y cambiar de idea...

Bess creía estar enamorada de él. Después de que se comprometieran tanto emocional como legalmente, Alex se dedicaría en cuerpo y alma a hacer realidad esa sospecha. De pronto se abrieron las puertas del ascensor, y buscó las llaves de la puerta. Esa noche encargarían una

cena, pondrían música romántica, encenderían unas velas... Esbozó una mueca mientras introducía la llave en la cerradura. Probablemente alguien ya se le habría declarado de la misma manera antes. Tendría que pensar en algo nuevo.

Abrió la puerta, cargado con el ramo de lilas y pensando en alguna ingeniosa, creativa e innovadora forma de pedirle a Bess que fuera su esposa. Pero de repente se quedó pálido. Como si le hubieran dado un fuerte golpe en el pecho. Como si le hubieran disparado.

Bess se encontraba en el centro del salón. Acababa de dejar de reír. Y de besar al hombre que la estaba abrazando.

-Charlie, yo... -oyó el sonido de la puerta y se volvió. La radiante sonrisa se le congeló en la cara-. Alexi.

-Supongo que debí haber llamado antes de entrar -declaró con tono tranquilo. Mortalmente tranquilo.

-No, claro que no -repuso, inquieta-. Charlie, te presento a Alexi. Ya te he hablado de él.

-Sí. Creo que te conocí en la última fiesta de Bess -era un hombre larguirucho, de pelo largo. Y evidentemente completamente ajeno a la tensión del ambiente, porque todavía se permitió apretarle cariñosamente los hombros-. Es la mejor dando fiestas.

Alex dejó las flores a un lado.

-Eso he oído.

-Bueno, tengo que irme -Charlie se inclinó para besar de nuevo a Bess. Alex cerró los puños a los costados-. No me abandonarás, ¿verdad?

-Por supuesto que no -sonrió Bess, agradecida de que Charlie estuviera demasiado preocupado para percibir la gravedad de lo que estaba sucediendo-. Ya sabes lo contenta que estoy por ti. Seguiremos en contacto.

Y salió despreocupadamente del apartamento, saludándola con la mano antes de cerrar la puerta. En medio del silencio que siguió, Alex fue por primera, vez consciente de la música que estaba sonando. Violines y flautas. «Muy romántico», pensó, apretando los dientes.

-Bueno -pronunció secamente Bess, aunque estaba sollozando por dentro-. Supongo que debo explicarme -se acercó a la mesa y apuró la copa de vino que tenía allí-. Y supongo también que tú ya has sacado tus propias conclusiones, así que mis explicaciones no servirán de nada.

-Te mueves con rapidez, Bess.

Bess se alegró en aquel momento de encontrarse de espaldas a él. Porque en caso contrario habría visto el temblor de la mano con la que sostenía su copa.

-¿Eso piensas, Alexi?

-O quizá estuviste viéndote con él durante todo el tiempo, a la vez que conmigo.

-¿Cómo puedes decir eso? -se volvió de pronto, furiosa-. ¿Cómo puedes decirme una cosa así?

-¿Y qué diablos esperas que diga? -le espetó. No se acercó a ella. No se atrevía-. Llego aquí y te encuentro con él. Música romántica, una botella de vino -deseó que, en vez de llevarse ese desengaño, le hubieran disparado. La sensación de traición no habría sido tan amarga-. ¿Te crees que soy idiota?

-No. No lo creo. Soy yo la que debo de serlo, por mi despreocupación al haberme traído un amante a casa cuando sabía que tú tenías que venir -alzó la copa hacia él-. Brindo por ti.

Alex dio un paso al frente, deteniéndose en seco.

-¿Vas a decirme que no te has acostado con él?

-No, no voy a decirte eso. No voy a avergonzarme de que una vez quise a un hombre, excepcionalmente bueno y cariñoso, lo suficiente como para desear comprometerme con él. Podría decirte que no he estado ni con Charlie ni con nadie más desde que te conocí, pero todas las pruebas están en mi contra, ¿no es cierto, detective?

Se sentía tan cansada, tan terriblemente cansada... Además, el aroma de las lilas le daba ganas de llorar. El funeral por Rosalie había tenido lugar aquella mañana, y ella misma se había encargado discretamente de todos los preparativos. Había ido sola, sin decírselo a Alex. Pero lo había echado de menos.

-Dejaste que te besara.

-Sí, dejé que me besara. Dejo a muchos hombres que me besen, ¿no es ese el problema? -dejó la copa sobre la mesa, antes de hacer algo tan violento como estrellarla contra el suelo-. No eras precisamente un monje cuando te relacionaste conmigo, Alexi, ni yo esperaba que lo fueras. Pero tú sí esperabas que fuera una monja. Esa es una de las grandes diferencias que nos separan.

-Hay una diferencia mayor entre ser una monja y ser una...

Se interrumpió, consternado. No había querido decir eso. Cientos de vacilantes y horrorizadas disculpas se agolparon en su mente. Pero, por la manera en que Bess había alzado la cabeza, por su repentina palidez, podía ver que no había ya manera de reparar lo que había dicho.

-Creo que será mejor que te vayas.

-Aún no hemos terminado.

-No quiero que estés aquí.

-Bess, no pretendía decir eso. De verdad que no. Quiero comprender...

-No -lo interrumpió, conteniendo con esfuerzo las lágrimas-. Tú nunca has querido comprender nada, Alexi. Nunca has querido escuchar ni creer lo único que yo necesitaba que creyeras. Y, ahora, lo único que necesitas comprender es que ya no quiero verte más. Alex sintió que se le desgarraban las entrañas.

-No puedes...

-Si no te vas ahora mismo, llamaré a seguridad. A tu capitán, al alcalde -pronunció, desesperada-. A cualquiera que te aleje de mí.

-Puedes llamar a Dios Todopoderoso, si quieres -la miró entrecerrando los ojos-. Eso no me detendrá.

-Quizá esto sí: no te amo, no te quiero, no te deseo. Estuvo bien mientras duró, pero el juego ha terminado. Ya puedes marcharte.

Se volvió y empezó a subir rápidamente la escalera que llevaba al dormitorio. Había visto un inmenso dolor en los ojos de Alex. Si hubiera sido furia, habría salido tras ella, pero no; había sido dolor, y era por eso por lo que había conseguido refugiarse en su habitación. Escondiendo la cara entre las manos, conteniendo los sollozos, esperó hasta oír el sonido de la puerta al cerrarse. Solo entonces se dejó caer al suelo y lloró desconsolada.

Mikhail caminaba hosco e impaciente de un lado a otro del salón del apartamento de Alex.

-No contestas al teléfono -le estaba reprochando-. No devuelves los mensajes -dio una patada a una camisa que estaba tirada en el suelo. La casa estaba hecha un desastre-. Tienes suerte de que haya venido yo en vez de mamá. Te habría puesto en tu lugar por vivir como un cerdo.

A punto de emborracharse, Alex se sirvió otro vaso de vodka.

-¡Y bebiendo por la mañana, solo!

-Eso, hazme compañía. Consigúete un vaso limpio.

Mikhail se hizo con uno y volvió al salón. Después de servirse una copa, le preguntó:

-¿Qué te pasa, Alexi?

-Es mi día libre, y lo estoy celebrando -bebió otro trago-. Capturé al malo -soltando una carcajada, alzó el vaso a modo de brindis-. Y perdí a la chica.

Mikhail tamborileó con los dedos en la mesa. Ya había esperado algo así.

-¿Has discutido con Bess?

-¿Discutido? No sé cómo se le llama a eso. La encontré en los brazos de otro hombre.

Mikhail se detuvo, con la copa a medio camino de sus labios.

-Te equivocas. Eso no puede ser.

-No me equivoco -Alex alcanzó la botella-. Entré y la sorprendí besándose con aquel tipo con el que iba a casarse.

Mikhail sacudió la cabeza. Aquella descripción de los hechos no terminaba de convencerlo.

-¿Qué explicación te dio ella?

-Ninguna. Se enfadó conmigo -dejó el vaso sobre la mesa y se frotó la cara con las dos manos.

-Claro. Porque la acusaste sin darle una oportunidad. Sin confiar en ella.

-Yo no la acusé -replicó Alex-. No tenía necesidad de hacerlo. Me echó de su casa, pero no antes de decirme que ya no me amaba.

-Te mintió -antes de que Alex pudiera volver a levantar el vaso, Mikhail le sujetó la muñeca-. Si te dijo eso, te mintió. Hace unos días estuvo visitando a Rachél y a Brenna. La hice posar para mí y la estuve dibujando mientras nos hablaba de vuestra relación. No me equivoqué con lo que vi en sus ojos, Alexi. Y tú estás ciego si es que todavía no lo has visto por ti mismo.

-Bess se enamora con mucha facilidad.

-¿Ah, sí? Hay amores y amores. Este es de verdad. Estoy seguro. Escucha, tienes que averiguar la verdad de lo que pasó. Has sido injusto con ella.

-Maldita sea -le resultaba difícil discutir con su hermano. Sobre todo cuando la cabeza no cesaba de darle vueltas-. Estaba celoso. Tengo derecho a estar celoso.

-También tienes derecho a quedar como un imbécil -ya más tranquilo, sabiendo que la situación tenía remedio, le preguntó-: ¿Quedaste como un imbécil, verdad?

-Sí. Iba a pedirle que se casara conmigo, Mik. Tenía el anillo en el bolsillo y un ramo de lilas en la mano. Estaba aterrado de que fuera a contestarme que sí. Más incluso de que me rechazara -apoyó la cabeza en las manos, desesperado-. ¿Qué diablos estaba haciendo besándose con ese canalla?

-Quizá si se lo hubieras preguntado civilizadamente, te habría respondido.

-¿Tú se lo habrías preguntado civilizadamente?

-No, antes le habría roto las piernas a aquel tipo, y después le habría preguntado a Bess -con un suspiro, le dio una cariñosa palmada en el hombro-. Pero yo no soy tú. Y tú siempre has sido mucho más impulsivo.

-Podríamos ir por él. Como en los viejos tiempos.

-No. Probaremos con algo diferente -Mikhail se levantó, ayudando a su hermano a hacer lo mismo.

-¿A dónde vamos? -inquirió Alex.

-Voy a meterte bajo la ducha hasta que se te despeje la cabeza.

-¿Para qué? -tambaleándose, le pasó un brazo por los hombros.

-Para que puedas ir a buscar a tu mujer y arrastrarte ante ella.

Caminando con paso inseguro, Alex bajó la mirada al suelo de baldosas.

-Pero yo no quiero arrastrarme...

-Claro que quieres. Será mejor que te vayas acostumbrando antes de casarte con ella. Tengo alguna experiencia en eso.

-¿Ah, sí? -divertido al evocar la imagen de su hermano mayor prosternándose a los pies de Sydney, sonrió mientras Mikhail lo metía, vestido y todo, en la ducha-. La próxima vez que lo hagas, llámame. Me gustaría verlo.

Inmensamente satisfecho, Mikhail abrió el grifo del agua fría y se echó a un lado, escuchando los alaridos de su hermano.

-Este es un buen comienzo.

-¡Canalla...!

Ambos rieron a carcajadas cuando Alex agarró del cuello a su hermano y lo metió también bajo el chorro del agua.

Cuando Alex entró en la oficina de Bess estaba casi sobrio, pero ya no reía. Estando tan nervioso, era muy difícil reír. Se había prometido a sí mismo que se comportaría de una manera razonable. Sí, hablaría con Bess de su situación como dos adultos civilizados.

Pero allí solo encontró a Lori, tecleando frenéticamente en su ordenador.

-Para las seis tengo que terminar con estos malditos cambios -pronunció en voz alta, concentrada. De pronto alzó la mirada y lo vio-. ¿Qué diablos quieres tú?

-Necesito ver a Bess.

-Pues no tienes suerte -replicó. Se dijo que, mientras ella siguiera viva, nadie volvería a hacer daño a su amiga-. No está aquí.

-¿Y dónde está?

Lori no podía ya aguantar más. Se levantó para cerrar la puerta. Con llave.

-Siéntate, amigo, que voy a decirte unas cuantas cosas...

-Dime dónde está Bess.

-¿Eres consciente de lo que le hiciste? -lo empujó en el pecho, sentándolo en la silla-. Le cortaste el corazón a pedacitos.

-¿Que yo hice *que!* Fui yo quien llegó y se la encontró besándose con aquel tipo. . -Tú no sabes lo que viste.

-Entonces, ¿por qué no me lo cuentas tú?

-¿Te crees que la conoces bien, eh? No tienes ni idea de la suerte que tienes. Bess es la persona más cariñosa, más generosa, más desinteresada que he conocido en mi vida. Por ti, habría sido capaz de caminar descalza sobre brasas -temerosa de que pudiera hacer algo violento si no se movía, empezó a andar por la estrecha habitación-. Me puse tan contenta cuando me habló de ti. Pude ver lo muy enamorada que estaba. Verdaderamente enamorada. No estaba simplemente acogiéndote bajo el ala mientras esperaba encontrar a una mujer adecuada para ti.

-¿Una mujer adecuada para mí?

-¿Qué te crees que hizo con todos esos hombres a los que cautivó? -le espetó Lori-. Oh, intentó convencerse a sí misma de que estaba enamorada, y de que ellos la amaban a su vez, pero durante todo el tiempo no hizo más que escuchar sus problemas tal y como lo habría hecho una comprensiva madre. Y terminó encaminando a cada uno hacia la mujer que, en su opinión, era perfecta para ellos.

-Pero Bess iba a casarse...

-Nunca fue a casarse con nadie. Si aceptó alguna petición de matrimonio, fue porque no podía soportar herir los sentimientos de alguien. Y, es cierto, también porque siempre quiso tener a alguien al lado con quien pudiera contar. Por muy leal o sensible que fuera hacia los sentimientos de los demás, nunca fue una estúpida. Se decía a sí misma que iba a casarse, pero al final siempre encontraba una sustituía suya para el sujeto en cuestión...

-¿Una sustituta? ¿Por qué...?

-No es que lo hiciera premeditadamente -lo interrumpió Lori-. Pero una vez que la ves hacerlo en un par de ocasiones, identificas la pauta. Pero tú... -se giró hacia él-. Tú quebraste esa pauta. Te necesitaba. Y la hiciste llorar -lágrimas de amargura empezaron a correr por su rostro-. Ni una sola vez la había visto llorar por ningún hombre. Pero por ti ha llorado hasta que los ojos se le han quedado secos.

A esas alturas Alex se sentía enfermo, estúpido, inútil. Estaba, en suma, dispuesto a arrastrarse ante Bess.

-Dime dónde-está ¡ Por favor.!

-¿Por qué diablos habría de decírtelo?

-La amo.

Lori quiso gritarle algo, pero de repente descubrió en sus ojos el mismo brillo de emoción y misterio que había visto en los ojos de su amiga.

-Charlie estaba...

-No -Alex sacudió enérgicamente la cabeza-. Eso no importa -lo único importante era la verdad, y ya era hora de que la dijera-. Eso no necesito saberlo. Solo la necesito a ella.

Bess reflexionó, la mirada fija en el anillo de compromiso que llevaba en la mano izquierda. Bess la había animado a ella a dar el paso adecuado con Steven. ¿Podría ella hacer lo mismo y devolverle aquel favor?

-Si vuelves a hacerle daño otra vez, Alex...

-No se lo haré -suspiró-. Nunca más.

-La mandé a casa. No estaba en condiciones de trabajar.

*-Dyakuyu.*

-¿Qué?

-Gracias.

Bess odiaba sentirse así. Lo único que podía hacer era esperar que al día siguiente se sintiera mejor. Tenía que sentirse mejor.

Pero no tenía muchas esperanzas.

No había tenido corazón para tirar el ramo de lilas. Lo había intentado. Incluso había estado a punto de arrojarlas al cubo de la basura, sollozando como una estúpida. Pero el pensamiento de separarse de ellas había sido demasiado terrible. Y ahora la atormentaba aquella deliciosa fragancia siempre que bajaba del dormitorio al salón.

Pensó en hacer un viaje... a cualquier parte. Ciertamente se estaban acercando las vacaciones,

pero no le parecía justo dejar sola a Lori, sobre todo cuando a su carga de trabajo se habían añadido los preparativos de su boda. Fue a la cocina, intentando convencerse de que debía comer algo. «Al diablo con la comida», exclamó para sí. Decidió acostarse y procurar dormir un poco. Al día siguiente encontraría quizá una manera de recomponer su vida...

Pero lo poco que quedaba de su vida estalló en pedazos cuando, al salir de la cocina, vio a Alex al lado de la mesa, acariciando las lilas. Solo tuvo que ladear la cabeza y mirarla, para que Bess estuviera a punto de caer al suelo, desgarrada por dentro.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó.

-Todavía tengo tu llave -vio que todavía tenía los ojos enrojecidos después del último acceso de llanto. En su rostro, además, había huellas de una intensa fatiga.

-No tenías por qué haberla traído -le espetó. Intentaría guardar la compostura, aunque fuera lo último que hiciera en su vida-. Pudiste habérmela dejado en el buzón. Gracias, de todas formas -forzó una fría sonrisa-. Si eso es todo lo que has venido a hacer aquí, tengo prisa. Me disponía a cambiarme antes de salir.

-Cuando mientes, eres incapaz de mirarme a la cara -reflexionó en voz alta, casi para sí mismo, recordando el momento en que desvió la mirada cuando le dijo que no lo amaba.

-¿Qué es lo que quieres, Alexi?

-Muchas cosas. Quizá demasiadas. Pero primero, que me perdones.

Bess se derrumbó. Se llevó una mano a la cara para disimularlo, sabiendo que era demasiado tarde.

-Déjame sola.

-*Milaya,* por favor...

-No -se encogió, cruzando los brazos como para protegerse, y Alex se detuvo.

-No voy a tocarte -pronunció en voz baja, como estrangulada-. Por favor, escucha lo que he venido a decirte.

-¿Qué te queda por decirme? -se volvió-. Ya sé lo que piensas de mí. Me lo dejaste muy claro.

-Te hice daño y me comporté como un estúpido...

-Oh, sí, claro que me hiciste daño -replicó Bess. Todavía estaba temblando después de lo que tuvo que oír de sus labios-. Pero no solo esa última vez. Me hacías daño cada vez que te retraías cuando necesitaba decirte lo mucho que te amaba. Y yo pensaba: «no te preocupes, ya lo irá descubriendo». Y no es que te resultara difícil, porque podías leerlo en mis ojos cada vez que te miraba, cada vez que pensaba en ti. Me decía que me amabas, que me querías. Qué bien. Porque, en toda mi vida, nadie me había querido...

-Bess.

Bruscamente se liberó de sus brazos.

-Mi padres, por ejemplo -continuó-. ¿Cuántas veces los oí hablar de mí como si fuera una extraña, un ser ajeno por completo a ellos?

Cuando Bess empezó a caminar por la habitación, sin dejar de abrazarse, encogida en su dolor, Alex no dijo nada. ¿Cómo podía decirle que lamentaba haberle reabierto unas heridas tan antiguas tan profundas?

-Me resigné y sobreviví. ¿Qué otra cosa podía hacer? En realidad no era culpa de mis padres. Ellos habían sido siempre tan perfectos, a su mañera... y yo nunca podría serlo. No según sus criterios. Ni siquiera según los tuyos.

-¿Y crees que es eso lo que quiero yo? Bess se volvió para mirarlo. Ya no lloraba. Llorar, a esas alturas, carecía de sentido.

-No sé lo que quieres tú, Alexi. De mis padres pasé al colegio. Aquellos horribles años de la adolescencia, cuando todas las chicas eran tan bonitas y radiantes, y se enamoraban sin cesar. A mí nadie me quería. Oh, sí, tenía amigas. En algún momento aprendí que si no lo intentabas con todas tus fuerzas, si simplemente te relajabas y te comportabas con naturalidad, encontrarías a mucha gente que te querría por lo que eres. Pero nunca encontré a nadie que me amara. Hasta que te conocí a ti.

-Y nunca habrá nadie más. Te amo, Bess. Por favor, dame otra oportunidad.

-No funcionará. Pensaba que sí, lo ansiaba. Estaba tan segura de que podría bastar con el amor... Pero no. No basta el amor sin la esperanza. Y tampoco sin la confianza, sin la fe.

Lo dijo con un tono de voz tan calmado y sereno que Alex se dejó llevar por el pánico.

-¿Quieres que me arrastre, que me humille ante ti? -la agarró de los brazos-. Lo haré. No vas a expulsarme de tu vida por haberme portado como un estúpido, por haber tenido miedo. No lo permitiré.

¿Era así como se humillaba un hombre?, se preguntó Bess. ¿Con los ojos despidiendo fuego y con aquella voz atronadora?

-¿Y, la próxima.vez,,que me veas besando a un viejo amigo?

-No me importará -con un gruñido de disgusto, la soltó y se puso a caminar por la habitación-. Pero sí, me importará. Y mataré a cualquiera que se atreva a volver a tocarte...

-Entonces dejarás Nueva York sembrado de cadáveres. No puedo cambiar quien soy por ti, Alexi. Yo no te pediría nunca que cambiases por mí.

-No, no me lo pedirías, es verdad -se frotó la cara con las dos manos, intentando recuperar la compostura-. Mira, sé que un beso entre amigos no tiene ninguna importancia, Bess. No soy tan estúpido. Pero la otra noche, cuando llegué...

-Pensaste que yo te estaba traicionando.

-No sé lo que pensé -intentó ser lo más sincero posible-. Cuando te vi, sentí...No pensé nada, solo sentí. Sí, eso fue. Que había roto una de mis propias reglas. Había razones -ya más tranquilo, le tomó las manos-. Acabábamos de cerrar el caso, y te lo quería contar todo. No quería separar esa parte de mi vida de ti. Sabía que te entristecería al hablarte de Rosalie. Sí, lo sabía. Y sabía también que habías ido al funeral sola, y yo me sentía como un gusano por no haberte acompañado...-le estaba desnudando completamente su corazón.

-Yo pensaba que lo ignorabas.

-No, lo sabía -le confesó, rotundo. Solo podía pensar en la desesperación con que ansiaba abrazarla-. Sueles dejar papeles por todas partes, desde la facturas de la lavandería hasta todo tipo de notas. Vi la factura de las flores que habías encargado, y la dirección del cementerio. Si no hubiera estado tan ocupado con los últimos trámites de la investigación, habría podido conseguir tiempo para acompañarte. Al menos lo habría intentado.

De eso sí que Bess no tenía ninguna duda.

-Para mí era más importante que capturaras al hombre que la mató.

-Pero no estuve a tu lado -pronunció lentamente Alex-. Y quería haber estado. Y cuando vine aquí, quise... -sabía que no era la ocasión más adecuada para sacar el anillo que llevaba en el bolsillo de la cazadora-. Estaba inquieto por un montón de cosas, Bess. Mi reacción fue absolutamente desafortunada, y me disculparé por ello tantas veces como quieras. Pero me gustaría que me escucharas...

-Está bien -le apretó las manos, esperando que le soltase las suyas. No lo hizo-. Pero, Alexi, Charlie estuvo aquí porque...

-No necesito saberlo -en ese momento sí que le soltó las manos, pero para alzarle la cabeza. Quería ver lo que había en sus ojos-. No tienes que explicarme nada. No tienes que cambiar ni ser otra por mí.

Bess sintió que algo se removía en su corazón. Todavía la aterraba concebir alguna esperanza.

-No, prefiero aclararlo todo. Antes estaba demasiado furiosa para hacerlo. Charlie vino a casa para comunicarme que Gabrielle estaba esperando un hijo. Estaba eufórico, y quería compartir la buena noticia conmigo. Y pedirme también que fuera la madrina del bautizo... a pesar de que todavía quedaban más de siete meses para el acontecimiento.

-Debiste haberme pegado una bofetada, McNee -cuando quiso besarla en los labios, la sintió retraerse. Delicadamente, comenzó a darle un suave masaje en las sienes -. Solo una vez -añadió en un murmullo, y la besó.

No quería profundizar el beso, ni estrecharla entre sus brazos, pero no pudo evitarlo. Hasta que descubrió que estaba sollozando.

-No. Por favor, no. No llores -enterró la cara en su pelo, meciéndola con infinita ternura.

-Yo no quería que volvieras. No quería sentir esto otra vez.

«Me lo merezco», se dijo Alex, cerrando con fuerza los ojos.

-Hiciste bien al echarme de tu casa. Pero necesito que me des otra oportunidad, para que me dejes volver contigo. Tú siempre has escuchado a la gente, Bess. Escúchame a mí ahora.

-No tienes necesidad de seguir disculpándote

-Bess sabía que no podía evitar amarlo. Sobreponiéndose, intentó sonreír-. Y no tengo por qué dejarte volver, porque siempre has estado conmigo. Alex la miró asombrado.

-¿Así de fácil?

-No es fácil -suponía que nunca lo sería-. Simplemente es así.

-Mikhail dijo que me arrastraría ante ti -murmuró-. Bess, humíllame.

-Dejemos todo eso atrás -aspiró profundamente, y lo besó en las mejillas como para hacer las paces-. Siempre se me ha dado muy bien comenzar desde cero.

-No -tomándola de una mano, la llevó al sofá-. No empezaremos otra vez desde cero. Tú te has explicado antes, ahora me toca a mí. Tenía miedo de creer en ti, en tu amor. Me parecía demasiado maravilloso. Y cuanto más probable me parecía, mayor era mi miedo.

-Es duro tener miedo. Lo sé.

-No, tú no lo sabes -desvió la mirada-. Conservaste las lilas.

-Intenté tirarlas -sonrió Bess-. Pero eran tan hermosas...

-Aquel día te llevaba algo más que flores -se sacó la caja del bolsillo. De inmediato, advirtió que habían empezado a temblarle los labios-. No creo que sea muy ostentoso -como ella seguía mirándolo sin decir nada, añadió-. Era broma.

-De acuerdo -susurró-. ¿Vas... vas a dejarme verlo?

Por toda respuesta, Alex abrió la caja. Contenía un anillo de oro con un arcoiris de amatistas, rubíes y topacios.

-Ya sé que no es lo tradicional. Pero me recordó tanto a ti que... diablos, me entraron ganas de que no lo luciese nadie más que tú...

-Y así será -repuso Bess en un murmullo.

-Si no te gusta, podemos buscar otro... Bess tenía miedo de echarse a llorar de nuevo, y sabía que eso no reportaría ningún bien a ambos.

-Es precioso. ¿Ya me lo habías comprado? ¿Lo llevabas en el bolsillo la otra noche? Ibas a ofrecérmelo cuando me viste con Charlie... -riendo, se llevó una mano a la mejilla.

-Entonces, ¿me perdonas? Ya lo había perdonado, pero dado que parecía tan nervioso, se apresuró a asentir con la cabeza.

-Alguien con tan buen gusto se merece una segunda oportunidad.

-Hacía días que lo había comprado, pero tardé algún tiempo en reunir el coraje para decidirme. Enfrentarme a un tipo armado hasta los dientes me habría parecido más fácil. Mi plan era presionarte para que lo aceptaras, y hacer un boda rápida para que no tuvieras oportunidad de pensártelo demasiado. Pero fue una equivocación -cerró la caja, y se reavivaron sus esperanzas al ver la expresión consternada de Bess-. Era una estupidez, y con ello no demostraba más que mi falta de confianza en ti y en mí, en los dos. Lo siento.

-Yo., tú... Eso ya no importa -gimió, frustrada.

-Claro que importa. Era una estrategia calculadora, incluso siniestra, cuando una petición de matrimonio tiene que ser romántica. Así que, cuando ambos estemos preparados, te lo pediré formalmente.

-¿Y cuándo vamos a estar preparados? -le preguntó, desanimada.

-No quiero presionarte cuando aún puedes sentirte un tanto... vulnerable. Así que te daré tiempo.

-Tiempo -repitió Bess, a punto de ponerse a gritar.

-Es lo justo -repuso Alex, y todavía esperó durante unos segundos-. De acuerdo: ya estoy preparado.

Antes de que Bess pudiera echarse a reír, estaba arrodillado ante ella.

-¿Pero qué estás haciendo?

-Una petición formal de matrimonio -se disponía a comenzar un humilde discurso cuando, al ver que no dejaba de reírse, se puso serio-. ¿Es que no quieres oírla?

-Claro que no. Lo que quiero es que te levantes -le tomó la mano para hacerlo sentar en el sofá, a su lado-. Quiero que me mires a los ojos, frente a frente.

-De acuerdo. Luego te pediré yo otra cosa.

-¿Qué es?

-Quiero oírtelo decir -le tomó una mano y se la llevó a una mejilla-. Ya sabes a lo que me refiero. Necesito escuchar esas palabras de tus labios.

-Te amo, Alexi -por primera vez pronunció aquellas palabras sonriendo-. Te amaré para siempre.

Alex volvió el rostro para besarle tiernamente la palma de la mano. Después de volver a sacar el anillo de la caja, se lo deslizó en el dedo-. Hey, espera. Ahora me acuerdo de que quería ser romántico. Permíteme...

-No -le puso un dedo en los labios-. Así ha quedado perfecto. No lo estropees. No cambies nada.

-Entonces di que sí.

-Sí -se lanzó a sus brazos, riendo-. Claro que sí.